

AUSENCIAS  
CAUSAN  
OLVIDO

**TORCUATO TARRAGO Y MATEOS**

## DEDICADO

A don Miguel Hernández Pérez, maestro nacional, especialista en Matemáticas, consumado lector y amante de todo cuando a Guadix se refiere; sin cuyo concurso no hubiese sido posible la existencia de esta copia ofimática de la obra: AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

Él; con tesón y paciencia transcribió, manualmente, a plumilla, en una libreta, la obra completa que ahora transcribimos, de su original.

Su curiosidad y su interés hicieron posible superar el impedimento de que en aquel tiempo no existían las fotocopadoras y, sin amilanarse, tiró del oficio de los copista medievales y se puso a la obra en nuestro tiempo, para disponer de su deseada copia de esta obra.

Completó su réplica del original en Guadix a 22 de Octubre de 1.969.

Y lo ofrece de modo altruista para que pueda disponer de una copia cualquier interesado en ella.

Llenando un hueco que, hasta la fecha, existía por la ausencia de publicaciones de esta obra de nuestro insigne escritor.

Habla de ella como una obra en la que se describe, de forma magistral, los Bailes de Ánimas en la Navidad, la figura del Floreo y todo el ambiente y costumbres que tal festividad comporta.

Que un contemporáneo suyo y también paisano nuestro; Pedro Antonio de Alarcón, igualmente lo llevó a la literatura en su obra titulada: EL NIÑO DE LA BOLA.

Se habla, además, en esta obra del funcionamiento de la Hermandad de Ánimas de San Miguel (la Ermita no era parroquia), del Convento de la Concepción, de la Virgen de los Dolores, de la jarra accitana, de costumbres, usos y lugares accitanos, de la ingratitud de Guadix para con los suyos, etc.

Y al final de la obra; se inserta una obra menor, totalmente distinta, que el autor titula: DOÑA ANA.

Si la primera es de amor dramático y de promesas eternas; la segunda es de amor casi cómico, burlesco y rayando el esperpento.

También a don Torcuato Tárrago y Mateos, nuestro insigne paisano.

Nacido el día 10 de Mayo de 1.822 en la Placeta Correo Viejo, en el Barrio Latino (entre la Plaza del Conde Luque y el Almorejo, antes de la Placeta del Álamo) y fallecido el 20 de Noviembre de 1.889 en Carabanchel Alto, Madrid.

Hijo de Francisco Tárrago Riquelme y María Josefa Mateos Galera. Esposo de la accitana Maria Dolores Torres Martínez-Carrasco, desde el 14 de Mayo de 1.849. Y padre de 5 hijos; tres hombres y dos mujeres.

Además de titular de la calle, de Guadix, que va de la Calle Ancha a la Plaza de los Cuchilleros o viceversa.

Por su cariño y devoción a la tierra que lo vio nacer.

Por su extensa obra, no promocionada en su ciudad natal.

Por el presigio y reconocimiento alcanzado lejos de nosotros.

Y por su magistral descripción de cuadros accitanos; que llegan hasta nosotros, con toda su frescura e intensidad, como retratos intemporales capturados por su sagaz visión.

Su notable capacidad de descripción nos introduce en paisajes, costumbres, personajes y sentimientos a su voluntad.

Y nos hace, a su vez, sentirnos protagonistas; implicándonos en los lances que nos propone, hasta el punto de provocarnos los mismos sentimientos que él ha presenciado y narrado.

Haciéndonos partícipes de:

- Sus sensaciones y vivencias.
- De sus pasiones, vicios y virtudes.
- De su forma de ver las cosas.

Y de su alma de reportero-periodista; al pié de donde sucede la noticia, para contarla y hacérsola conocer de primera mano.

Gracias a los dos. Cada uno en la parte que le toca.

**Torcuato Tárrago y Mateos**

**Ausencias**

**Olvido**

**Causan**

**Un dibujo con una señorita**

**y un caballero entre rejas**

**A. de San Martín, Librero – Editor**

**Puerta del Sol, 6.- Madrid.**

## Primera Parte

### I

## EL NÚMERO SEIS

Un domingo, el primero del mes de Abril de unos de estos últimos años, cayó precisamente en Pascua de Resurrección.

Este día alegre por dos conceptos, por la religión que lo celebra y la primavera que lo embellece, tenía, sin embargo, algo de triste y sombrío, en razón a que según la ley del Estado, debía celebrarse la quinta, o sea, el sorteo de los mozos para el reemplazo del ejército.

Más de cien familias tenían, de resultas de esto, el alma entre los dientes y más de cien madres hacían promesas de todas formas y de todos los estilos para que sus hijos respectivos sacasen un número alto en el próximo y terrible acontecimiento.

El espíritu cristiano, que está infiltrado hasta en las acciones más triviales de nuestra vida, servía en esta ocasión para mantener viva la fe y la esperanza en el pecho de tanta mujer atribulada.

El dolor es, a veces, la más grande de las elocuencias.

Obedeciendo estas mujeres a sus piadosas costumbres ofrecían, ya una vela al Cristo del Humilladero, ya una misa a la Virgen de las Angustias, ya una parte de rosario a las Ánimas Benditas, y ya, en fin, una romería a los santuarios más célebres de las inmediaciones para atraerse el favor del Cielo, ya que se consideraban abandonadas en la tierra.

Llegaba a tal grado el amoroso afán de aquellas madres que, la noche anterior a la quinta, habían hecho tocar el manto de la Virgen del Rosario la ropa que sus hijos habían de ponerse al siguiente día.

Por estos ligeros detalles, nuestros lectores comprenderán la mortal inquietud que reinaría en la mayor parte de la población en donde han de tener lugar las escenas que vamos a describir.

Nosotros, que quisiéramos que todo el mundo fuera soldado, porque nos gusta cuanto emana del ejército, no hubiéramos comprendido aquellos dolores mudos y pasmados, aquellas lágrimas furtivas y aquellos votos fervientes, a no ser que nos hubiésemos convertido en actores de tan íntimo drama.

Aquella mañana de Pascua de Resurrección respiraba alegría: bajaban de los cielos torrentes de luz a través de algunas nubecillas doradas; brillaban los campos con su precioso manto de terciopelo verde; agitábanse las hojas de los árboles al soplo de una brisa perfumada; había alfojar y diamantes debajo de

cada mata, sin necesidad de ir a buscarlos ni a Golconda, ni al Golfo Pérsico; se encontraba oro en las arenas del río, sin ir por él a San Francisco de California.

Había conciertos entre el follaje de cada mata, entre la copa de cada árbol, sin a saborearlos ni a los Jardines del Retiro, ni al Teatro Real; se notaban acciones novelescas entre las mariposas y otros insectos, sin necesidad de ir a encontrarlas en las inacabables entregas que todos los días se venden a razón de dos, cuatro y ocho cuartos.

Y por último, se veía la mudanza eterna de las decoraciones del cielo, que siquiera valen algo más que las decoraciones de Bussato y de Bonardi, sombreadas de amarillo, de la corona azul de Prusia y bermellón.

Y luego había perfumes capaces de afrentar a Lubín y a Fortis; rumores de fuentes y de arroyos que insultaban a ochenta leguas de distancia a las grutas artificiales del Retiro, antes que viniese a Madrid el viejo y cristalino Lozoya y un millón de flores espontáneas y magníficas, que soltaban sin querer la carcajada al saber que en las calles de Madrid se vendían sus compañeras por dos cuartos las más feas, y por un duro y dos las más bonitas.

Pero la primavera era la primavera y la humanidad era la humanidad.

Verdad es que en aquella mañana la naturaleza se reía, pero las gentes lloraban; verdad es que todas las campanas entonaban un himno de júbilo porque había resucitado el Señor; pero también es cierto que las madres, las hermanas y las que no eran hermanas de los mozos que iban a sortearse, gemían en silencio por lo que pudiera resultar de allí a pocas horas.

Vamos a localizar los hechos para que a su vista puedan juzgar con más acierto nuestros lectores.

Dos caracteres tiene la población a donde ocurren las escenas de nuestra obra. Uno antiguo, monumental y romántico; otro agreste, áspero y accidentado.

El antiguo anillo de sus muros ha desaparecido; pero en cambio queda alguno que otro torreón, que asoma su negra cabeza por entre las construcciones híbridas de épocas posteriores.

La población es una ciudad episcopal. Reflejada en el costado meridional de un extenso valle, tiene un carácter caprichoso y pintoresco, por más que parezca en detalle deforme y abigarrado. Tal es Guadix.

Colonia romana en tiempo de Julio César y sus sucesores; centro de la predicación apostólica por los siete discípulos de Santiago; asiento de preclaros obispos en tiempos de los godos; semicorte de los reyes moros de Granada, y madre de varones insignes y eminentes, Guadix reúne la doble gloria de ser la primera ciudad que abrazó en España el cristianismo y de tener por armas el doble yugo y las flechas de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel.

Pródiga la naturaleza en esta ciudad, tiene al sur la gigantesca Sierra Nevada, siempre coronada de blancura y al Norte y Este su hermosa vega, siempre cubierta de verdor.

Por lo tanto, Guadix estaba, como hemos dicho, alegre y resplandeciente, merced a la brillante luz de una mañana de primavera. Desde muy temprano, su elegante plaza, que es un paralelogramo rectangular, se iba llenando de gente interesada, toda ella, en el triste acontecimiento que debía tener lugar muy en breve.

Es costumbre en estas solemnidad oficiales, y más que costumbres es una necesidad, el que vayan los padres al lado de sus hijos; en que los amigos caminen juntos, con las manos enlazadas; y en que los parientes y allegados, esperen llenos de ansiedad el terrible instante en que resuene el nombre del mozo que les interesa.

En aquel momento no se siente ni el vuelo de una mosca. Los rostros desencajados.

Si el número que se oye es alto, entonces se levanta un clamoreo de alegría y todos se consideran con derecho de dar, al pobre mozo, un golpe más o menos fuerte, en las espaldas, mientras éste escapa a todo correr para llevar a su familia la feliz nueva; y si, por el contrario, el número es bajo, entonces los rostros se contraen, y un dolor mudo y profundo se revela en el grupo donde se encuentra el joven que ha tenido la mala suerte de salir soldado.

Tal es el cuadro en su conjunto.

Reunido todo el pueblo en la plaza, se contentaba con mirar silenciosamente hacia las Casas Consistoriales.

Las Casas Consistoriales de Guadix, es decir, la casa del Común, la casa del Ayuntamiento, es espaciosa y tiene, sobre todo, un salón magnífico, aunque luzca todo de una manera extravagante.

Una reforma moderna ha convertido hoy en salas y oficinas una hermosa galería exterior, que formaba una preciosa simetría con otra galería que hay enfrente.

Las que eras arcadas de carácter greco-romano, se han convertido en balcones de medio punto y en uno de estos balcones era donde la apiñada multitud fijaba los ojos.

Allí estaba el oráculo dispuesto a lanar su fallo.

Entre el balcón central y el gran barandaje corrido, que se extiende a lo largo de la fachada, se veía en primer término una mesa cubierta de damasco carmesí; sobre la mesa dos ollas gigantescas, y en la parte interior los funcionarios que había de asistir al sorteo; esto es, dos niños, uno para sacar los nombres y otro para sacar los números, el secretario de la municipalidad, los regidores y los curas párrocos.

El pregonero estaba en el balcón, a la izquierda de la mesa.

Las diez sonaban en el reloj de la catedral cuando se presentó, por último, la autoridad local acompañada de algunos dependientes.

Presentarse y resonar un sordo murmullo en la muchedumbre, fue cosa de un momento.

Era que, con la llegada del Alcalde, iba a principiar el sorteo.

En efecto, hecha la última operación de rectificar los nombres y contar las bolas, uno de los niños metió la mano en una olla y sacó un nombre; el otro hizo lo mismo y sacó un número.

El rumor se había convertido en un silencio lúgubre.

La voz del pregonero resonó en la plaza, diciendo lo siguiente:

-Rafael, hijo de Antonio Álvarez y Petronila Martínez...-

Hizo el pregonero una pausa y enseguida prosiguió:

-Número seis-.

-¡Soldado!-, exclamaron por todas partes, en medio de un murmullo sordo y continuado.

## II

# APUNTES BIOGRÁFICOS DE UN MUCHACHO QUE NO PARECE BONITO

¿Quién era Rafael, hijo de Antonio Álvarez y Petronila Martínez'.

Vamos a decirlo:

Rafael era un muchacho de veinte años, algún tanto moreno, de fisonomía humilde y sumisa, de ojos negros, que pudieran ser expresivos al no existir en ellos una profunda resignación religiosa y de estatura que llamaríamos elegante, al no haber contraído la costumbre de andar con la cabeza inclinada y los hombros indolentemente caídos.

Antonio Álvarez y Petronila Martínez eran labradores. Vivían del producto líquido de unas cuantas fanegas de tierra, que llevaban en arrendamiento hacía muchos años, y como las rentas eran crecidas y las contribuciones lo eran mucho más, el matrimonio que nos ocupa apenas tenía lo necesario para vivir con la holgura de otros tiempos.

Gracias al admirable régimen doméstico de Petronila, podía decirse que en su casa no había sobras, pero tampoco había faltas; más con todo, apuradilla andaba siempre en los últimos días del año agricultor, y cuando llegaba una de



estas crisis, la buena y honrada Petronila acudía al único recurso que tenía, el cual era su hermano.

El hermano de Petronila era sacerdote. Beneficiado como antes se decía, y coadjutor como ahora se llama, de una de las parroquias de la ciudad; el buen clérigo no tenía más en el mundo que su hermana, y como su hermana tenía sus cinco sentidos en su hijo Rafael, resultó de esto que el sobrino viniera ser, ni más, ni menos que hijo adoptivo del sacerdote.

Rafael, por lo tanto, se crió en la casa de su tío más bien que en la casa de sus padres. Allí fue donde recibió una profunda educación religiosa.

No habiendo grandes recursos en la casa de don Anselmo, que así se llamaba el bueno del hermano de Petronila, la educación de Rafael había de resentirse de esta falta; sin embargo, el sacerdote hizo lo que podía y, a veces, mucho más de lo que podía.

Primeramente trató de inclinarlo a la carrera eclesiástica. Don Anselmo comprendía ésta bajo dos puntos de vista:

- Uno completamente moral.
- Y otro, absolutamente material.

Escudar la virtud de su sobrino con el elevado carácter del sacerdocio, era su primer pensamiento

Buscarle por este camino y porvenir decoroso y proporcionarle un sostén para la ancianidad de sus padres, era su segundo objetivo.

Su obra, por lo tanto, llevaba dos fines meritorios.

En los primeros años Rafael vivió, por decirlo así, cosido a la sotana de su tío.

Éste lo llevaba a la parroquia; allí ayudaba a todas las misas que decía; encendía y apagaba las velas; asistía a todos los bautizos, matrimonios y entierros y cantaba con el sacristán, bien la “Letanía Lauretana”, bien el “Tantum ergo”, o bien cualquier otro canto sagrado que llegara a ofrecerse.

La voz atiplada de Rafael se perdía muchas veces, como un eco argentino, en las bóvedas de templo.

Esto no quitaba nada para que, después, se pelease con los acólitos, a fin de apoderarse del poco vino que quedaba en las vinagreras, o de las hostias que quedaban en el hostiario.

Tales fueron los primeros años de Rafael.

Su vida parroquial se mezcló, bien pronto, a su vida literaria.

Rafael tenía once años cuando salió de la escuela.

En ella, según el plan moderno, había aprendido muchas cosas, sin saber ninguna. Aritmética, escritura, lectura, historia sagrada y de España, sistema decimal, elementos de geografía, geometría, astronomía física y dibujo lineal, operaciones parcelarias y otra multitud de cosas que, hoy, sirven de base a todas las Escuelas Superiores del Reino:

- He aquí el inmenso material que el profesor había querido introducir en la inteligencia del niño.

Rafael salió abrumado con el peso de estas asignaturas, pero hecho un pequeño enciclopedista.

Al día siguiente se matriculó en el seminario eclesiástico de San Torcuato, y allí estudió, con mucho aprovechamiento, gramática latina, historia natural, matemáticas y otras materias importantes.

Rafael comprendió su misión y era sumamente aplicado. La prueba de ello es que cuando no estaba en seminario, estaba en la parroquia; cuando no estaba en la parroquia, en el seminario.

En sus momentos de asueto, tenía en su casa un altar y un pequeño campanario, donde se parodiaban todas las festividades sencillas, semidobles, dobles y solemnes de la Iglesia.

Así llegó Rafael a los dieciséis años, época en que acabó de estudiar gramática y filosofía.

Los dieciséis años son siempre el término de la niñez y el principio de la juventud.

Se entra de lleno en la primavera; se nada en un horizonte de color de rosa; se mira a todas partes, con un asombro igual al de Adán, cuando fue lanzado del Paraíso; se sueña más que se vive; se entrega el alma a una navegación desconocida, cuyo derrotero es siempre un fondo azul y nacarado; y se espera algo nuevo y prodigioso, sin que se sepa, ni adivine lo que ello sea.

Rafael se encontró envuelto en esta atmósfera.

Principió a ver las cosas de distinta manera; pero encadenado a sus costumbres clericales, se asustaba de todo y vivía aislado, sin amigos y sin ideas propias; no teniendo esperanza, sino en la moral del Padre Larraga, en la teología de Perrone, en los consejos de su tío y en las caricias de su madre.

La casa de don Anselmo era una casa antigua, casa de beneficiado; que tenía delante de sí una gran plazuela, el campo a una parte y un arrabal a otra.

En aquella extensa y pacífica plazuela, los vecinos vivían en constante y perpetua fraternidad.

Rafael se subía diariamente a la azotea o terrado de la casa, para estudiar sus lecciones y allí, dominaba el barrio, el campo y parte de la ciudad.

Las vecinas lo veían siempre con el libro en la mano y esto había esparcido cierta fama entre aquella gente sencilla de que Rafael, siguiendo así, llegaría con el tiempo a saber tanto como el Obispo.

Pero nosotros nos atrevemos a hacer una pregunta en esta ocasión:

¿Estudiaba o no estudiaba Rafael?

Estudiaba; estudiaba como un muchacho de dieciséis años, que espera ser clérigo algún día, tal vez coadjutor, acaso cura de alguna parroquia de entrada.

Pero la teología no es un estudio como otro cualquiera, y he aquí que Rafael, perdido a veces en los profundos laberintos de la ciencia, se sintiese fatigado y abandonase el estudio, aunque tuviese el libro abierto delante de los ojos.

En estos momentos, que tenían algo de estupor y somnolencia, Rafael seguía el vuelo de los pájaros, el paso de alguna nube, o bien se quedaba mirando a la mariposa que cruzaba por el aire, a la hormiga que llevaba un poco de alimento en la boca, o a la araña que había extendido su tela en una rendija de la pared y cazaba a la incauta mosca que se enredaba en sus hilos.

Y como Rafael no había de estar siempre mirando a la atmósfera y a los animales; se entretenía, a veces, en mirar a los vecinos que preparaban sus aperos de labranza, a las vecinas que hilaban en las puertas de sus casas, a los muchachos que se tiraban piedras y a las chiquillas que jugaban al Con – co – ron – con (1).

(1) **Concorocón es un juego, una danza y un canto al mismo tiempo. Se reúnen diez, quince o veinte o más muchachas del pueblo, se dan la mano y forman una rueda. Esa rueda gira acompasadamente, mientras una voz clara y argentina entona una copla, cuyo estribillo cantan en coro todas las demás.**

Lo extraño para él era otra cosa. Y esta cosa era que él había conocido desde niña a aquella muchacha, la había visto crecer y jamás le había llamado la atención.

¿Cómo vino a sorprenderle en un momento dado, en un día cualquiera, en el instante mismo en que el dorado rayo de sol bañaba la casta frente de la niña, y en que ella, jugando con otras de su edad, desataba sus largas trenzas de oro y se envolvía en las brillantes bandas de sus cabellos?.

He aquí lo que diremos más adelante.

Hemos hecho en este capítulo la biografía de Rafael, y justo es que pasemos a hacer la de ella.

### III

## APUNTES BIOGRÁFICOS DE UNA MUCHACHA QUE NO PARECE FEA.

La niña de los dorados cabellos se llamaba Ana.

Hija de Pedro Avellán y de María Fernández, Ana era una muchacha, mala entre las malas, traviesa entre las traviesas.

Sus padres no tenían más que esta hija y la adoraban.

La hija no tenía más que a sus padres y se moría por ellos.

Pedro era el labrador más importante del barrio. Tenía casa propia, casa de verdadero labrador, con un gran patio cubierto de un parral, con buenas cuadras para sus seis pares de mulas y sus dos yuntas de bueyes, con anchas bodegas y ventilados graneros.

Pedro era honrado entre los honrados; y María, su mujer, siguiendo las costumbres patriarcales de la gente antigua, era una pequeña providencia que repartía muchas limosnas a los pobres.

Pedro pasaba la vida en el campo.

No trabajaba, para esto tenía nueve o diez mozos, pero dirigía admirablemente sus negocios.

Sembraba a su tiempo, abonaba a su tiempo, y todo lo hacía a su época y sazón.

Los frutos que recolectaba siempre estaban en armonía con su vigilancia y esmero.

María, su esposa, pasaba la vida en su casa.

Ella administraba sabiamente lo que su marido introducía por las puertas de la misma; el grano, el vino, las patatas, el cáñamo, el lino, las verduras, el aceite;

ella le daba a todo la más equitativa distribución y de aquí el que siempre reinase allí la alegría y la abundancia.

Ana, su hija, pasaba su vida en la plazuela.

Ana, que ni tenía cuidados de campos, ni de casa, sólo pensaba en jugar.

Era de tal naturaleza, que jamás se cansaba. En vez de andar, corría y en vez de correr, saltaba.

Como siempre estaba en movimiento continuo, en una carrera constante; como siempre estaba saltando y subiéndose a todos los vericuetos, las vecinas del barrio principiaron a llamarla Ana, la Liebre; buscando la semejanza que tenía con este animal; y el apodo de la liebre fue conquistándolo de tal modo, que más que liebre debía habersele llamado ardilla.

Por lo demás, Ana era la alegría del barrio.

Su madre la tenía siempre vestida como se viste a una hija única, que se quiere mucho.

Tenía derecho para entrar en todas las casas y trastornarlo todo, poniendo lo de arriba, abajo y lo de abajo, arriba.

Ana estaba siempre al sol, cuando había sol; a la sombra, cuando había sombra; a la lluvia, cuando había lluvia y a la nieve, cuando había nieve.

Su misión era la del pájaro: llevar y traer.

Su destino era, ya lo hemos dicho, el de la liebre, estar siempre corriendo.

Así llegó a los doce años. Esta edad aumentó en ella su belleza y su estatura, pero no sus inclinaciones. Ana siguió corriendo, jugando y alborotando.

El bueno de don Anselmo, el beneficiado, cuando volvía de su paseo vespertino, solía decir a Ana, luego que ésta se plantaba en dos saltos delante de él para besarle la mano:

-Muchacha, es menester que sientes la cabeza, pronta vas a ser mujercita-.

Pero la mujercita, a pesar de estos consejos, seguía corriendo y saltando.

Así llegó a los catorce años.

A esa edad ocurre, por lo regular, una transformación completa en la organización de las mujeres.

Es la edad en que la flor entra en la vida, en que el capullo se abre, en que la rosa amanece cubierta de rocío.

Ana, siguiendo las leyes de la naturaleza, experimentó esa transición de color de cielo en que la niña se convierte en mujer, en que la mujer empieza a adivinar los dulces misterios de la juventud; pero no por eso dejó de correr y de brincar, pero con cierta graciosa coquetería, que aumentaba sus encantos.

Como ya no podía, si es que esta palabra debe admitirse, jugar como una chiquilla y hacer ciertas cosas de niña, se contentaba con jugar al Con – co – ron – con, o bien a la Perina (1), que es otro juego caprichoso de las muchachas del país.

(1) **Juego de ligereza y habilidad que efectúan las niñas de la clase agricultora de Guadix. La Perina es una pequeña esfera de madera. Las jóvenes que juegan, armadas de varas gruesas, se esparcen en diversas direcciones. Una de ellas hiere con violencia a la Perina, la cual vuela rápidamente. Todas corren detrás y la primera que la alcanza es la que tiene derecho para impulsarla de nuevo, y así sucesivamente.**

Y como en este juego de la Perina era ligera como una pluma y risueña como una fuente, es claro que Ana no perdía su bonito sobrenombre, por más que ya no fuera la niña de épocas anteriores.

En este estado, y cuando su corazón iba experimentando la transformación de sentimientos que trae de suyo la edad, fue cuando un día reparó en Rafael; el cual, encaramado en su terrado, miraba unas veces al Perrone, otras a las moscas y otras a las muchachas.

¿Qué pasó de resultas de haberse cruzado, en el espacio, la mirada de estos dos jóvenes?.

Esto merece capítulo aparte y por lo tanto ponemos punto final a éste.

## IV

### CUESTIÓN DE MATEMÁTICAS

Conocemos la fuerza de un caballo a la carrera.

Conocemos también la de un toro, cuando embisten en medio del circo.

Sabemos hasta dónde alcanza el empuje de un dromedario, levantando sobre su lomo todo el ajuar de una familia árabe.

Sabemos, también, hasta dónde llega la resistencia de un elefante, llevando sobre sí una torre de guerra con sus respectivos combatientes.

Está graduada la fuerza de un torrente desbordado.

Hoy se sabe, a punto fijo, la cantidad de violencia que tiene la catarata del Niágara.

También se sabe la del Vesubio en una de sus erupciones.

La del vapor en cualquier de sus experimentos.

La de la electricidad en medio de las tempestades.

Todo está graduado, pesado, analizado y comprendido por la ciencia; desde la fuerza bruta, hasta la fuerza de los elementos; pero lo que todavía no se ha podido comprender, ni analizar, ni pesar, ni graduar es la fuerza que llevan las miradas que se buscan, que se chocan y se encuentran en el espacio; acaso para darse un beso, tal vez para engendrar una esperanza.

Los sabios y los filósofos han tenido que doblar la cabeza ante esa fuerza misteriosa, que existe en el corazón humano y se desarrolla a través de la retina de los ojos.

Esto, así cuando por primera vez, y subrayamos esta frase con toda intención; cuando por primera vez se vieron, Rafael y Ana sintieron toda esa fuerza impulsiva que ni tiene límites, ni tiene graduación posible; se vieron de un modo diverso de cómo hasta allí se habían visto, se adivinaron bajo otra forma, se comprendieron bajo otro pensamiento.

Y de este modo, Rafael desde su terrado y Ana desde la plazuela, se miraban a hurtadillas con timidez, pero con esa timidez extraña que siempre quiere estar a prueba.

Y aquel tiroteo de ojos duró quince días, quince días en que Rafael se puso más delgado y amarillo, y en que Ana se puso más encarnada y más bonita.

¿Por qué en aquellos días no tenían valor para hablarse?

Ellos que se habían criado juntos, ellos que habían jugado a todos juegos conocidos y se trataban con esa familiaridad de niños, que jamás se pierde por más que los años tengan siempre la triste misión de borrar todo lo pasado.

Que conteste quien quiera a esta pregunta. Nosotros dejamos la respuesta al prudente juicio de nuestros lectores y, más aún, a la aguda penetración de nuestras lectoras.

Fueran lo que quieran aquellas miradas, es lo cierto que Rafael no comía lo que acostumbraba comer, y Ana no saltaba lo que acostumbraba saltar.

Verdad es que en aquellas miradas había algo insólito y extraordinario; que allí había algo de tempestad y algo de invisible; que allí existía un alfabeto desconocido, en que los dos querían leer, pero que aún no habían encontrado la clave para descifrar aquel diccionario.

Y los dos permanecían mudos, indiferentes en la apariencia, más indiferentes que en tiempos normales.

¿De qué modo se descifró aquella página de la existencia de Ana y Rafael?.

Diremos como el Tasso en su Jerusalén Libertada:

- -Ten, ¿oh musa! la bondad de revelarlo-.

## V

# PRIMERA PARTE DE UN CUENTO DE COLOR DE CIELO

Una mañana de primavera; una de esas mañanas en que el aire tiene flores invisibles para perfumarlo todo; una mañana en que, al parecer, se habían dado cita cuantos ruiseñores había en la comarca, para cantar un himno a la alborada; una mañana en que el purísimo azul del cielo estaba sembrando las nubes de oro, y en que el sol, perezoso y soñoliento, principiaba a cubrir, con su reflejo de púrpura, las lejanas cordilleras; salió de su casa, como de costumbre, el beneficiado don Anselmo para decir misa en su parroquia..

Y como era costumbre también el que Rafael ayudara esta misa, el joven salió después de su tío, llevando el Perrone debajo del brazo y la cabeza algún tanto inclinada sobre el pecho.

Pero no bien, el tío y el sobrino habían dado cuatro pasos, cuando abriéndose la puerta del Labrador Pedro Avellán; salió por ella María Fernández, su esposa, acompañada de su hija Ana.



El beneficiado y María se saludaron con la cordialidad de los buenos y honrados vecinos, mientras que Ana se puso colorada, como una cereza y Rafael pálido, como un difunto.

Don Anselmo fue el primero que tomó la palabra:

-Buenos días, vecina. ¿Cómo tan temprano se encuentra usted en la calle?-.

-Sabía que iba usted a decir misa y vamos a oírla-. Contestó María con semblante alegre.

-Sea enhorabuena, y me alegro mucho que enseñe usted a esa niña a que sea tan buena cristiana como su madre-.

-Es que mi hija-, contestó María con cierto orgullo, mirando a la hermosa Ana, -es hoy la que me lleva a la iglesia-.

-Mejor que mejor-.

Ya se ve; ella quiere tener su trapillo aparte, y hoy lleva a misa cuatro onzas de seda, que trata de echar (1).

- (1) **Es costumbre en nuestros países meridionales que las mujeres echen seda; lo que es, por cierto, entre la gente de la agricultura un gran recurso para las atenciones domésticas.**

**En Guadix, estas mujeres se consagran a tan delicada faena y las que no tienen morales o moreras, que es el árbol de cuya hoja se alimentan los gusanos de seda, compran dicha hoja, ganando por lo común muy buenas cantidades.**

**Al acercarse el mes de Mayo las mismas mujeres llevan en el pecho la simiente de la seda; oyen misa con ella; la hacen bendecir, y enseguida la ponen en calor para resucitarla, lo cual se hace colocándola en una taza, poniendo un papel picado encima y sepultándola entre dos colchones.**

**Acto seguido principian a salir los gusanos, que se recogen en una hoja de moral.**

-Pues vamos adelante, hija mía-, dijo el beneficiado dirigiéndose a Ana; -yo me ofrezco a bendecirte la simiente de la seda para que Dios te de el ciento por uno-.

Dicho esto, don Anselmo echó a andar y todos le siguieron.

Era consiguiente que en aquella marcha, algún tanto silenciosa, Ana y Rafael se tropezasen alguna que otra vez y, aún, se tocasen con los codos; pero cuando esto sucedía, se separaban violentamente, como si tuviesen miedo a aquellos golpes de la casualidad.

De este modo llegaron al templo.

Poco después se dijo la misa, la cual fue ayudada por Rafael.

Don Anselmo bendijo la seda y cuando el bueno del beneficiado se disponía a regresar a su casa, María se le acercó y le dijo:

-Quien ha hecho los más, tiene que hacer lo menos, vecino. Ya que nos ha dicho usted la misa y ha bendecido la seda de mi niña, justo es que se vengan ustedes a almorzar con nosotros. Hoy es el primer día de cabaña (1), y beberán una leche riquísima, además de una cuajada especial-

**(1) Llámase así a la preparación de la leche para la elaboración del queso. Dura un mes o dos.**

-Doy a ustedes las gracias, vecina- contestó don Anselmo. -Ya sabe usted mis costumbres, y a mi edad no es conveniente variarlas-

-Si es por eso, tomará usted en mi casa su perpetuo chocolate-

Atacado hasta en este terreno, don Anselmo capituló y aceptó el desayuno.

Escusado será decir que Rafael, por su parte y Ana, por la suya, se pusieron locos de contentos al ver que iban a desayunar juntos.

Una vez admitido el convite de María, se dirigieron a la casa de ésta, en cuyo ancho portal entraron de allí a pocos momentos.

Aunque ya hemos dado una ligera idea de lo que era la casa del padre de Ana, o sea el labrador Pedro Avellán, conviene en esta ocasión dar nuevos detalles para conocimiento de nuestros lectores.

Pasado el portal, se entraba en el patio más alegre del mundo, cubierto y sombreado por un hermoso parral y rodeado de una guirnalda de esas flores sencillas que vulgarmente se llaman Don Pedro, y que son amarillas y rojas ya disciplinadas y blancas.

En un extremo se veía el ancho brocal del pozo. Y a su lado una gran pila llena de agua, donde bebían a la sazón los pares (1) del dueño de la casa.

**(1) Denominación genérica que se da a dos, cuatro, seis o más pares de mulas.**

A la entrada, por la derecha, estaba la escalera que conducía al piso superior; a la izquierda, se hallaban los cuartos de los mozos y las cuadras; enfrente se veía una tosca verja de madera pintada de color almagra, que daba paso a un huerto de media fanega de tierra de extensión.

Lo primero que tropezaba, subiendo la escalera, era la cocina. En ella bien podían pasearse treinta personas con toda comodidad.

Al tender una ojeada por los muebles y dimensiones, lo que se veía a la imaginación era el recuerdo de la célebres cocinas de Van Ostade, puesto que de haber alguna diferencia, siempre estaría el mérito a favor de la cocina de Pedro Avellán.

En el momento que penetraban por ella María Fernández, su hija y sus dos convidados, se retiraba del fuego parte de la lecho ordeñada por la mañana, a fin de tomar la cuajada y prensarla en moldes preparados al efecto, para sacar los quesos.

Dos mujeres, limpias como el oro, con lienzos blancos como la mies, preparaban las bolas de requesones a fin de colocarlas en azafates de mimbres, cubiertos de verdes hojas de parra.

Por último, dos pastores, con sus pellizas blancas, habían de servir para ordeñar la leche en la relada inmediata.

La entrada de María produjo un movimiento más rápido y más inusitado en aquellos criados y criadas.

Aquella ama activa y diligente lo proveía todos con su mirada, y bastaba sólo su presencia para que cada cual llevase cumplidamente su obligación, sin necesidad de palabras enérgicas y decisivas.

En pocos momentos María comunicó las órdenes que le parecieron oportunas, para que se preparase el desayuno; y pasó con sus convidados a una sala que tenía un ancho balcón de madera, que caía al huerto.

El beneficiado y María se sentaron, entablado una larga plática sobre los cuidados campestres; y Ana y Rafael se encontraron, casi sin saber cómo, en aquel ancho balcón, tan lleno de luz, como fresco y perfumado por las suaves emanaciones de la primavera.

Este repentino aislamiento, que en otra ocasión hubiera pasado desapercibido, produjo en los dos jóvenes un embarazo extraordinario.

Buscaban palabras que decirse, y no las encontraban; pero esta frase era una pura tontería en aquellas circunstancias.

-¡Qué buen tiempo hace para el campo!-, exclamó con el mismo tono que si hubiese pronunciado una sentencia Platón.

Ana volvió la cabeza a esta salida, levantó el labio superior, con una gracia inimitable y constestó:

-Mi padre dice que conviene que llueva. La lluvia de primavera saca la cosecha entera, dicen generalmente nuestros labradores-.

Esta respuesta dejó estático a Rafael. Entonces comprendió que había dicho una necedad, y se puso colorado.

Pero era preciso seguir diciendo alguna cosa, ya que el silencio era peor que la conversación; y después de dar mil vueltas a su mente, dijo otra nueva tontería, aún mayor que la primera:

-¡Qué huerto tan hermoso!. ¿Lo vas a sembrar este año de pimientos y tomates?-.

Ana volvió a contraer los labios y contestó:

-Mi padre es quien entiende de eso. Mal podré yo decir de qué se va a sembrar el huerto-.

Rafael comprendió, por segunda vez, su impertinencia, y de nuevo se puso encendido como un chico de seis años.

Estaba en el caso de enmendar tanta torpeza y quiso buscar un nuevo motivo para emprender la conversación.

Nunca su imaginación había estado tan pobre de recursos; mas como obedeciendo a una idea que vino a dominarle, dijo al cabo de tres minutos de silencio:

-Para el día del Corpus se verificarán los exámenes en el seminario y, entonces, ganaré el segundo año de teología. Queda, por lo tanto, poco más de un mes-.

Ana pareció admirarse de tan estupenda noticia, acaso ésta le dio margen para poder contestar:

-Con que para el día del Corpus, ¿eh?-.

-Así me lo ha dicho el catedrático-.

La hermosa niña se puso a quitar las hojas más marchitas o secas de un jazmín que subía hasta el balcón, y enseguida preguntó entre dientes:

-¿Es decir, que cuando pase ese tiempo...?-.

-Entraré a estudiar el tercer año de teología-, responde Rafael.

Pasó por la frente de la niña una cosa como una nube, menos aún, como una sombra, y guardó silencio.

Rafael lo guardó también, y así pasaron cinco minutos.

Mientras tanto se iba preparando el desayuno, y los criados de la casa extendían sobre una mesa un mantel más blanco que la nieve.

De pronto dijo Ana:

-¿Qué libro es ese que llevas debajo del brazo, Rafael?-.

-Es el Perrone-, contestó el mancebo.

-Yo no entiendo de eso-, contestó la niña, como enfadada.

-Te pregunto por el libro y me contestas con otra cosa-.

-Te he dicho el nombre del autor. Nosotros, los estudiantes, lo llamamos así, pero es, un resumen, un tratado de teología-.

-¿Y para qué sirve la teología?. ¿No es eso lo que estudian los clérigos?-. Preguntó Ana.

-La Teología sirve para comprender la ciencia de Dios-, replicó Rafael, creciéndose dos palmos al ver que podía decir algo de sustancia delante de Ana.

-Respecto de tu segunda pregunta, te diré que esa ciencia es la que estudian los que se dedican al sacerdocio-.

Ana se puso pálida y contestó:

-Según eso, ¿tú la estudias para ordenarte?-.

-Mi tío lo ha deseado, y... ya se ve..., como mi tío lo quiere..., me veré obligado a dar gusto-.

-¿Es decir, que serás clérigo?-.

Y los brillantes ojos de Ana se clavaron en la humilde fisonomía de Rafael con una extraña tenacidad.

-¡Clérigo!-, replicó el joven sintiendo un temblor extraordinario en todo su cuerpo.

-¿Y qué otra cosa puedo ser?. Nunca he salido de la iglesia... Mi padre y mi madre sueñan con la esperanza de verme un día vestido con la sotana de (manteo...). Vuelvo los ojos a todas las partes, y no descubro más esperanza, ni más porvenir. ¿Qué he de ser pues?-.

Y a su vez los ojos del joven se fijaron en Ana, que bajó los suyos, como si se resignase a un golpe mortal.

Iba en aquel momento a replicar, pero la voz de María vino a sacarlos de aquellos primeros esplendores de la existencia.

-El desayuno está servido-, dijo, rompiendo aquella cadena, que sin saber como, principiaba a eslabonarse.

-Niños, vamos a la mesa-.

Ana miró furtivamente a Rafael, Rafael miró furtivamente a Ana.

Aquellas dos miradas fugitivas, ¿no podían encerrar toda una historia de sentimientos vehementes y misteriosos?.

Dejamos la pregunta en el aire para que nuestros lectores contesten a ella.

## VI

### LA SEGUNDA PARTE DEL CUENTO

El desayuno fue sencillo, pero excelente. María había dispuesto para antes del chocolate unas magras de Trevélez (1), mucho más ricas y apetitosas que todos los manjares que adornan los escaparates de Lholy.

(1) **El jamón más rico de España.**

Allí no había arte, pero había verdad.

El chocolate podía hacer honor al florentino Antonio Carletti, que fue quien lo importó a Europa en tiempos de Moctezuma.

Don Anselmo se saboreó con él y con unos bollos de aceite llamados macarros, los cuales podían competir con los bizcochos más delicados.

Después del chocolate se sirvió leche con azúcar, pero don Anselmo no quiso probarla temiendo le hiciese daño.

La buena María, que se esforzaba por complacer a sus huéspedes, quiso al punto proporcionar otros postres y se apresuró a decir a don Anselmo:

-Ya que no quiere usted tomar leche, voy a que coma fresa. ¿Le gusta a usted la fresa?-.

-Muy pocas veces la he comido-, contestó don Anselmo, -pero no me desagrada-.

-Pedro ha plantado este año una porción de matas y han florecido que es un primor-.

Ana prosiguió, aquella mujer solícita baja y coge una cesta de fresa.

-Rafael te puede acompañar en esta operación-.

Ana no contestó. Acercóse a la alacena, tomó una cestilla de mimbres, blanca como la nieve, y mirando a Rafael le indicó con una mirada, más bien que con un grito, la puerta que conducía al huerto.

Hay en el corazón de la juventud un presentimiento siempre vivo y eficaz, que es el presentimiento de la esperanza.

Rafael no dijo una palabra, pero obedeció ciegamente a la, casi imperceptible, indicación de Ana.

Ya hemos dicho lo que era el huerto de Pedro Avellán.

Cuando los dos jóvenes llegaron a él; se encontraron, ni más, ni menos, que en el paraíso terrenal.

La creación entera brotaba para ellos en aquel instante.

El sol, el puro azul del cielo, el blando murmullo de las aguas cayendo en un vecino estanque, el frescor perfumado de la mañana, el trino de los ruiseñores, la mística sombra de la arboleda, el suave esplendor de la flores, la pomposa verdura de la naturaleza; todo estaba en armonía con el estado de aquellos dos corazones, que parecían nacer a la vida de una modo nuevo y repentino, bajo las espléndidas emociones de la primavera.

¿Quién es capaz de medir la fuerza que tiene una flor en el profundo y extraño idioma del corazón humano?

¿Quién puede pesar la inmensa gravedad de una burbuja de aire, aspirada al mismo tiempo por dos seres que se encuentran solos, bajo la mirada de Dios y entre las magníficas decoraciones de la naturaleza?.

Nadie. Ni los dos actores de la escena que vamos a describir podían calcular todo el torrente de afectos que brotaron bajo la influencia bajo la influencia de tan brillantes accesorios.

Ana y Rafael se encontraban en medio del huerto, para llevar adelante una operación bien sencilla, la de servir un poco de fresa.

Pero Rafael y Ana pensaban en ellos mismos, sin acordarse para nada de la pobre fruta.

Y si bien estaban en el caso de recogerla, también existía una fuerza superior que los obligaba a mirarse como jamás se habían mirado.

Colocados bajo la apacible sombra de un hermoso peral; medio cubiertos con las rosas y azucenas del jardín; oyendo el canto de las aves, había de estallar precisamente el amor, hasta allí comprimido, de aquellos dos jóvenes.

-¡Qué hermoso es esto!-, exclamó Rafael, mirando los brillantes ojos de Ana.

Ésta, por toda contestación, se inclinó para tomar un ramo de fresas, y dijo con voz tímida:

-¿Vas a ser clérigo, Rafael?-.

Éste se estremeció...

Aquel requiebro le presentó la realidad desnuda y árida, como la muerte.

-¡Clérigo yo?. Pues qué, ¿hay razón, hay derecho para atajar en lo profundo del corazón todo lo que se refleja, como un cristal, en el espejo del alma?-.

-¿Clérigo?. Es verdad...-.

-Quieren que sea clérigo; el año que viene, dicen que, debo ordenarme-.

-Pero.... ¡quién sabe!-.

-¿Podrá saberse si el sol estará tan resplandeciente en el día de mañana, como en el de hoy?-.

-Además... Todo consiste en una cosa. En este jardín se habla de otra manera-.

-Repito, que mañana no es hoy-.

Ana oyó todo aquel lenguaje, poniéndose unas veces encendida y otras blanca, como el alabastro. No entendía, pero adivinaba.

-Vamos a coger fresa. Mi madre me estará esperando-, dijo Ana por toda contestación.

Los dos se inclinaron sobre las plantas y principiaron a coger la codiciada fruta.



De pronto pasó por la frente de Rafael una cosa, parecida a un relámpago; se incorporó, miró a la candorosa niña de una manera muy extraña y exclamó:

-Ana, voy a preguntarte una cosa-.

-¿Qué?-, -contestó ésta, deteniéndose a su vez.

-¿Quieres que sea clérigo?-.  
Púsose pálida la niña, y respondió lacónicamente:

-No-.

-Pues no lo seré. Haré lo que tú desees. Pero...-.

-Pero, ¿qué?-.  
-Que para no ser clérigo es preciso que suceda una cosa-.

-¿Qué ha de suceder?-.  
-El que tú Ana, no quieras a ningún hombre-.

-¡A ninguno!-.  
Y en los ojos de la hermosa joven resplandecía una felicidad suprema.

-Es decir, a ninguno, menos a mí-.

Ana bajó los ojos, se sonreía de una manera inefable.

-¿Con que, según eso, desees que te quiera?-.  
-Esa es la verdadera palabra; eso es lo que yo deseaba decirte; eso es lo que

anhelaba mi corazón, Ana-.

-Ahora bien: ¿Podrás amarme?-.  
-Sí-. murmuró la niña.

-Pues te juro que no seré clérigo-.

-Vamos a coger fresa-, respondió Ana con su dulce sonrisa.

## VII

## LASCIATE OQÙI SPERANZA

Desde aquel día Ana y Rafael se amaron, es decir, se idolatrarón.

Desde aquel día principiaron a cantar ese sagrado idilio del amor, elevado por dos corazones a la esfera de lo infinito, para confundirse en un solo sentimiento, en una sola esperanza.

Ellos se amaron como se ama en la primavera de la vida; como pueden amarse dos seres, que se encuentran por vez primera en un nuevo paraíso.

Todos los que han llegado a los quince años saben como es el amor, que se experimenta en esta edad; es una cosa que se parece a una flor; es un perfume que se reconcentra en sí mismo; es un sueño que toma la forma de una nube de oro, o mejor dicho, es una nube que se amolda a la formas de un sueño.

Ana y Rafael experimentaron todo eso y mucho más.

Los amores primeros se conciben, pero no se explican, hasta que los años le dan carácter firme o deleznable.

Todo son suspiros, miradas, opresiones de corazón, escasez de palabras, castillos en el aire, delirios y algo más todavía.

Los ojos azules se ponen lánguidos; los ojos negros se llenan de una luz más intensa, los hombres se ponen amarillos; la mujeres de color de rosa; hasta que unos y otros terminan; o por un matrimonio que, a fuerza de ser deseado y apetecido, se hace eminentemente prosaico; o por un rompimiento que separe para siempre aquellas dos estrellas, que parecían confundir sus rayos en un abismo de suprema felicidad.

Rafael y Ana estaban en el primer período, y por eso fueron felices entre aquellas flores y entre aquellos perfumes, que brotaron de sus corazones.

¿Siguió Rafael pensando en el Perrone; o sea, en el autor de la teología que, por complacer a su familia, tenía que hojear diariamente?.

¿Siguió Ana corriendo y saltando entre sus compañeras, pera reconquistar cada vez más el sobrenombre de la Liebre?.

Difícil es contestar a estas dos preguntas.

En cuento a Rafael, tenía siempre al Perrone en las manos; pero ignoramos si en él fijaba los ojos.

En cuanto a Ana, sabemos únicamente que tenía azogue en los pies, pero era para descender por cierta reja que comunicaba a la calle, por la tapia del huerto.

Así transcurrieron unos años; hasta el día en que por desdicha, de Rafael y Ana, tuvo el primero que jugar la suerte del soldado.

Ya hemos dicho en el primer capítulo de nuestra historia, que el día de la quinta era el primer domingo del mes de abril, domingo de Pascua de Resurrección.

También hemos dicho que la primera cédula que salió fue para el pobre Rafael, con el número seis.

Nuestro joven no tenía tacha alguna que estuviera conforme con el cuadro de exenciones de la ley de quintas.

Los padres tenían lo necesario para vivir, pero no lo suficiente para librarlo; su tío, el beneficiado, apenas podía pasar con la escasa renta y derechos de la parroquia; por consecuencia Rafael era, ni más, ni menos, que un futuro soldado, si Dios no lo remediaba.

Cuando nuestro joven oyó el terrible número; que cambiaba en un instante su condición social, su vida, su destino y su porvenir, hizo un gesto casi inexplicable; se queda amarillo como la cera, a pesar de ser moreno; miró a sus amigos, se despidió de ellos y se marchó silenciosamente a su casa.

Su madre lo adivinó todo y se abrazó a su hijo, sin lanzar un gemido, sin pronunciar una palabra.

Poco después entraron el beneficiado y el padre del joven; se sentaron con calma siniestra, y así permanecieron todos por espacio de una hora; mudos, llenos de estupor y tan asombrados como si un rayo invisible los hubiese confundido.

El sacerdote fue el primero que tomó la palabra.

-¡Loado sea siempre el nombre de Dios!-.

-Lo ha hecho quien puede y debemos doblar la cabeza con resignación cristiana. La vida tiene sus grandes contratiempos, son la piedra de toque del corazón humano-.

-Reflexionemos con calma; miremos las cosas bajo el aspecto de la realidad y veamos lo que es posible hacer, o a qué medio recurrir en el triste extremo en que nos encontramos-.

Detúvose el beneficiado, como si le asustasen sus propias palabras, y continuó el anterior silencio.

De pronto se interrumpió éste, con una exclamación suprema de aquella madre que tanto amaba a su hijo:

-¡Oh Dios mío!, y ¿qué vamos a hacer ahora?-.

Miró a su esposo, con un estupor profundo, el cual se encogió de hombros.

Ésta prosiguió de nuevo, dirigiéndose al beneficiado:

-Lo venderemos todo, hermano; le prenderemos fuego hasta a las sillas de la casa. Yo quiero que no se lleven a mi hijo-.

-Lo venderemos todo-, replicó el padre, como un eco.

-Vender también lo que yo tengo-, añadió el sacerdote.

Pero el joven, objeto de aquel debate, se separó del cariñoso lazo que su madre había formado, con sus brazos, en torno de su cuello; y dijo con voz tranquila, en la apariencia:

-Jamás consentiré que se venda un hilacho de la casa para librarme de la suerte que he tenido-.

-Ustedes, padres míos, son pobres; apenas tienen para vivir; la labor está mala; las tierras que labramos no son nuestras, están a renta; nuestra única propiedad es esta casa, herencia sagrada que viene de nuestros abuelos; yo soy joven y puedo luchar con el provenir, es decir, que si no soy clérigo, seré soldado... y ... ¿quién sabe después?-.

Al concluir estas palabras, llenas de verdades dolorosas, la madre de Rafael volvió a abrazarse a su hijo, como si le arrancasen el alma en aquel momento.

El beneficiado no dijo una palabra, se levantó y salió a la calle.

Después se supo que vio a varias personas, a fin de tomar a rédito una cantidad de 6.000 reales; pero todos le cerraron las puertas de la esperanza.

Hubo uno, sería embargo, que ofreció dar el dinero si se encontraba una garantía de 18.000 reales, libre de hipoteca, exigiendo un 30 por 100 anual, lo que importaba un rédito de 1.800 reales.

Esta proposición era una ruina, mejor dicho. Un suicidio.

El buen sacerdote metió, echó cuentas, propuso su casa como garantía, aceptó por último el 30 por ciento; pero el usurero, creyendo benignas sus anteriores proposiciones, dijo que el capital prestado merecía mayor interés, y que no podía facilitararlo sin un 50 por 100 de ganancia.

Don Anselmo bajó la cabeza, no dijo una palabra y se marchó con el alma contraída; no tanto de que su sobrino fuera soldado, sino de que hubiera hombres tan sin corazón y sin conciencia, que se atreviesen a robar de tal modo, protegidos, escudados y hasta patrocinados por la ley.

Veinte días después de estas escenas fue el juicio de excepciones.

El gobierno tenía prisa de que ingresara en el ejército el cupo actual, y la cosa iba con cuanta precipitación era posible.

Rafael quedó declarado soldado.

El pobre joven dobló la cabeza ante semejante suceso, y se resignó de nuevo a cuento pudiera depararle el provenir.

Se acababa de perder la última esperanza.

Sus padres no tenían dinero para librarlo; su tío lo había buscado por todas partes, sin encontrarlo; la Diputación provincial llamaba a los quintos ocho días después del juicio de exenciones; no había, pues, otro remedio sino resignarse.

Aquellos días últimos de felicidad doméstica, fueron un relámpago.

El dolor ahogaba las palabras.

## VIII

### LA ÚLTIMA NOCHE

Salía la luna blanca y resplandeciente, como en una noche de primavera.

Era una de esas noches del mes de mayo en la que los astros, las brisas y las flores forman uno de esos conciertos misteriosos de donde nacen raudales de armonía, que se pierden u se dilatan en la inmensidad.

Noche en que, como dice Chateaubriand, no se no taba otra cosa sino la mera ausencia de la luz, y en la cual se reproducían todos esos rumores que arrancan al alma suspiros de amor y a la mente recuerdos de dulzura.

Noche en que todos los perfumes se escapan ligeramente del corazón de las plantas, para buscar amores entre las mariposas nocturnas y las luciérnagas errantes.

Noche en que canta el cuco, como si fuese el embajador supremo del buen tiempo.

Noche en que un millón de grillos entonan el primer coro de esa ópera eterna en que las notas están escritas por la mano de la naturaleza.

Noche, en fin, en que las olas se quejan, en que los árboles suspiran, en que los vientos hablan a nuestro oído un idioma inteligible, y en que, por último, se suele oír el lamento de una guitarra entre una copla de fandango...

Era, pues, una de esas noches.

Y como por término de todas estas cosas, la ya dicha naturaleza suele ser indiferente y egoísta para con la humanidad; la tal noche era la última en que el soldado Rafael Álvarez había de permanecer en Guadix.

¡La última noche!

Al día siguiente marchaba a Granada.

Peo esto importaba poco.

La noche estaba risueña; aunque allí, en el más escondido rincón de un hogar, llorase una madre, guardase un padre mortal silencio y suspirase un sacerdote ya viejo y valetudinario.

¿Qué era de Rafael?.

Rafael tenía que ir a buscar la última palabra y consuelo de un corazón que le amaba; y dejando a su familia sumida en el más profundo dolor, citaba el pie de una reja que caía, precisamente, al huerto de Pedro Avellán.

La tapia en que estaba abierta la reja era ya antigua y se hallaba coronada de hiedra.

La luna iluminaba aquel sitio de un modo cariñoso.

En la parte interior, de pie, pálida e inmóvil, se descubría a Ana.

Se destacaba sobre el fondo oscuro de unos rosales, y se asemejaba a una de esas silfas que suelen formarse del aliento de las rosas.

En la parte exterior, también de pie y silencioso, estaba Rafael.

¿Habían tenido valor para hablarse aquellos dos seres que tanto se idolatraban?.

No se habían mirado mucho, mucho; pero ni una palabra, ni una sílaba siquiera se hubo cruzado entre ellos.

Allí estaban el dolor mudo y reconcentrado, la esperanza que se iba, la soledad que se acercaba, el abandono que venía después.

Aquel silencio elocuente lo decía todo, era el epílogo de cuatro años de un amor supremo; era como la nube, engendro pavoroso de la tempestad.

Acaso no hubiera roto aquel nudo de lágrimas si Ana no hubiese exclamado de pronto:

-Con que te vas, Rafael?-.

-Mañana-, contestó éste como un eco.

A esta acento adorado, la hermosa joven pareció despertar del dolor que sentía; y como si fuese nueva para ella aquella noticia, se acercó súbitamente a la reja y exclamó:

-¡Mañana!. ¡Ah, si, mañana!. Creía que no llegaría nunca. Y... ¿cuándo volverás?-.

-Volveré..., ¡quién sabe!. Puede ser que aún salga libre-.

-¡Libre!-, replicó la joven, inclinando la cabeza.

-Y si no volveré cuando haya cumplido-.

-Es decir, ¿Cuándo acabes de ser soldado?-.

-Es claro-.

-¿Y durará mucho tiempo el servicio?-.

-Ocho años-.

-¡Ocho años!-.

Ana inclinó la cabeza; aquellos ocho años tomaron para ella la proporción de ocho siglos; acaso de una eternidad.

-En este tiempo-, dijo por último, -suelen pasar muchas cosas. Puedo morirme y entonces te perderé para siempre-.

-No, no-, contestó Rafael tomando una de las blancas manos de la novia.

-Nacemos a la vida; ochos años son un soplo; además siempre hay rebaja en el servicio militar. Acaso este período sea necesario para acrisolar más nuestra fe-.

-De otro modo, ¿qué sabemos?. Si no me hubiese cabido la suerte de soldado, hubiera tenido que sacrificarlo todo-.

-Acuérdate que iba a ser clérigo; acuérdate que mi tío no quería otra cosa. Así se acabó el triste porvenir que tenía delante y empieza la dicha para nosotros-.

-¿Qué importa la ausencia de un poco de tiempo?-.

-Ahí tenemos el correo para comunicarnos nuestro amor. Teniendo fe y esperanza todo lo venceremos. Tú no te morirás, sino que me esperas a que vuelva y una vez de vuelta, serás mi esposa, como yo seré tu esposo-.

-Todo eso que dices es muy bueno, pero...-.

-¿Pero qué?-.

-¡Si ha guerra...!-.

-Todo el mundo está en paz, Ana-.

-¡Y si llegas a olvidarme...!-.

-¡Olvidarte, yo!. No digas eso jamás-.

-¡Y si otra mujer...!-.

-Vamos. Yo me voy y no tengo tales temores. ¿Confías?-.

-Confío-.

-Entonces nada más tenemos que decir. Sólo nos falta una cosa-.

-¿Qué?-.

-Trazar una línea de conducta-, replica Rafael.

-Te amo muchísimo, y por eso quiero que hagas cuanto voy a decirte-.

-Ya sabes que mi voluntad es la tuya-.

-Bien. Ahora atiende, todas las semanas me escribirás, sin faltar una vez-.

-¿Y tú?-.

-Yo haré lo mismo-.

-Bueno-.

-Me contarás todas tus acciones y todos tus pensamientos.

-Te los contaré. ¡Pero tú...?-.

-Seguiré esta misma conducta, Ana-.



-Corriente-.

-Además, quiero otra cosa-.

-Dila-.

-Soy egoísta. El amor es siempre así. Quiero que, antes de separarnos, jures que me serás siempre fiel, Ana-.

-Juraré cuanto me exijas-.

-Pero yo no quiero juramentos que se los lleve el viento. Confío en ti, como confío en mi mismo; no dudo, no puedo dudar de un ángel como tú eres-.

-Pero cuando el tiempo va a abrir entre los dos un abismo, cuando vamos a estar separados por espacio de ocho años, justo es que me garantices tu corazón, como yo te garantizo el mío-.

-Estoy dispuesta a llenar tus menores deseos, Rafael. ¿De qué forma quieres ese juramento?-.

-Voy a decírtelo. En el Convento de la Concepción hay una hermosa imagen de la Virgen de los Dolores. ¿No es verdad?-.

-Sí-.

-Pues júrame, como si estuviésemos delante de Nuestra Señora, que no me olvidarás nunca-.

La preciosa niña, juntó sus manos con una expresión inefable y contestó:

-Te juro, por María Santísima de los Dolores, que no te olvidaré jamás. ¿Estás contento?-.

-Quiero más todavía-, dijo Rafael.

-En la milicia suelen ocurrir cosas extrañas. He oído hablar de muchos que anunciaron su muerte, y después volvieron sanos y salvos. Pudiera ocurrir aquí una cosa por el estilo. Así, pues, quiero que tu juramento sea más extensivo, si es que me amas-.

-Te amo con toda mi alma, Rafael-.

-Pues si eso es así, como no lo dudo, añade a tu juramento el que no me olvidarás ni vivo, ni muerto-.

-A nadie más que a tí-.

-Que nadie se casará contigo-.

-Nadie, sino tú-.

Rafael no dijo más; pero acercándose más a la reja, puso sus labios sobre una de las manos de Ana y selló con aquel primer beso las dichas promesas de su porvenir.

Desde aquel instante no temió ser soldado.

-¡Adiós!-, exclamó por último.

-¡Adiós!-, contestó Ana.

Y mientras que el uno se separaba de aquel paraíso, la pobre y enamorada niña caía, casi desmayada, en medio de las rosas del jardín.

## **SEGUNDA PARTE**

### **I**

## **LO QUE PUEDE PENSAR UNA MUJER EN UN MILLÓN CINCUENTA Y UN MIL DOSCIENTOS MINUTOS**

Yo no sé quién lo ha dicho, no lo recuerdo ahora, que la ausencia es hermana de la muerte.

Creemos que esto sea una verdad.

Nosotros, castellanamente hablando, acostumbramos a decir lo siguiente:

-“A muertos ya idos, no hay amigos”-.

Hay en la separación de dos seres humanos algo parecido a un principio de eternidad.

Los días, esos átomos luminosos de la creación, vienen y pasan sobre las promesas, sobre los hechos, sobre las cosas mismas, dejando caer un velo

imperceptible; los cuales, al fin y al cabo, forman una espesa capa que todo lo borra y todo lo destruye.

Sí no, reparad, si es que sois observadores; en un edificio, en un monumento, en un árbol, en la misma topografía de la localidad; repara, repito, en una de esas cosas, y dejaréis de ver que el año anterior tenía el edificio otro carácter, el monumento otro color, el árbol otra figura, el terreno otros accidentes.

Pues de la misma manera, así varía, insensiblemente, el corazón humano.

Quiere detenerse en un punto y, sin saber cómo, se encuentra en otro lugar.

El pensamiento de ayer es ya distinto al del de hoy; acaso tendrá la misma apariencia, pero las modificaciones del alma flotan y se agitan como las moléculas en el aire; y, de aquí, eso de que algunos espíritus sensibles tomen por fe un momento, cuando en realidad no lo es, ni puede serlo.

La humanidad, a semejanza de los caudalosos ríos, tiene sus grandes corrientes: y a imitación de una buena madre, tiene sus grandes dolores.

Que sincopemos esa humanidad en un solo individuo, o que la miremos de una manera colectiva, el dolor es el mismo siempre. Destroza y mata, es el arsénico del alma.

Por lo tanto, permítansenos estas preguntas.

-¿Fue el dolor de no ver a su hijo, lo que mató a la madre de Rafael; a la pobre Petronila Martínez?-

No lo sabemos, mejor dicho, no queremos saberlo.

Lo cierto es que no se había cumplido el año de ausencia, cuando aquella buena mujer bajó al sepulcro.

-¿Fue la viudez la que mató a Antonio Álvares, padre de Rafael?-

Tampoco lo queremos averiguar; pero lo positivo e innegable es que murió seis meses después de su esposa.

-¿Fueron el abandono y la soledad los que acabaron el bueno de don Anselmo, el digno, humilde y beneficiado de la parroquia?-

Lo ignoramos; pero la verdad es que el cariñoso anciano murió sumido en el dolor más profundo.

Y vean ustedes aquí, en memos de dos años, desaparecer una familia honrada, que vivía feliz en su pobreza; no dejando otra cosa, sino ese recuerdo; vivo, al principio, y que va amortiguándose después, de sus virtudes y elevados sentimientos.

Tales son las cosas de por ahí abajo.

La familia de Rafael murió, merced a ese arsénico del que hemos hablado más arriba; y ya que murieron, lo único que podrán desear mis piadosos lectores es que duerman y descansen en paz.

Mientras que esta familia se perdía en las regiones de la muerte, otra familia brillaba en las regiones de la vida.

Esta familia era la de Ana.

Allí reinaba la abundancia y el contento. Pedro Avellán era siempre el labrador rico y María Fernández, su esposa, la mujer previsora y activa.

Las cosechas, siempre pingües, llenaban sus trojes; la vendimia, siempre abundante, llenaba sus bodegas; los olivos, siempre cargados de fruto, henchían sus tinajas.

Habían sentido, sí, las desgracias de su convecino don Anselmo; pero, que importaban los males extraños, cuando nos sonríe la felicidad interna.

Esta clase de felicidad doméstica es sumamente egoísta y hace mucho daño en el corazón.

Por lo regular, nada significa el quebranto ajeno cuando no lo experimentamos nosotros mismos, y véase la causa por la que había tanto contento en la casa de Pedro Avellán.

-¿Participaba Ana de este bienestar, de esta alegría, de esta perpetua satisfacción?-

Para contestar a esta pregunta es preciso levantar, con el escarpelo de la psicología, los pliegues de aquel corazón juvenil, ardiente y apasionado.

Ana era sencilla, no era coqueta, era, sí, como saben nuestros lectores, un “bulle-bulle” que tenía mil conexiones con la ardilla y mil afinidades con la liebre.

Mientras tuvo a su lado a su amante, ella vivió para él; se ponía más compuesta sólo para él; se coronaba de flores, sólo para agradarle.

Al otro día de su marcha, aquella niña amaneció triste, como la luna cuando viene la aurora, a robarle sus místicos resplandores. Le faltaba la luz, le faltaba la vida y se contentaba con llorar.

Se levantó temprano, se vistió modestamente y dijo a su madre que quería ir al convento de la Concepción.

Ésta encontró muy natural aquel deseo y dispuso que fuera acompañada por la tía Teresa, que a más de ser una antigua criada de la casa, reunía la de merecer toda la confianza de su ama.

Y una vez en la Concepción, Ana se hincó de rodillas, delante de la hermosísima Virgen de los Dolores, y como si reconcentrase en aquella bendita Madre toda su esperanza, dirigió a ella estas palabras, que apenas se escaparon de sus labios:

-Yo juro, Madre mía, que a nadie amaré sino a él, que no lo olvidaré nunca; que solamente él será mi esposo; que mi corazón será siempre suyo. Yo vengo aquí, a vuestras plantas, para renovar mi juramento, el juramento que anoche le hice entre el último adiós de la despedida-

Ana volvió a su casa más tranquila, desde que hizo esa juramento.

Entrégase a sus tareas ordinarias; pero la risa había desaparecido de sus labios, y su madre no dejó de extrañar esta novedad.

A los tres días de la ausencia de Rafael tuvo una carta de éste.

En ella le decía como había sido declarado soldado por la Diputación de la provincia; que había ingresado en el Batallón de Cazadores de Arapiles, y que dentro de pocos días marchaba con su Cuerpo a Barcelona.

Después le hablaba de un amor tranquilo y confiado, y se prometía igual correspondencia.

Ana volvía de tiempo en tiempo al Altar de la Virgen de los Dolores, y allí pasaba horas enteras enfrente de aquella imagen divina; obra de quién Roldán y Montañés, hablando artísticamente, hubiese tenido envidia.

Y de este modo pasaron los días, los meses y los años, hasta que masivamente ocurrió la muerte de la madre, del padre y del tío Rafael, en la forma que dejamos dicha.

-¿Dejó de escribir Rafael todas las semanas, como había prometido?-. No.

Sus cartas se sucedieron siempre, sin faltar en nada a cuanto hubo ofrecido en un principio. El amor del soldado era invariable.

-¿Seguía Ana correspondiéndole con igual firmeza?-. Sí, seguía, pero Ana era mujer.

Y quien dice mujer, dice mudanza, valiéndonos de la frase de un poeta.

Dos años tiene setecientos treinta días, y estos días tienen la friolera de diecisiete mil quinientas veinte horas.

Dando esta horas, la cantidad es un millón cincuenta y un mil doscientos minutos; bien puede decirse si en este período de tiempo pudo o no pudo modificarse el amor de aquella joven.

Presentamos simplemente los hechos, y nuestros lectores juzgarán.

En aquellos dos años consecutivos, Ana no podía estar pensando siempre en Rafael.

Ana tenía mil amigas, las cuales la distraían de su más recóndito pensamiento.

Ana era una de esas jóvenes admirables, por lo bellas, que llaman la atención de todo el mundo; y esto, si no desvanece, halaga al corazón más indiferente; Ana era muy conocida para estar constantemente encerrada en su casa y, por último; Ana era rica, para pasar con indiferencia entre la generalidad.

Todo esto era muy natural.

Había además otra cosa.

Si Ana salía de paseo, no faltaba quien le lanzase, a manera de arma arrojada, lo que vulgarmente se llama un “piropo”.

Si había en la ciudad una boda o un bautizo, Ana era, casi siempre, la primera convidada; si ocurría un baile, en alguna casa, Ana tenía que ser la primera en la agradable reunión, siendo siempre la que más bailaba.

Cierto es que en medio de estas fiestas siempre cruzaba un recuerdo por su mente, pero con la variedad extremada de los accidentes exteriores, se evaporaba dicho recuerdo y Ana seguía la corriente, como se dice en términos generales.

Y como Ana era sobradamente rica, tenía entrada en todas partes: en las casas de las familias aristocráticas del pueblo y en las de las gentes de condición más modesta. Ana entraba en una edad en que debía haber muchas cosas y sus padres no escatimaron el dinero para perfeccionar, en todo lo posible, la educación de su hija.

Y de aquí el que Ana supiera bordar de todas la forma y de todas las maneras; de aquí el que bailase desde el sencillo fandango, hasta el rigodón; de aquí el que Ana estuviese al corriente de las modas y de los figurines; y, por último, el que hablase de novelas, de dramas y hasta de óperas, fruta prohibida a los vecinos de la ciudad.

Todos los conocimientos, todas las nociones hacían el que Ana se encontrase distraída mil veces.

Y ya ocurrió una vez, dentro del susodicho millón cincuenta y un mil doscientos minutos, el que teniendo que escribir a Rafael, dejase la escritura para asistir a un baile, que había en casa de don Cándido de los Ríos, fuerte comerciante, oriundo del valle de Par.

Ese don Cándido tenía dos niñas rubias, un tanto pecosas y simplemente bonitas; pero estas niñas sabían tocar el piano, cantaban un poco, tenían el mal gusto de haberse apasionado de la música de la “Traviata”, y con estos antecedentes, excusado es decir que la casa de don Cándido siempre estaba de fiesta.

Ana era allí la primera convidada, y mal podía la joven dedicarse a sus pensamientos amorios, cuando a cada instante tenía momentos de satisfacción y de placer.

Verdad es que Ana apenas se reía, hasta que una tarde, por no sé que ocurrencia; soltó, al fin, su alegre y antigua carcajada.

Margarita y Lutgarda, que eran las hijas de don Cándido, exclamaron asombradas:

-¡Gracias a Dios que te ríes de veras!-

Ana se acordó de Rafael y se puso seria súbitamente.

Me he reído casi sin saber de qué; una distracción la tiene cualquiera.

-La risa suele ser hermana del llanto-, contestó una voz suave y varonil, a espaldas del grupo de las tres jóvenes.

Éstas, que se creían solas, volvieron la cabeza y se encontraron frente a frente con Carlos Fuster, joven de una familia, también de labradores ricos, que estudiaba, ni más, ni menos que el sexto año de leyes.

Ana miró a Carlos, y replicó:

-Bien puede ser-

Pero la verdad es que, toda aquella tarde, estuvo pensando en cómo es posible que el llanto se mezcle con la risa.

## II

# EL TERCER AÑO DE AUSENCIA

No como aficionados a la aritmética. Para nosotros toda cuenta, en vez de ser afirmativa, es absolutamente negativa.

Por lo tanto no queremos acumular, sobre la cifra de los años anteriores, la nueva suma de los días, de las horas y de los minutos de este tercer año.

Ana, la niña convertida en mujer; porque tres años son para la juventud, lo que tres días para la ancianidad.

Ana siguió sin saber cómo fue olvidando a Rafael. A medida que la distancia era más larga, Rafael iba siendo para ella más pequeño.

-¿Se escribían?-.

Todas las semanas aparecía, siempre, la invariable carta del soldado; pero Ana, no encontrando ya palabras que decir, dejaba de contestar y pasaba dos semanas en silencio.

Pero al fin contestaba.

Un día, a la hora de comer, le dijo su padre entre grave y rimeño:

-Tengo, hija mía, ciertos proyectos sobre ti. Vas siendo una mujer y es menester fijarme seriamente en tu destino-.

Estas palabras fueron para Ana como el enigma de una esfinge.

Principió a pensar en ellas, y soñó quince noches seguidas con aquel destino desconocido, del que le había hablado su padre.

Durante este tiempo, Rafael no pasó siquiera por la memoria de la joven.

Pocos días después, un domingo por cierto, hubo reunión en la casa de don Cándido de los Ríos. Aquella noche se cantaba, se tocaba el piano y se bailaba.

Ana fue la primera en acudir; pues sin saber cómo, había cobrado afición a estas reuniones.

Ana, brillante de lujo y deslumbradora de hermosura, se sentó entre sus amigas; pero éstas se fueron distraendo por aquí, por allá y cuando ella reparó, echó a ver que había a su lado un joven elegante, de finos modales.

Este joven era Carlos Fuster. Estaba silencioso y algún tanto pálido.

Vestía con soltura y parecía entretenerse en jugar con la cadena de oro de su reloj. No podía decirse que Carlos era guapo y buen mozo, pero si que era simpático y agraciado. Tenía crecida toda la barba y algo corto el pelo de la cabeza.



Además de estas circunstancias personales, reúne otras muy importantes. Era rico y estudiaba el último año de leyes. Dentro de dos o tres meses sería abogado.

Ana miró al joven y le saludó con un gracioso movimiento de cabeza.

Éste le dijo:

-Deseaba, con toda mi alma, estar al lado de usted. Al fin se me ha logrado este deseo-.

-Gracias-, contestó ella, bajando los ojos.

-¿Bailará usted conmigo esta noche?-.  
-¿Por qué no?-.  
-Es que no me consideraba con el derecho de hacer semejante exigencia-, dijo Carlos, clavando su mirada en la de Ana.

-Yo no sé por qué, se me figuraba que sería usted tan intransigente consigo misma como en un principio-.

-Yo no sé por qué, se me figuraba que sería usted tan intransigente consigo misma como en un principio-.

-No comprendo eso-, contestó Ana.

-Es bien sencillo de comprender. Como antes no bailaba usted...-.

-¡Ah!-.

Y Ana tuvo que acordarse de Rafael en aquel momento.

-Yo no sé que idea habría tenido usted para imponerme semejante privación,- prosiguió Carlos; -me habían dicho que iba usted a hacerse monja del convento de la Concepción, y ya se ve. Todo esto no me permitía dirigirle la invitación que acabo de hacerle-.

Ana se puso encendida, como una amapola.

Carlos despertaba en ella un recuerdo; Carlos le traía a la memoria a la Virgen de los Dolores, olvidada por ella hacía mucho tiempo.

Sin embargo, para borrar la confusión que se había pintado en su semblante, sonreirá enseguida y se apresurará a contestar.

-Esta noche, por lo que se ve, está usted de muy buen humor. Me alegro mucho de que sea así-.

Desde aquel momento se puede decir que Carlos Fuster fue la sombra de Ana.

Si salía de paseo, allí estaba; si había una reunión, allí se encontraba a su lado.

Carlos tenía un precioso potro cordobés, y todos los días, por la mañana y por la tarde, pasaba montado a caballo por delante de la casa de Ana.

Ésta se iba, sensiblemente, acostumbrando a la presencia de aquel joven, por más que ése no pasaba jamás los límites de la más correcta y distinguida consideración.

Ana lo saludaba y cruzaba algunas palabras con él.

De este modo transcurrieron unos cuatro meses.

Las amigas de Ana principiaron a darle bromas acerca de la muda galantería de Carlos Fuster; pero la joven manifestaba terminantemente, que Carlos no pensaba en ella.

-¿Pensaba ella cuando pronunciaba estas palabras en Rafael?-.  
He aquí lo que nosotros no podemos decir.

El corazón de la mujer es, las más de las veces, el problema de la fatalidad humana.

Una noche había reunión en casa de don Cándido de los Ríos, y como de costumbre, Carlos se encontró al lado de Ana.

Ya nuestro joven había recibido la investidura de licenciado en derecho y cursaba el año de doctorado.

Era pues, para toda aquella sociedad femenina, lo que se llama una excelente conveniencia.

Colocada, Ana, en uno de los balcones principales de la casa de don Cándido, se perdía su pensamiento contemplando esos millones de estrellas, con que la mano de Dios borda todas las noches la bóveda de los cielos.

Nunca, el semblante de Ana, había tenido una expresión más encantadora.

-¿En qué piensa usted?-, la interrogó Carlos, interrumpiendo la contemplación de la joven.

Ésta bajó los ojos y clavándolos en él, contestó:

-Pienso..., ¡qué se yo?-.  
42

-Muchas veces; cuando no hay confidentes aquí, en la tierra, los buscamos allá, en el cielo. Se creía que usted hablaba con algo invisible, que sólo usted tiene el derecho de percibir-.

-Es que miro simplemente a las estrellas, Carlos-, respondió Ana.

-¿Y qué sabemos-, observó el joven con triste acento-, -si en alguna otra parte habrá otras miradas, contemplando las mismas estrellas que usted contempla?-.

-¿No era esto un recuerdo a su antiguo amor, una queja delicada sobre una esperanza futura?.

Ana volvió a bajar los ojos, no sabiendo que decir.

Había en aquella frase un fondo de verdad que le hacía daño.

Después, cambiando súbitamente de fisonomía, le preguntó:

-Me han dicho, Carlos, que marcha usted pronto a Madrid. ¿-Es cierto eso?-

-Sí, lo es; voy a tomar el grado de doctor, es el último paso de mi carrera.

-Lo que tal vez quiera decir; que una vez en la Corte olvidará, acaso para siempre, el pueblo de su nacimiento.

Carlos miró a Ana de un modo intenso y profundo, y contestó:

-Según y conforme. Y digo esto, porque se he de encontrar aquí mi felicidad, volveré; sí no, acaso me haga vecino de Madrid para toda mi vida-.

-Pero, ¿qué considera usted aquí como su felicidad?-

El joven volvió a mirar a Ana; se detuvo, como si meditase en la contestación que habría de dar, y dijo, por último:

-Mi felicidad es una, está encerrada en usted, vive en usted, depende de usted. Bastante le digo; adiós-.

Y se alejó del lado de la joven, después de haberle hecho aquella extraña declaración de amor.

### III

## LLEGAR A TIEMPO

Ana quedó meditando en las últimas palabras de Carlos. Las tinieblas de aquel corazón se disipaban. Un relámpago lo había iluminado todo.

Allí existía un amor profundo, inmenso y silencioso.

Aquel amor era como una luz nueva, que venía a mortificarla o a desvanecerla; era como una de esas brillantes aureolas, que ofuscan a los esplendores antiguos, envolviéndolos en una oscuridad suprema.

-¿Qué experimentó Ana al escuchar aquel idioma, que estaba prohibido a su corazón?-.

Ella misma no lo sabe.

Quedaba siempre el eco de aquellas palabras resonando en su oído; había un agente misterioso que las trasladaba al alma; había cierto sentimiento que acababa de brillar, como un volcán, en el horizonte de su vida.

Esto era muy natural.

Ana volvió a su casa, dominada por extrañas impresiones que turbaban su fe y mortificaban su espíritu.

Acaso no se comprendía; tal vez temblaba al querer sondear su corazón.

Encerrose en una alcoba, para consagrarse a sus pensamientos; pero su doncella de confianza le entregó una carta que había llegado por el correo.

Era la acostumbrada carta de Rafael.

Ana tembló; aquel papel le quemaba las manos.

Al encontrarse frente a frente con aquella carta, le pareció que su conciencia se agitaba, que iba a salir de ella una voz acusadora, y que se encontraba delante de un juez mudo, pero inexorable.

Había olvidado que aquel día era, por lo común, en el que recibía las cartas de Rafael; y cuando se encontró con ella, sintió que el rubor le inflamaba su rostro y que la turbación agitaba su pecho.

Sin embargo, después de haberse dominado, cuando se quedó sola, rompió el sobre y con cierta extraña ansiedad leyó lo siguiente:

-Algeciras, 15 de Septiembre de 1.859-.

-Amada de mi corazón. Mi última estaba escrita en Madrid, ésta la dirijo desde una ciudad de Andalucía-.

-En ocho días apenas he tenido tiempo para desembarazarme de tanto negocio, y aquí me tienes treinta del batallón de cazadores de Alcántara, en calidad de sargento primero, de la primera compañía-.

-Esta marcha repentina tiene, para mí, un carácter desconocido. Dícese que vamos de África y que se va a quedar en esta ciudad una división de vanguardia-.

-Lo cierto es que llegan tropas sin cesar y se habla de una próxima guerra con los marroquíes-.

-Parece que se pone a nuestro frente el general Echagüe; y como pudiera suceder que se interrumpa mi correspondencia, a causa de tener que embarcarnos e internarnos en el corazón de esa tierra sombría y montañosa, que se levanta altiva enfrente de las costas de España, te lo prevengo para que ningún cuidado turbe la pura tranquilidad de tu corazón-.

-Ya sabes serena e invariable es la confianza de mi amor para que, faltándote alguna carta, puedas dudar de mí-.

-Como tengo fe en Dios, tengo fe en el porvenir, y acaso esta guerra sea el feliz término de nuestra separación. Si es que se lleva a cabo, habrá rebaja en el tiempo del servicio y, ¿quién sabe?.-

-He notado que tu correspondencia no viene con la exactitud de un principio, pero esto no me llama la atención. Tus ocupaciones domésticas no te permitirán escribir a vuelta de correo, y esta reflexión tranquiliza al pobre soldado; que no te olvida, ni en las más penosas exigencias del servicio-.

-Adiós; confía como siempre, en tí, el que te adora con toda su alma-.

-RAFAEL-

La serena y tranquila redacción de esta carta, donde se reflejaba el amor del soldado y la suprema confianza que tenía en su amada, aterró a Ana.

Había en su corazón una espina que le lastimaba; un puñal invisible, que la hacía sufrir horriblemente.

Como si luchase con una pesadilla dolorosa, se le presentó por un lado la figura simpática y, si se quiere, reservada de Carlos Fuster, y por otro lado la de aquel consecuente y leal soldado que, tan solemnemente, le tributaba el homenaje de su amor.

Era un martirio para su alma candorosa.

-¿Cuál era su deber en aquella ocasión?.

Ella no lo sabía; pero gran parte de la noche la pasó llorando.

## IV

### AL DÍA SIGUIENTE

-Padre mío-, preguntó Ana a Pedro Avellán a la hora de comer, -¿es cierto que va a haber guerra con los moros?-.

Pedro Avellán miró a su hija por algunos instantes y replicó:

-Algo he oído de eso. Ayer hubo una reunión de los mayores contribuyentes, en las salas municipales, y se dijo que hay en Algeciras una división del ejército próxima a embarcarse para el moro-.

Ana se puso encendida como un clavel. Las noticias que escuchaba estaban en armonía con las recibidas la noche anterior.

A decir continuo preguntó la joven: -¿si llegara a estallar esa guerra habrá mucha sangre y muchas desgracias?-.

-En esa clase de guerras, hija mía, no hay cuarte, ni consideración alguna-.

Continuó la comida en silencio; el padre meditando, tal vez en las preguntas de su hija, y la hija reflexionando en las respuestas de su padre.

De ese modo llegaron a los postres.

Cuando las criadas se retiraron, Pedro Avellán interrumpió aquel largo y, al parecer, triste silencio, con estas palabras.

-Hacía tiempo, hija mía, que deseaba hablarte-.

Estas sencillas palabras tenían algo de solemnes.

Ana miró a su padre, y aún su misma madre miró a su esposo con cierta ansiedad.

-Aquí me tiene usted, a su disposición-, contestó la joven.

Pedro tosiódos o tres veces, dijo:

-No soy aficionado a buscar rodeos, cuando se puede marchar derecho a un asunto. Sin embargo, no quisiera ser tan espontáneo en ciertas ocasiones. Pero vemos al grano, Ana: ¿no has pensado alguna vez en casarte?-.

Esta pregunta franca y ruda, si se quiere, hizo poner a la doncella más encendida que una amapola.

-¡Yo!-. Contestó por último.

-Es que tengo el deber de decirte -prosiguió su padre-, que hay un pretendiente a tu mano y, el cual, me ha manifestado los deseos que tiene de llamarse esposo tuyo-.

María Fernández, la madre de Ana, se consideró con derecho de terciar en aquella conversación, que se iba haciendo dificultosa.

-¿Conque, es decir, que se ha presentado un novio para nuestra hija?-.

-Ni más, ni menos, querida esposa-.

-¿Y se puede saber quién es?-.

-Un hombre honrado, estudioso, de gran porvenir, hijo de labradores ricos, el cual suspira en silencio por Ana-.

-Pero, ¿su nombre?-. Volvió a preguntar María Fernández, mientras su hija temblaba de emoción.

-No hay por qué ocultarlo. Se llama Carlos Fuster-.

Ana hubiera dado un grito de sorpresa.

Su madre manifestó, por algunos instantes, su admiración, hasta que dijo:

-Verdad es que es un joven dignísimo, por todos los conceptos; pero ¿cómo sabes tú, Pedro, que Carlos quiere a nuestra hija?-.

-Toma, porque él me lo ha dicho-.

-¡Él!-.

-Ni más, ni menos. Me ha manifestado su amor, me ha contado sus aspiraciones, me ha dicho que se marcha a Madrid para hacerse doctor, y que a la vuelta, si yo consiento, si tú consientes, si Ana quiere, se casará con ella-.

-¿Y qué piensas hacer?, - preguntó la madre.

-Lo más sencillo-, contestó Pedro. -Que no habiendo otro hombre más digno que Carlos, para hacer feliz a nuestra hija, acepto su proposición, y por lo tanto...-.

-¿Qué?-

-Que Ana será la esposa de Carlos Fuster. He aquí todo-.

Y el bueno del labrador se levantó de la mesa; como un juez se levanta del tribunal, después de haber pronunciado una sentencia.

## V

### REACCION

Lo que Pedro Avellán acababa de decir era, ni más, ni menos, que el principio de una revolución doméstica.

María Fernández, su esposa, no puso mal gesto a aquel inesperado ultimátum, por aquello de que toda madre lo que desea para su hija es un novio rico y de carrera.

La niña bajó los ojos y no pronunció una palabra.

-¿Qué había de decir?-

Carlos Fuster era algo, allá, en el fondo de su corazón; Carlos Fuster era unos de esos jóvenes de quien una mujer puede enamorarse a toda conciencia; Carlos Fuster le había explicado su amor de un modo tan dulce y delicado, que no era fácil olvidar sus palabras, su expresión y sus ademanes.

Por lo tanto, la resistencia que podía hacer allá, en lo más recóndito de su alma, se desvanecía ante las sensaciones de su corazón.

Siempre halaga, al amor propio de la mujer, una petición como la que acababa de hacer Carlos, y este principio de vanidad femenina es una pendiente que nos obliga a marchar adelante, aún en contra de nuestra voluntad.

Ana estuvo pensando de día y de noche en la conversación que había sostenido con su padre y, particularmente, en las últimas palabras de éste.



-¡Y, por cierto, que había razón para pensar en ellas!-

Por lo demás, la misma vanidad que la había halagado, al verse preferida por el joven más gallardo, más estudioso y de mayor porvenir de la ciudad; la impulsaba hacia él, como si deseara encontrar un homenaje perpetuo en sus acciones y palabras; pero Carlos se mostraba siempre afectuoso, pero siempre reservado, y sólo hablaba de su próximo viaje a Madrid.

En fin, quince días después de lo que había sucedido en la mesa, el joven abogado se presentó en casa de Pedro Avellán, despidiéndose para la Corte.

Aquella visita fue circunspecta y ceremoniosa. Aún no se atrevía a decir una expresión que pudiera manifestar su interés; pero sus ojos se fijaron varias veces en Carlos, con tan profunda y misteriosa ansiedad, que revelaban lo contrario a lo que expresaban sus labios.

-¿Y cuándo volverá usted?-. Preguntó la madre.

-Volveré en el próximo verano-, respondió Carlos.

Levantose enseguida, despidiéndose con un acento algún tanto conmovido, y salió de la casa, no sin clavar en Ana una mirada de inmenso amor y cariño.

Esta mirada estuvo, fija, en la mente de Ana por espacio de un mes.

-¡Qué había sido, mientras tanto, del pobre sargento primero de cazadores de Alcántara?-

No es fácil saberlo.

La guerra anunciada en la última carta acababa de estallar.

El ejército español se embarcaba para las costas de África; se habían dado los primeros combates, y los periódicos, los partes, los telegráficos traían a cada momento noticias de los esfuerzos gigantescos y de las victorias de nuestros soldados en un país salvaje y feroz.

Ana oída hablar, como todo el mundo, de aquella lucha de titanes, y se acordó de Rafael.

-¿Y cómo no acordarse de aquel abandonado hijo de la fatalidad, que de un momento a otro podría morir entre las montañas crestas del Serrallo o Sierra Bullenes?-

Ana estaba luchando interiormente con sus esperanzas, con los recuerdos de sus promesas antiguas, con sus ensueños modernos, y, últimamente, con aquellos dos amores perdidos en las lontananzas de la existencia.

Hasta que una mañana oyó en todas partes un rumor inusitado y extraordinario.

Este rumor era producido por la noticia de la batalla de Tetuán, la cual producía un inmenso entusiasmo en todos los ánimos.

Ana escuchó todas las portentosas relaciones que se contaban de aquella admirable jornada; se informó del nombre de los regimientos y batallones que habían tomado en ella una gloriosa parte, y supo que los cazadores de Alcántara se habían distinguido extraordinariamente.

Sin saber por qué, brotó en su pecho una siniestra inquietud, puesto que de nuevo se figuró ver a Rafael envuelto en aquel horrible cuadro lleno de fuego, de sangre y de cadáveres.

Y aquella inquietud era doble, mayor, por cuanto hacía ya dos meses largos que no había recibido carta suya.

-¡Y vean ustedes aquí una cosa rara!-

Ana, que durante la tranquila correspondencia del soldado veía, si se quiere, con disgusto aquella no interrumpida serie de cartas; principió a sentir doblemente el silencio de su amante.

Ella sabía que se recibían, casi diariamente, correos de África.

-¿Por qué no escribiría Rafael?-

Aquella extraña reserva, -¿no podía ser hija de un triste drama, de algún sangriento suceso?-

En África no existían más que peligros.

-¿No podía Rafael haber sido víctima de ellos?-

Estas reflexiones produjeron en Ana una de estas tempestades del corazón, que se aumentaban a medida que la guerra iba tomando mayor incremento.

Su antiguo amor, sepultado en el fondo de su alma, brotó definitivamente, y acaso, cuando ya era tarde, pensó en Rafael, a todas horas y en todos los instantes, figurándosele unas veces herido, otras veces muerto, y lo que era más horrible, tal vez destrozado bajo las bárbaras gomas de los marroquíes.

Estos fantasmas de su imaginación, o estas realidades de su espíritu, iban tomando cuerpo a medida que el tiempo transcurría y se libraban nuevas batallas.

Ana, dominada por su amor, que brotaba de nuevo como una llama que resplandece cuando está próxima a apagarse; no sabía que hacer para adquirir noticias de Rafael.

La madre, el padre y el tío de éste habían muerto.

Rafael no tenía parientes, sólo un amigo leal, compañero de estudios, que más afortunado que él, había seguido la carrera eclesiástica y acababa de cantar misa, entregándose a una vida de meditación y recogimiento.

Por lo tanto, este único amigo de Rafael, llamado Fulgencio Escalona, no podía saber nada, si algo hubiese sabido lo hubiera publicado.

Ana dudó, por mucho tiempo, sobre si debía o no debía dirigirse al presbítero don Fulgencio Escalona y preguntarle acerca de Rafael. Su amor la obligaba a ello, pero su deber le imponía la más profunda reserva.

Últimamente, algunos días después de la batalla de Tetuán, cuando aparecieron en la Gaceta los partes oficiales, Ana tuvo ocasión de encontrarse con Escalona, en casa de unas amigas suyas. El joven sacerdote la saludó fríamente.

-¡Cuánto tiempo hace que no he visto a usted!-, le dijo Ana, en un momento en que se encontraron cerca el uno del otro.

-En efecto, hace ya mucho tiempo-, contestó don Fulgencio.

-Y en verdad que deseaba verle, para darle mi más cumplida enhorabuena por el nuevo estado en que se encuentra-

-Lo agradezco infinito. Yo también, por mi parte, deseaba felicitarla-

-¿Por qué?-, preguntó Ana, algún tanto conmovida.

-Por su próximo enlace con el joven Carlos Fuster-

Ana sintió aquel golpe mortal, que le dirigió el amigo de Rafael... -¿Era aquella una reconvencción profunda o un simple parabien...?-

La joven se puso encendida como la púrpura, sintió el grito de su conciencia, y enmudeció por algunos instantes.

Hacía ya mucho tiempo que en la ciudad no se hablaba de otra cosa, sino de aquel enlace; y como esto no se había desmentido, Ana no tenía palabras que responder.

El presbítero se apresuró, al ver la turbación de la joven, a sacarla de aquel estado.

-Perdóneme usted si le he recordado una cosa que pertenecía a la jurisdicción del público. Su señor padre lo dice en todas partes, y de ahí el que me haya atrevido a tanto. Por lo demás, Carlos es un caballero de brillantes esperanzas; es rico, tiene una excelente posición social y esto, señorita, debe llenarla de orgullo más bien que de turbación-

-Pero usted me habla de Carlos, cuando otro nombre era el que yo esperaba oír de sus labios-.

Pasó por la tersa frente de don Fulgencio una sombra extraña; y variando de tono, de ademán y de mirada, exclamó:

-¡No,, no;, no hay más nombre en mis labios que ese-.

-Lo pasado está envuelto por el olvido y la indiferencia-.

-Sería una profanación...-.

Detúvose el sacerdote.

-Pero..., ¿qué quiere usted decir?...-, exclamó Ana.

-Quiero decir...-, y el austero joven clavó sus negras pupilas en la doncella; -quiero decir que mientras allá, en África, mueren con el alma destrozada los que merecían un eterno recuerdo de usted, aquí sólo se piensa en una boda, contraria a los más sagrados juramentos-.

Ana dio un grito ahogado y convulsivo.

-¿Con que Rafael?... ¡Dios mío!.

-Lea usted la Gaceta, donde viene el parte de la batalla de Tetuán. Nada más le digo.

## VI

### **EN EL QUE LA “GACETA” LLEGA A HACER MUY INTERESANTE EN ESTA NOVELA**

La Gaceta ha sido, es para siempre la Gaceta.

Una cosa inflexible, árida, seca, que tiene una respiración oficial. Y que, a pesar de su origen, ni habla a la inteligencia, ni al corazón.

Como ella es el órgano del Gobierno, es claro que el Gobierno dice en ella lo que le parece conveniente.

Se asemeja a aquella impasible Sibila de la antigüedad, que no se movía jamás de su trípode, a no se que el dios o el oráculo se lo mandaran.

Ana, en vista de las alarmantes palabras de don Fulgencio, fue a consultar a esa Sibila moderna.

Mandó pedir la Gaceta a unos amigos de sus padres, y como Ana era bonita, peligrosamente bonita, estos amigos se desvivieron por complacer a Ana. La Gaceta voló a sus manos.

Ana se encontró frente a frente con aquel periódico desconocido para ella; pero sintió frío, miedo y terror al ver aquellas columnas inexorables llenas de letras, números, estados y relaciones.

No sabía por dónde principiar; su corazón adivinaba algo de doloroso y terrible; pero nada veía que pudiera asustarla. Anuncios oficiales, decretos sobre aranceles, edictos de Ayuntamientos y Juzgados de primera instancia; esto era todo o casi todo.

Sin embargo aquel papel le quemaba las manos. Todo lo había querido leer. Le parecía que un grito de su amor le decía: -detente-; mientras otro grito de su conciencia le decía: -adelante-.

Tenía necesidad de estar sola; quería leer aquel periódico, como el reo que tiene delante de sus ojos el fallo del tribunal y quiere devorarlo, pero que carece de valor para ello.

Se fue a su cuarto; pero allí no encontró ni bastante luz para ver, ni suficiente aire para respirar.

En aquel momento hacía su imaginación un viaje retrospectivo sobre lo pasado.

Veía en el fondo de su mente a Rafael, consagrado a ella toda su existencia; a Rafael, explicándole la intensidad de su amor; a Rafael, jurándole fidelidad eterna en aquella última noche de despedida; a Rafael, escribiéndole la vida del soldado; a Rafael, en fin, esperando en ella sus promesas y en aquel juramento hecho en nombre de la Virgen de los Dolores.

Todos esos recuerdos, entibiados; unos olvidados, otros surgían de repente en su alma como tristes y solitarios fantasmas; como resplandores siniestros, como tempestades extinguidas y renovadas por el huracán de las pasiones; como testigos mudos e implacables del remordimiento.

Ana temblaba de sí misma. Ana se sentía culpable, Ana se consideraba digna de castigo. No habiendo tenido la suficiente fuerza de voluntad para ser fiel al tranquilo amor de aquel soldado que, mártir de su palabra y esclavo de su juramento, había sido el ejemplo de la consecuencia; Ahora se veía llena de pesar y de dolor, sin atreverse siquiera a fijar la vista en un periódico que podía, acaso, traerle un eco de su antiguo amante.

-¿Qué esperaba?. ¿Qué temía?-

Ella no podía explicarlo; su corazón despertaba al cabo de tres años de indiferencia, como si fuese presa de una horrible pesadilla.

Creía que las palabras de don Fulgencio eran como un anatema fúnebre, que le lanzaba el nombre del olvidado Rafael.

Y mientras tanto, ella no sabía que hacer en aquel momento de vértigo.

Sin voluntad propia, sin pensamiento fijo, salió de su gabinete, en donde había estado encerrada gran parte de la mañana y bajó, casi sin advertirlo, al espacioso huerto de su casa.

El huerto estaba solo.

Era el mes de Febrero, y solamente un almendro había roto sus numerosos brotes, cubriéndose de blancas flores. Los demás árboles se hallaban desnudos y descarnados por el árido soplo del invierno.

Las plantas estaban húmedas y marchitas por la escarcha, los pájaros mudos por el frío, y el sol pálido por las húmedas hierbas del día.

En aquel huerto, era donde ella y Rafael, cogiendo fresas, se habían dicho por primera vez que se amaban; en aquella reja, era donde se habían dado el último adiós de la despedida.

Y Ana fue a sentarse cerca de la reja, como si esperase a Rafael, y miró con profunda ansiedad hacia la parte exterior, como si sintiese sus pasos, y hasta creyó ver deslizarse su imagen por el otro lado de la espesa hiedra, que cubría las paredes.

Entonces, volvió a leer el parte de la batalla de Tetuán.

En efecto, la ansiedad superó al terror, y ahora leyó en la primera columna lo que antes no había leído, esto es, un sencillo epígrafe que decía: Ministerio de la GUERRA.

Y, tras de aquel epígrafe, sintió y vio como el ruido y el esplendor de una batalla; escuchó, en el fondo de su alma, algo que se asemejaba al estampido del cañón y a las descargas de fusilería.

Y era que Ana estaba leyendo, casi fuera sí, el parte de aquella magnífica jornada; y era que veía marchar, a paso de carga, a los diversos cuerpos de la infantería española hacia el campamento de los marroquíes.

Su alma buscaba un individuo en medio de aquella colectividad inmensa.

Tras aquel movimiento, tras aquellos truenos y relámpagos de la guerra, bajo aquellas nubes de bombas y granadas; tras el raudo vuelo de aquellos escuadrones que pasaban de aquellos trenes, que subían de posición en posición, vio correr las divisiones, las brigadas, los regimientos...

Entonces dio un pequeño grito de angustia y entusiasmo al mismo tiempo.

Acababa de leer el nombre de cazadores de Alcántara marchando a la carrera sobre el enemigo.

En aquel batallón de cazadores iba Rafael, allí estaba Rafael.

¡Oh!. En aquel momento terrible, ¿quién sabe si el pensamiento de su amante la había invocado, como hacían los paladines antiguos en medio de la batalla?.

Ana, más dominada, más poseída por aquel gran cuadro, siguió devorando, más bien que leyendo, el parte de la batalla, hasta que acabó con la victoria de los españoles y completa derrota de los infieles.

Entonces, otro epígrafe se puso delante de sus ojos.

Aquel epígrafe tenía algo de fúnebre y terrible, la relación de los muertos y heridos durante el combate.

Esta relación estaba especificada por cuerpos.

Los ojos de Ana volaron sobre la larga lista que tenía delante.

De pronto leyó...

Batallón de cazadores de Alcántara.

TENIENTE DON RAFAEL ÁLVAREZ; MUERTO.

Ana dio un grito, un grito espantoso, y cayó desmayada allí mismo, donde cuatro años antes había jurado un amor eterno.

Y véase como la Gaceta, papel inofensivo o inocente, acababa de matar la última esperanza del destrozado corazón de Ana.

## TERCERA PARTE

### I

## TERAPÉUTICA

Pocos han creído en eso que se llama enfermedad de amor, a pesar de estar plenamente comprobada en todos los cuentos orientales.

Hipócrates no habla de semejante cosa; Galeno no dice esta boca es mía acerca de dicha enfermedad; Averroes, aún siendo moro o judío, ni aún se acuerda de ella en sus numerosos escritos.

Después viene toda la cáfila de médicos de la Edad Media, y desde el monje Alduino, médico y sabio que instruyó a Carlo – Magno, hasta Ciudad – Ríal, el del centenario epistolario, ninguno se fija en la dichosa enfermedad, que nos ocupa.

Pasada la Edad Media, brotan hombres eminentes en la ciencia. Todo se conoce: No hay dolor que no tenga un remedio; no hay víscera que no se recomponga; no hay enfermedad que no se cure.

Si se os caen los dientes, ya encontraréis quien os ponga una dentadura nueva, mejor que la que perdisteis; si una bala de cañón os priva de una pierna, ya encontraréis otra artificial que la sustituya; si se os salta un ojo, al pronto habrá otro de rico cristal de Bohemia que lo reemplace; si vuestros vicios destruyen vuestra laringe, os pondrán una laringe de plata; si os quedáis sordos, os pondrán un aparato acústico tan grande como un cañamón, con el que oiréis hasta el paso de las hormigas; si vuestra espina dorsal se dobla como un cayado, ya la pondrán derecha como un hueso; y si se os pudre la nariz, ya os colorarán otra del tamaño y forma que gustéis, griega, turca, mongola o árabe.

Todo esto hace la ciencia, que no es poco hacer, pero no ha podido llegar al corazón. Este si es el **ugusque intrave licet** de la medicina.

El corazón no se cura ni con el escalpelo, ni con sustancias animales, ni vegetales. Al corazón no llega el aceite de hígado de bacalao, ni la belladona, ni nada que pertenezca a la farmacopea.

Lo único que llega es la palabra, el dolor, el consuelo o la muerte.

La ciencia reconoce hoy las enfermedades morales, pero las enfermedades morales no se reconocen a la ciencia por lo regular.

El remordimiento es, **verbi gracia**, una enfermedad moral, -¿qué médico puede curar el remordimiento?-.

El desengaño es otra enfermedad, -¿quién puede curar esa **tisis** del alma?-.



Hombres conocemos nosotros, que están muertos y andan y hablan y ríen; mujeres hermosas y feas conocemos también, que dieron ya su último suspiro, y sin embargo, van al baile, van a paseo, y lo que es más, van al Teatro Real.

Hay mujeres enfermas del corazón, como hay un novela de ese mismo título. Por lo tanto, -¿tiene algo de particular que la lectura de la Gaceta fuera la causa de la enfermedad de Ana?-.

Ana, aquella hermosa niña, tan alegre, tan brillante, tan deslumbradora, fue recogida del jardín aún sepultada en su desmayo.

Nadie hizo caso de la Gaceta, que quedó rodando por el suelo, y, por lo tanto, nadie supo la causa del mal.

Se llamó al médico de la casa; éste acudió al momento, y después de informarse de que la niña se había desmayado, manifestó doctoralmente que un vahído, efecto de no estar bien hecha la digestión, era la causa del accidente. Recetó dieta, una bebida antiespasmódica y mucha quietud y reposo.

Al día siguiente el médico había conseguido la curación completa de Ana.

Ésta se levantó un tanto pálida y triste. La indigestión había pasado. María no quiso que su hija se desayunase, sino muy ligeramente. Verdad es que ésta no tenía ganas de comer.

Ana volvió como si tal cosa a sus costumbres ordinarias, pero se notó que siempre estaba pálida, que jamás reía y que hablaba muy poco.

Este cambio radical era demasiado alarmante para el ojo experto de una madre.

De cuando en cuando se le escapaban a Ana unos suspiros profundos, que parecían salir del alma.

Solicitó de su madre el ir todos los días a la Concepción; y allí se la veía, horas enteras, delante de la Virgen de los Dolores, abstraída completamente del mundo.

Por primera vez Ana cesó de correr, de jugar, de reír y de saltar. Parecía que se habían llevado a una y habían traído a otra. Ya no podía llamarse la liebre. Había perdido el pseudónimo.

Esta rápida transformación había de llamar profundamente la atención de sus padres, que idolatraban a ella.

He aquí la conversación que éstos tenían sobre el particular:

-¿Qué es lo que tiene nuestra hija Ana?-, preguntaba Pedro a su mujer, con sorda inquietud.

María agitaba la cabeza a uno y otro lado, y contestaba:

-No lo sé, pero me lo presumo-.

-¿Lo sabes acaso?-

-Creo adivinarlo, aún cuando la niña nada me dice-.

-¿Qué es entonces?-

Y Pedro esperaba con ansiedad la noticia.

-Ya recordarás-, dijo María, -que nuestro vecino Anselmo..., el beneficiado, que en paz descansa, tenía un sobrino que se fue a servir al Rey-.

-¡Vaya si lo recuerdo!-, contestó Pedro.

-Y también tendrás presente que nuestra hija y aquel muchacho se quisieron por algún tiempo, a lo cual nosotros no prestamos la mayor atención-.

-Es verdad-.

-Pues has de saber que en estos días se ha esparcido la noticia de la muerte de Rafael, y acaso esto...-.

-¡Bah!... ¡bah!..., no es eso-.

-¿No?-

-No, María; Ana no se acordaba ya de Rafael-.

-Mucho lo dudo, Pedro-.

-Ana quería y quiere a Carlos Fuster. Por lo tanto la desgracia de ese chico, ocurrida gloriosamente en la batalla de Tetuán, no es la causa de la situación de nuestra hija. Aquí hay otro motivo-.

-Pedro, creo que estás equivocado-.

-No lo estoy, María. Y sí no, vas a ver si doy en la dificultad-.

-¿Qué vas a hacer?-

-A casar a Ana cuanto antes-.

-¿Con Carlos?-

-Con Carlos-.

-Pero éste se encuentra en Madrid-.

-Los casaremos cuando venga-.

-Pero vendrá ya para el mes de Agosto-.

-Habrá que esperar hasta entonces. Poco importa-.

-Es decir, que nuestra pobre hija pasará unos cuantos meses de tristeza-.

María volvía la cabeza, como quien se resigna a la opinión de su marido, pero sin considerarla infalible.

Y este diálogo, que hemos bosquejado aquí, se repetía diariamente en aquel matrimonio, en vista de que Ana seguía siempre triste y siempre meditabunda.

Porque a la verdad, la hermosa joven padecía eso que nosotros llamamos **tisis** del alma. ¡Enfermedad incurable, que no estaba en el cuerpo y sí en el espíritu!.

Mientras Ana había considerado a Rafael lleno de vida y lleno de amor, le había sido inconsecuente y hasta desleal.

Lo había dejado medio olvidado allá en el último rincón de su pecho; se había entregado a los placeres de la juventud y, sin saber cómo, alejándose poco a poco de su primitivo amor; se había aficionado al cariño silencioso y profundo de Carlos Fuster.

Ana hubiera amado de una manera inmensa a este joven, si Rafael no apareciese de tiempo en tiempo en su corazón.

Tal era el estado de su alma, cuando llegó la noticia de la muerte del primero.

Entonces el amor y el remordimiento se apoderaron de ella, entonces comprendió su lealdad, y entonces sufrió un golpe tan rudo e inesperado, que su espíritu cayó enfermo; sin que el médico pudiera dar con la enfermedad de la preciosa niña.

El pobre Esculapio estaba ciego. Verdad es que él no sabía estos versos de uno de nuestros poetas modernos:

Nadie muere de amores  
dicen de nuestro siglo los doctores.  
Mas cuando bien se quiere,  
duere el alma de amor o el amor muere;  
¡y debe ser incómodo, por cierto,

Llevar siempre en el alma un amor muerto!.

## II

### ¡POBRE RAFAEL!

Ana adivinó esta poesía, que a más de ser dolorosa, era de una verdad incontestable.

Ana no moría, pero llevaba en el alma el amor muerto de su esperanza, o lo que es casi igual, llevaba el alma muerta de amor.

Todo lo pasado estaba vivo en ella: dolor, remordimiento, desesperación.

Ella sufría por su falta de fe; ella lloraba por sus infidelidades pasajeras; ella hubiera querido rescatar con su sangre los momentos de indiferencia y coquetismo que había tenido.

Y los primeros quince días fueron un perpetuo paroxismo de sus facultades.

Después comprendió que nada quedaba atrás, nada había delante; que se extendía el vacío sobre su corazón; que se encontraba en medio de la soledad, cruzando un desierto sin límites, bogando a través de un océano sin olas y sin riberas, y atravesando por medio de la vida sin sentir sus goces y sus perfumes.

En un aislamiento en sus insomnios, en sus delirios, en sus oraciones, en sus sueños sólo veía el noble cadáver del soldado lanzándole, aún, su última mirada de amor.

Y aquella mirada era viva, penetrante, intensa; esa es la queja silenciosa, la reconvención suprema, la esperanza marchita que no debía volver jamás, el eco perdido que debía extinguirse para siempre.

El tiempo que, según una frase vulgar, pero profundamente filosófica, todo lo cura, pasó por el corazón de Ana; dejó sobre él esa capa de polvo invisible que nos lleva a la reconcentración misteriosa de nuestros dolores, a la aparente frialdad de los sucesos, a la indiferencia de la vida.

Y de aquí el que la joven siguiese los accidentes comunes de su existencia sin manifestar, ni por una queja, ni por una palabra, el drama doloroso que se verificaba en su corazón.

Y Ana siguió visitando a sus amigas, y siguió las costumbres que la sociedad había impuesto sobre ella; y no quiso manifestar el dolor de su alma, ni los remordimientos de su pecho.

Sólo se notó, que siempre estaba pálida; que el huracán había marchitado la hermosura de su semblante; que sus ojos no habían adquirido un brillo más intenso y profundo; que su conversación era más lacónica; que se distraía , a lo mejor, como si su pensamiento volase a otras partes; que su sonrisa, que cuando se sonreía, tenía algo de amarga y reconcentrada.

A veces, su madre la encontraba mano sobre mano, delante del bastidor, sin haber dado un punto en todo el día.

¡A ella, que tanto le gustaba bordar!.

Entonces, aquella madre nada le decía; pero besaba cariñosamente el rostro de su hija, mientras enjugaba una lágrima, que escapaba de sus mejillas.

Ana, por lo regular, ni veía la lágrima, ni sentía el beso de su madre. Tal era su existencia ordinaria; mientras sus padres, cada vez más alarmados, se fijaban en el estado de su hija.

-Es preciso casarla-, decía Pedro, manteniéndose siempre en su estribillo.

-No, es necesario distraerla-, contestaba María, con mejor cálculo y mayor perspectiva.

-Te digo que nuestra hija está enamorada-, insistía el padre.

-Te digo que nuestra hija tiene muerto el corazón-, respondía madre.

-Eso consiste en que Carlos no está aquí-.

-Lo mismo que si estuviera-.

-En fin, lo haremos. Pero ahora, que principia la primavera, tengo adoptado un plan-.

-¿Y que plan es ese?-, preguntaba la madre con inquietud.

-Escucha, ¿no dices que es necesario distraer a nuestra hija?-.

-Sí-.

-Pues la llevaremos a Granada. No hay en el mundo población más hermosa que Granada en los meses de Abril y Mayo. ¿Estás conforme?-.

-Lo estoy-.

-Allí estaremos hasta pasada la festividad del Corpus-.

-Corriente-.

-Luego iremos a Málaga. He leído en muchas partes que el mar es el remedio de la melancolía. ¿Aceptas mi pensamiento?-.

Y, aquel buen padre, miró a su esposa con ansiedad.

-Con toda mi alma-.

-Luego, cuando aprieten los calores, se da la vuelta a casa, pasamos un par de meses en la recolección, viene Carlos mientras tanto, y negocio concluido-.

Al día siguiente Ana supo que iba a Granada con sus padres. El viaje se dispuso rápidamente y cuatro días después, todos estaban en la hermosa ciudad de Boabdil.

Ana vivía en la Carrera del Genil, que es el punto más pintoresco, alegre y animado de la población.

Ana iba todas las noches al teatro; Ana visitaba todos los monumentos notables; Ana encontraba una serie de espectáculos, que pasaban ante su vista como una extraña fantasmagoría.

Luego se llevó a cabo el viaje a Málaga.

Ana no había visto el mar, y el mar la asombró.

Una mañana, muy transparente, vio dibujarse la costa africana a través de la dormida tranquilidad del Mediterráneo.

Ana sintió una ansiedad desconocida, y mandó lágrimas silenciosas y callados suspiros sobre aquellas crestas azuladas que, poco a poco, se desvanecían bajo los rayos del sol.

Por último, a fines de junio, se dio la vuelta a casa.

Ana parecía más resignada y más serena, había aparecido de nuevo, en sus mejillas, el color de la juventud.

En toda aquella variedad de emociones y espectáculos, ana había encontrado un poco de calma.

El profundo dolor de su espíritu era menos denso; parecía que una tregua misteriosa se había establecido entre sus facultades morales y sus facultades físicas.

Sus padres estaban locos de contento.

Principiaban las faenas de la recolección y la sementara prometía una abundante cosecha. La siega, la barcina, la trilla, eran tres cuidados importantes.

Pedro atendía a todo.

María llevaba a su hija, con otras amigas, a la parda y espaciosa era, luego que el sol trasponía por el Oeste.

Allí pasaba gran parte de la noche jugando y bailando, a la tibia luz de la luna; y Ana, sin saber cómo, volvió a ser la bulliciosa Ana de otros tiempos; aquella que había sabido conquistar el apodo de la Liebre; aquella que, a semejanza de un torbellino de oro, había deslumbrado al humilde estudiante, luego que éste se engolfaba en la teología de Perrone.

Pero en medio de todo esto, cuando Ana parecía entregarse a la alegría, quedaba parada y seria de repente; y afecta de un cansancio que era imposible en ella, se sentaba en un ángulo de la era, miraba y gran rato a la luna y, dando un respiro, que salía del alma, exclamaba:

-¡Pobre Rafael!-.

### III

## UN RECUERDO POR UN LIMOSNA

El 15 de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, llegó el día en que Pedro acabó su recolección. Toda la casa estaba materialmente llena de trigo; la cosecha había sido tan abundante, que no se podía pedir más.

Por otra parte, la alegría era completa; Pedro encontraba la recompensa de todo un año de trabajos y de sacrificios, y por consiguiente su satisfacción se comunicaba a los criados de la casa; los cuales se vestían con sus mejores trajes, para celebrar, con aquel día de huelga y descanso, los sudores que habían derramado durante todo el año agricultor.

Además de estos motivos de contento, había otro no menos digno de consideración. Eran los días de la dueña de la casa, y estos se celebraban de una manera espléndida en la casa de nuestro labrador.

Era Octubre, en primer lugar amasar un cahíz de trigo, o sea, quinientas cuatro hogazas de pan y repartirlos a los pobres. Ana era la que se ocupaba de repartir estas limosnas.

En segundo lugar; se ponía una olla colosal, a fin de dar de comer a los viejos jornaleros del barrio, que estaban casi imposibilitados de trabajar; y estas raciones de la caridad eran llevadas a la misma casa de los necesitados por todos los criados de Pedro, que no hacían otra cosa sino ir cargados de comestibles y volver con las manos vacías.

En tercer lugar, Pedro ponía por su misma mano la espita a la mejor tinaja de su bodega, a fin de aplacar la sed de todos sus vecinos, que se apresuraban a felicitarle.

En cuarto lugar, María mandaba una abundante limosna a las Ánimas del Purgatorio, y distribuía otra, ya en aceite, ya en cera, ya en dinero a los santos de su devoción.

En quinto lugar, la cocinera y el capataz de la casa (1) estrangulaban algunos pavos, dos docenas de gallinas, y degollaban despiadadamente a tres o cuatro carneros.

**(1) Llámese capataz al que dirige la labor o representa al dueño de ella. En otras se llama aparcerero.**

En sexto lugar, la casa se limpiaba, se fregaba y se blanqueaba desde el portal hasta las cámaras.

Y, por último; todo se ponía charolado, lustroso y brillante, desde que la aurora echaba sus luces hasta que la noche derramaba sus sombras.

La cocina llamaba la atención por su limpieza.

El fuego ardía en la chimenea; y en torno de ella la multitud de pucheros y cacharros contenían otros tantos sólidos majares, para solemnizar el día siguiente.

Pendiente de los llares, o sea, la gruesa cadena de yerro que se colocaba en el fogón, había una gran caldera en la que se cocía un carnero; y en una de las paredes de esta gran cocina se veía la estampa de San Antón, patrono del fuego, presidiendo, por decirlo así, aquel lugar.

Es curioso y notable lo que vamos a decir.

La fe religiosa de nuestros padres ponía siempre esta estampa en el sitio del lugar. Hay en esto una piedad tan pura que encanta.



Aún hoy, en la mayor parte de las casas de labradores de Guadix, se ostenta bajo la chimenea la venerable imagen del cenobita de la Tebaida, con estos versos al pié:

En la casa donde está  
la imagen de San Antonio,  
huyen el fuego y el demonio,  
y nunca se quemará.

Atrás dejando todo esto a un lado, proseguiremos dando detalles sobre la fiesta que se preparaba en la casa de Pedro Avellán, la cual no dejaba de causar ruido en el vecindario y dar motivo a algunas hablillas inocentes, que tenían en sí un fondo de verdad reconocido por todos.

Decíase que Pedro había echado el resto este año, no solamente por festejar los días de sus esposa y dar gracias a Dios por la buena cosecha que habían tenido; sino porque el día antes había llegado Carlos Fuster hecho todo un doctor en leyes, y era necesario celebrar este acontecimiento en honor del futuro esposo de Ana.

Decíase además que ésta dominada por una extraña y tenaz hipocondría, se había opuesto a semejante función doméstica; pero, que tanto Pedro, como María, no habían seguido esta opinión, con el fin de que su hija se distrajese algún tanto y encontrase motivos de contento y satisfacción.

Pero fuera de eso lo que fuera, la verdad es que todos estaban en movimiento en casa de Ana, y Pedro había dicho a su esposa, al tiempo de levantarse aquella mañana:

-Ya verás..., ya verás si nuestra hija se convierte en otra de aquí en adelante. La llegada de Carlos Fuster hará este milagro-.

-¿Esperas en él?-, preguntó María, fijando su inteligente mirada en su esposo.

-Tan lo espero, que tú misma me darás la razón-.

Y aquel matrimonio principió a recibir a sus amigos y deudos, los cuales eran preventivamente obsequiados con sendas bandejas cubiertas de bizcochos y ricas copas de anisete.

Mientras esto sucedía, Ana acababa de recibir una tarjeta en la que se rogaba se sirviera pasar a la sala principal de la casa, en donde había una persona que quería hablarle.

Ana se conmovió ligeramente, tanto porque sabía que Carlos Fuster estaba en Guadix, cuanto porque tenía aquel recado algo de extraño y singular.

Fue, sin embargo, inmediatamente a la sala, y entonces se encontró con el presbítero don Fulgencio, aquel digno y leal amigo de Rafael, ha quién no había vuelto a ver desde la noche en que éste le dijo leyese en la Gaceta el parte de la batalla de Tetuán.

La austera presencia de aquel joven sacerdote le hizo recordar toda la triste historia de lo pasado y la obligó a borrar de sus mejillas el suave color de rosa que las teñía.

No sabiendo que decir, se contentó con hacer una ligera inclinación de cabeza.

-Buenos días, Ana, buenos días-, exclamó don Fulgencio, acercándose a ella. -Perdone usted que haya venido, siquiera por un instante, a turbar sus satisfacciones más dulces y cariñosas; pero un deber imperioso me ha obligado a ello-.

Repuesta la joven de su sorpresa, pudo contestar:

-Siempre viene usted a su casa; y más que todo, siempre tiene usted derecho para contar con mi estimación, respeto y amistad-.

-Lo sabía y por eso quedará justificado el paso que doy. Me hubiera sido fácil molestar a los padres de usted sobre el objeto que me trae aquí, pero yo pienso que cualquier beneficio hecho por las manos de usted, tiene más méritos a los ojos de Dios-.

-Y bien, de qué se trata, ¿de algún favor?-.

-Más aún, de una limosna, de una verdadera limosna-, contestó don Fulgencio. -Sabía que hoy se practica en la casa de usted este acto de sublime caridad y yo, no sé... He tenido el atrevimiento de venir a interesarla en obsequio de una familia desgraciada-.

-Desde este momento puede usted disponer de mí y de lo que hay en esta casa. Hablo con usted, don Fulgencio, no solamente en nombre mío, sino en el de mis padres-.

-Nunca podía dudar de los sentimientos de usted-, contestó el sacerdote. -Pues bien; voy a tener el gusto de manifestarle de lo que se trata-.

-Por efecto de los fuertes calores de este verano, uno de esos padres de familiar, que no tiene más patrimonio que su trabajo, ha sido víctima de un tabardillo y el pobre hombre entregó su alma a Dios, a los catorce días de su enfermedad-.

-Su pobre viuda quedó con cinco hijos de menor edad, y cuando principiaba a buscar recursos para su familia, otro tabardillo la ha postrado en cama, y hoy se

encuentra luchando con una convalecencia, tanto más penosa, cuanto más escasos son los medios con que cuenta para sostenerse-.

-Resulta de esto, que los pobres niños están hambrientos, la madre carece de alimento para reponerse, puede morir de debilidad y esto sería horroroso-.

-Vea usted por lo que he venido a interesarla en esta obra de caridad-.

Los ojos de Ana se arrasaron de lágrimas al oír este sendillo y ligero relato, y contestó:

-Ahora mismo voy a disponer que se lleven abundantes socorros a esa familia. Mejor dicho,, haré que los pongan a la orden de usted, para que cumpla con este profundo deber de caridad y de religión-.

-Esa limosna se hará en nombre de usted-, contestó don Fulgencio conmovido. -Esa limosna será como recuerdo de los sentimientos de su corazón-.

-No, no-, contestó Ana ruborizándose, -la caridad hecha con ostentación deja de ser caridad. No lo haga usted en mi nombre; se lo prohíbo terminantemente-.

-Entonces, ¿cómo vamos a hacer esto?-, preguntó don Fulgencio.

-La caridad tiene mil recursos-, siguió Ana, -sin embargo..., espere usted que se me ocurre una idea-.

-Hágase esta limosna en nombre de aquellos que han muerto lejos de su patria, llevando en el alma el profundo dolor de no volver a ella-.

Este recuerdo, el más tierno, el más delicado, el más triste que podía escaparse de su corazón, hizo estremecer al sacerdote; a aquel sacerdote que era la única persona que amaba y había amado a Rafael.

-¿Por qué no pronunciaba Ana este nombre en aquella ocasión solemne?, ¿era por remordimiento?, ¿era por vergüenza?, ¿era por dolor?-

Acaso era por estas tres cosas juntas.

Don Fulgencio adivinó, aquel abismo brilló en sus ojos como cierta cosa extraña, y de pronto, como dominado por un pensamiento, tal vez triste y doloroso, preguntó:

-Y a propósito, ¿cuándo se casa usted, Ana?-

Sonriose ésta amargamente, se puso encendida por algunos instantes, y sin tener conciencia de los que contestaba, replicó:

-¿Quién sabe?... tal vez nunca-.

Esta frase era una luz con la que don Fulgencio pudo leer el estado de aquel corazón.

Poco después, le dio las gracias por su limosna y se alejó de aquel sitio.

## IV

### **TIME IS MONEY O LO QUE ES COMPLETAMENTE CONTRARIO: EL TIEMPO ES AMOR**

En efecto, Carlos Fuster había llegado de Madrid y se encontraba hecho todo un doctor en leyes; venía, por consiguiente, envuelto en el prestigio que lleva consigo la ciencia y la corte; prestigio singular que se ve, se toca y se palpa en cualquier pueblo de provincia.

Carlos era, además, un joven fino, joven bien educado, de natural elocuencia, y esto aumentaba el esplendor que rodeaba al prometido esposo de Ana.

-¿Y por qué no hemos de usar de esta frase, cuando el enlace de los dos jóvenes era una cosa acordada y sancionada por sus dos familias?-

Todo el mundo creía que la tristeza de Ana reconocía, como causa principal, la ausencia de Carlos.

Nadie podía acordarse del pobre Rafael, muerto oscuramente en una batalla y, por tanto, la creencia general era que una vea Carlos en Guadix, Ana recobraría su antigua alegría y su pasado contento.

Este milagro debía, naturalmente, tener efecto en el día de la Asunción.

Su padre lo creía a puño cerrado, sus amigos se daban chanzas sobre lo mismo, sus criados se permitían alguna que otra indicación; todo el mundo, menos su madre, aseguraba de buena fe que la presencia de Carlos Fuster acabaría con aquel extraño romanticismo.

Ana tuvo valor para resistir tantas indiscreciones, y lo que es más, para no descubrir el verdadero estado de su corazón; casi, casi hizo creer que el interés que tenía por Carlos era lo que tanto la había molestado.

Así se pasó parte de aquel día, hasta el momento en que el mismo Carlos se presentó en la casa de su futura esposa.

Este momento era demasiado crítico.

La misma Ana, sintió latir con violencia su corazón y rogó a sus amigas, las hijas de don Cándido de los Ríos, que no la abandonaran en aquel instante.

Carlos se presentó tranquilo, risueño, elegante pero pálido.

Saludó a todos, miró a Ana por algunos instantes, la encontró mucho más hermosa que la había dejado; y la conversación giró, naturalmente, sobre Madrid.

Carlos contestó a todas las preguntas con discreción, con calma, con un discernimiento nada común.

Otro joven hubiera exagerado; él, al contrario, describía las cosas y los hechos tal como eran. Esto causó dobles prosélitos a favor de aquel joven.

La misma Ana se sintió, de nuevo, casi subyugada por la modestia y el talento de Carlos.

El día fue alegre con estas circunstancias.

A la noche hubo baile y, entonces, fue cuando por vez primera se encontraron Ana y Carlos frente a frente.

Dos grandes balcones, que caían al huerto de Pedro Avellán, se hallaban abiertos a causa del calor; el cielo estaba tachonado de estrella; no había luna y, sin embargo, las luces refractaban sobre las sombras de los árboles sus pálidos reflejos, lo cual aumentaba la tibia reverberación que se extendía por aquel paraje.

El perfume de las flores subía a la manera de espirales invisibles, para llenar el ambiente de emanaciones dulces y embriagadoras.

Pues bien, en una de estos balcones fue donde Carlos se encontró a Ana.

Ella miró profundamente, se acercó a ella con lentitud y, después de un momento de vacilación, exclamó:

-En una noche como esta, contemplando las estrellas que brillan en la inmensidad, respirando perfumes agradables; le dijo una vez; tan sólo a usted, lo que sentía en el fondo de mi corazón-.

-Ha transcurrido cerca de un año, y vuelvo hoy a recordarle lo pasado, para que se eslabone con lo presente-.

-¿Qué es lo que puedo esperar del porvenir, ya que tengo la felicidad de encontrarme a su lado?-

Ana no supo que contestar al pronto; pero calmadas las palpitations de su corazón, después de meditar en sus sentimientos, en situación con los deseos de sus padres y aún en cierta lucha que brotaba entre sus recuerdos pasados y recuerdos presentes, contestó:

-He oído que entre nuestras respectivas familias está fijado nuestro destino..., ¿qué otra cosa puedo contestar acerca de su pregunta?-.

Carlos miró a Ana con su acostumbrada seriedad y replicó:

-Yo no busco, en este momento, una cuestión de conveniencia; busco el corazón de la que, según nuestras familias, va a ser mi esposa-.

Creo tener ese derecho; creo necesario el que nos conozcamos-.

-He aquí, por qué soy exigente por primera vez en mi vida-.

-Para contestar, necesitaría reflexionar mucho, no puedo hoy; Carlos. Dejemos correr el tiempo. ¿Quién sabe?-.

-He oído decir, de un modo vago, que para próxima Pascua debe verificarse nuestra boda...-.

-En efecto, eso es lo convenido entre nuestros padres, por lo tanto esperemos hasta entonces. Es el único favor que le pido a usted-.

-¿Podrá esperarlo?-.

-Para que me conozca usted a fondo, para que comprenda los sacrificios que estoy dispuesto a imponerme; por merecer su amor, me someto a sus deseos. Nada más le digo-.

Ana lanzó una mirada de gratitud a su futuro esposo.

Y éste recogió, como una promesa, aquella luz divina, que como una esperanza se escapaba de sus ojos-.

## V

**EN EL QUE DE NUEVO SE PRUEBA QUE LA  
PARTE FLACA, ENFERMIZA, DÉBIL,  
MACILENTA, OLVIDADIZA, MUDABLE,**

## VELEIDOSA E IRREFLESIVA DE LA HUMANIDAD ES LA MUJER

El diálogo que acabamos de escribir, diálogo colocado entre dos corrientes opuestas, entre dos nubes contrarias, si bien, no dejó satisfechos a los dos que lo habían sostenido, dejó encantados a todos los demás actores y espectadores de la fiesta que se verifica.

Aquella pareja ratificaba, en aquel momento, según el concepto general, la alianza completa y definitiva que había de conducirlos, paso a paso, a los pies del altar.

Pedro Avellán, loco de alegría, viendo a su hija tan animada, no cesaba de decírselo a su mujer; la cual, por su parte, participaba de igual satisfacción.

Los padres de Carlos Fuster, que también estaban en aquella fiesta, se hallaban poseídos de igual contento.

-Ya no estará pálida esa niña hermosa-, decía la mujer de don Cándido de los Ríos, mujer de tomo y lomo, a una vecina que tenía a lado.

-¿Lo dice usted por Ana?-, contestaba la mencionada vecina que, por buscar la ley de los contrastes, era una especie de espátula vestida de percal negro.

-¿Pues a quién quiere usted que me refiera?-.

-¡Ah, es verdad. Parece que los pichones saben arrullar perfectamente. Vea usted lo que es el mundo...-.

-Acuérdome que cuando Ana era una niña amaba a un pobre chico que, según parece, ha muerto en la guerra-.

-¿Habla usted de Rafael Álvarez?-.

-Justamente, apenas me acordaba de su nombre-.

Y del mismo modo que aquellas piadosas mujeres hablaban de Ana, otras muchas tenían idéntica conversación.

El resultado de todo fue que, sin penetrar en el verdadera situación de aquellos dos corazones, se tuvo como cosa sancionada el que los dos se habían comprendido y que se amaban a las mil maravillas.

Pedro Avellán miró triunfalmente a su mujer; ésta, nada tuvo que replicar a aquella prueba tan convincente, y desde el otro día sólo se pensó en preparar todo lo necesario para la boda.

Una boda, según la frase de cierta persona, que conocemos, no es un huevo que se echa a freír.

Para llevarla a cabo hay que pasar por todos los trabajos de Hércules.

Lo primero de todo, cuando las familias de los futuros esposos tienen interés, entra por las puertas el demonio de la codicia disfrazado con el nombre de patrimonio, dote, donación inter vivos o cosa por el estilo.

Cada cual cede, otorga o traspasa a su hijo respectivo.

En este extraño convenio, se aquilata hasta la parte más pequeña; todo esto es lógico y natural.

Se trata del porvenir de los chicos; al día siguiente de casados no han de comer una partícula de amor sazónada con un poco de pan y cebolla.

Desde que pasaron los tiempos clásicos y pastoriles, lo primero que se hace es garantizar materialmente la vida futura de los esposos, sin perjuicio de entrar luego en otros detalles de segundo orden.

Quince días duraron las entrevistas de los padres de Ana y Carlos.

En esto quince días, cada cual dio, como legítima anticipada, muy buenas fanegas de tierra de labor, con otros aditamentos más o menos importantes.

Las madres de ambos novios examinaban las mejores telas de las tiendas, para hacer un completo ajuar a la novia; la cual veía todo aquello con esa indiferencia del alma que permanece inactiva en medio de tanto movimiento.

Carlos la visitaba todos los días, y cada vez se apasionaba más de ella.

Ella, por su parte, a pesar de los profundos recuerdos que mortificaban su corazón, miraba a Carlos como un amigo.

-¿Qué más podía ser para ella?-.

Sabía que él era el destinado para ser su esposo; conocía sus elevadas prendas, sus nobles cualidades y acaso débil, sin saberlo, se dejaba llevar por la corriente de los sucesos, como una pluma se deja llevar por el viento.

Un día su padre le participó que todo estaba corriente, y sólo faltaba señalar la época de la boda.

Ana se estremeció; pero no dijo nada.

Como el asunto era de una importancia extraordinaria, fue necesario tratarlo bajo todas las formas y bajo todos los aspectos.



Pedro quería que su hija se casase de allí a veinte días; es decir, a fines de Septiembre.

María objetó que para dicha época casi nada estaría preparado y, por lo tanto, alargó el plazo para el día de los Santos.

Pedro replicó que lo primero de todo era la salud y el contento de su hija.

María volvió a replicar que Ana estaba mucho mejor, mucho más alegre y, por lo tanto, que aquella impaciencia pudiera considerarse de otro modo.

Los debates entre marido y mujer duraron dos días largos.

Ana entonces vino a cortarlos, diciendo que quería un poco de tiempo más y suplicaba que se señalase para la Pascua la fecha de su matrimonio.

Ella, mientras tanto, le cobraría mayor afecto a su futuro esposo y, de este modo, todo se haría con calma y a gusto de unos y de otros.

Ya sabemos lo que pesaba la voluntad de Ana en el corazón de sus padres, y desde luego se convino que la boda tendría lugar en uno de los días de la inmediata Pascua de Navidad.

Cierto es que había cuatro meses de por medio; pero, -¿qué son cuatro meses en la vida?-.

El tiempo es rápido. Los días son como un torrente que pasa; sombras y nubes de la existencia, que se disipan a cada noche y esclarecen a cada mañana.

Ana misma había fijado su destino; ella se había señalado la época de su olvido a todo lo pasado, y de su profunda abnegación a todo lo presente.

-¿Y qué otra cosa podía hacer?-.

Lo pasado no tenía remedio.

Bien podía llevar en el alma el recuerdo de un amor puro, sin desviarse por eso de las exigencias de la vida.

Rafael muerto, no podía volver ya al lado de la que tanto y tanto la había amado.

Rafael, reducido a polvo, no podía ser ya para Ana sino una luz escondida en el santuario de su mente.

Pero-, ¡ay!; que esta luz se amortiguaba lentamente, a medida que el tiempo, siempre insaciable y egoísta, echaba capas de indiferencia sobre lo pasado.

-¿Es la mujer la que tiene la condición de olvidar, o es otro agente misterioso el que la hace olvidadiza?-

Ana; arraigada a su fe, al recuerdo sangriento del martirio de su primer amante, no quería los sentimientos de su alma, quería detenerlos; pero estos, como los fúnebres destinos de la caja fatal de Pandora, se le escapaban por entre los dedos; se alejaban, se iban, se evaporaban.

-¿Podremos decir que el corazón humano tiene una afinidad prodigiosa con los accidentes de la naturaleza?-. Tal vez sí.

Cuando aparece en el cielo un astro más luminoso que los que lo rodean, éste absorbe toda la luz.

Una cosa parecida ocurría entre Ana y Carlos.

Éste ofuscaba el brillo de Rafael muerto, de Rafael sepultado en tierra extraña, de Rafael perdido para siempre hacía más de cinco años.

Además, preciso es decirlo, Ana era mujer, y ya sabemos lo que significa esta palabra; la primera y la última de la humanidad.

La historia presenta pocos ejemplos de mujeres tipo a excepción de Artemisa, de Julieta, de Eloisa, de nuestra célebre amante de Teruel, de la reina doña Juana y de alguna otra que no tenemos presente.

Total, media docena de mujeres entre todas las mujeres.

No sabemos que ninguna de ellas haya sido tan fiel que se haya muerto formalmente por un recuerdo de un amor o por un juramento de fidelidad.

Verdad es que hubo, en tiempo de los cruzados, una dama feudal que se hizo llevar el corazón de su amante, conservado en espíritu de vino, para verlo cada momento; pero esto pasaba en tiempo de las Cruzadas.

¡Vaya usted, hoy, a encontrar mujeres de esa condición; las cuales, al ver el corazón del amante, en vez de lágrimas, vomitaran todo lo que tuviesen en el estómago!.

Por lo tanto, Ana Principió a descender por la pendiente escabrosa y horrible que el Dante nos traza para bajar al Leteo.

Ana sintió algo en su corazón.

Ana veía delante de sí la luz y la sombra, el espectro y la realidad.

Ana, principió a sentir el calor de la vida, más bien que el frío de la muerte.

Rafael muerto iba, tal vez, a morir para siempre en su corazón.

Carlos, vivo; iba a resucitar, de una vez, en el fondo de su alma.

Se ha dicho que la nada domina donde hay un poco de ceniza. Se ha dicho, también, que la ceniza conserva algún calor de su primitiva existencia.

Si lo primero, razón tuvo el hombre que puso sobre su sepulcro estas tres palabras: **Pulvis, cinio, nihil.**

Si lo segundo, razón tuvo también el que cantó aquella copla:

Aunque olvidarme pretendas,  
no es fácil que lo consigas,  
que siempre queda algún fuego  
debajo de la ceniza.

## VI

### LA NOCHEBUENA

Y los días pasaron, y los días vinieron; y el sol salió, y el sol se puso, y asomó el amarillento otoño con su tempestuosa corona de nubes.

Y pasó la feria por el pueblo de Guadix; pueblo ingrato si los hay, pero que, a pesar de todo, es el pueblo que más ama el autor de este libro.

Y vinieron las vendimias para dar el último suspiro al año agricultor; y se recogieron las castañas, las nueces y los frutos de invierno; y principió a llover, y el labrador principió a sembrar; y el Norte, traidor y siniestro, empezó a mugir por medio de las cañadas; y luego vino el día de los Santos y la Conmemoración de los difuntos; es decir, el recuerdo de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestras esposas, de nuestras amadas, de nuestros amigos y hasta de nuestros enemigos.

Es cosa digna de estudiarse, un día de estos en Guadix.

Esta ciudad tiene, para la noche de los Santos, treinta y nueve campanas que doblan a muerto sin cesar, desde las siete a las diez de la noche.

Ana recordó a Rafael en aquella noche... Hizo más, rezó para él.

Pero pasó el día de los Santos, y el recuerdo se disipó poco a poco.

Y luego vino la época en que se celebran las honras a los Reyes Católicos; y enseguida el mes de Diciembre, el día de la Concepción, el invierno, las veladas en torno a la gran chimenea; los preparados para la Pascua, los mantecados, los roscos, los mazapanes, los aguinaldos, las zambombas, los villancicos, las misas de Pastores, Santa Lucía, los pavos, y por último, la Nochebuena.

La Nochebuena, la alegría del año, la noche clara, la noche de la dicha, la noche bendita; he aquí lo que es para nosotros esa noche histórica, religiosa, suprema.

Y la Nochebuena era, en la casa de Pedro Avellán, dos veces alegre, dos veces deseada.

La una, porque era la noche en que se celebraba el nacimiento de nuestro Dios; y la otra porque era, también, la noche en que reunidas las familias de Carlos y Ana, debían ratificar los contratos matrimoniales de los dos jóvenes.

Chisporreteaba, en la chimenea, el grueso y respetable tronco de una encina; los criados de Pedro, alegres y diligentes, acudían a todo; se cantaba, se tocaba y se bailaba.

La cena, que se tenía dispuesta, era una verdadera cena patriarcal.

Ana estaba graciosamente vestida; Carlos, prescindiendo de sus costumbres cortesananas, vestía un pantalón claro, un rico chaquetón de Astrakán y un chaleco blanco de fina piel de cordero.

Había, con las dos familias, algunos amigos y convidados; no faltando, por supuesto, don Cándido de los Ríos, su mujer y las dos niñas pecosas, amigas de Ana.

En aquella casa, tan grande y tan alegre, había luces encendidas desde el portal hasta la última de las habitaciones.

En la sala principal habían puesto un Santo y elegante Nacimiento, lleno de esas expresivas figuras de barro, que sólo a los artistas de Granada cabe hacer.

Allí estaba el Portal de Belén, cubierto de nieve; allí el Niño de Dios, en su cunita de heno; a su lado la Virgen y San José; más atrás la mula y el buey; más adelante pastores y zagalas, los unos con sus corderos, las otras con sus gallinas y sus cestas de huevos.

Luego, más lejos, la montaña con torrentes de cristal y peñascos de talco; en una revuelta, el tradicional ventero asomado a la ventana y negando la hospitalidad a los sagrados esposos; sobre una roca, el ángel apareciéndose a los pastores, los cuales, muy serios y muy formales, en torno de la lumbre y de una caldera, donde se cocía un recentado; en una hondonada, un puentecillo rústico y un rebaño que pasaba por él; aquí un ciervo que corre, allí una liebre que brinca; en

lo alto, un molino de viento, y a lo lejos los Reyes Magos, guiados por la resplandeciente estrella, la cual asomaba por arcos de boj y columnatas de tejo y mirto.

Tal era el precioso Nacimiento que Ana, por un capricho de niña, por un recuerdo tal vez de otros tiempos, había querido poner.

Delante del bonito altar, una multitud de muchachos y muchachas, hijos todos de las familias convidadas, cantábanle a voz en grito, al compás de las zambombas y panderos.

La casa de Pedro era, por consiguiente, una pequeña Babel.

Los dos acontecimientos de ella, esto es, la Nochebuena y la ratificación del contrato matrimonial, tenían su marca espontánea y natural.

Del primero ya hemos dicho cuanto hay que decir, del segundo sólo debemos manifestar que se firmó el expediente matrimonial con alegría de todos, y que, enseguida, se puso la mesa para celebrar con entera satisfacción un acontecimiento, que daba nueva forma a aquella familia.

-¿Hemos dicho con alegría de todos?-.

Pues qué preguntarán nuestros lectores.

-¿Es que en cuatro meses que han transcurrido se ha (metamofoadado) metamorfoseado de tal manera el corazón de Ana que ya olvidado todo lo pasado, hasta el recuerdo del antiguo nombre de Rafael?-.

Difícil es contestar a esta pregunta.

Si se ha de juzgar el corazón humano por los efectos exteriores; Ana lo había olvidado todo, promesas de amor y nombre.

Si se ha de rondar eso que se llama corazón, y que para nosotros es un abismo, como ha dicho muy sabiamente un poeta inglés, ya es otra cosa.

Ana conservaba todo el amor hacia Rafael, como se conserva una corona de siemprevivas sobre la losa de una sepultura.

Pero Ana, al mismo tiempo comprendió que, siendo imposible su amor hacia un cadáver, debía aceptar el amor de otro hombre digno y honrado.

Verdad es que en esto no entraba su voluntad por completo.

-¿No se había interesado su corazón en favor del que iba a ser su esposo?-.

Poco a poco, sí; no era posible odiar a un hombre de las condiciones de Carlos; pero de odiar a amar como había amado a Rafael, había una distancia inmensa.

Ana, pues; aceptaba, en conclusión, el casamiento por ese afán, que es innato en la mujer, de no aparecer como olvidada por la humanidad.

Entraba algo de orgullo en aquel enlace, y de aquí el que la veamos contenta y satisfecha con la alegría de sus padres, de su futuro esposo, de sus deudos, de sus criados y de todos los concurrentes.

Cierto es, que a lo mejor, una sorda lanzada de la conciencia le hacía mirar para atrás, y entonces surgía la sombra de Rafael, o lanzándole una mirada compasiva, o arrojándole una maldición.

Pero ella misma procuraba desvanecer estos fantasmas de lo pasado y entonces miraba a Carlos con ternura, escuchaba de éste aquellas palabras de amor que en otro tiempo hubiera desechado y se engolfaba, por decirlo así de una vez, en el océano de lo presente, para no moverse perseguida y atormentada por imágenes y recuerdos extinguidos.

Tal era el estado de su corazón en aquella noche venturosa.

Se hablaba de su matrimonio, el cual tendría lugar el día 28 de Diciembre, día de los Inocentes.

Y se verificaba el matrimonio este día, porque era preciso correr las amonestaciones durante la festividad de la Pascua.

Había habido grandes debates sobre este importante asunto.

Carlos y Ana se habían opuesto a esa publicidad solemne que la Iglesia da a estos actos; diciendo que por medio de un mandamiento cerrado se conseguía el mismo fin; pero los padres de ambos contrayentes, cristianos viejos, manifestaron que ellos se habían casado así y que sus hijos se casarían del mismo modo; que ellos habían ido al templo para recibir la bendición nupcial, y que no consentirían que no consentirían que el cura viniese a la casa para celebrar una boda que siempre debía de hacerse en la casa de Dios.

Después de esto, todo corrió serenamente hasta el momento en que, una vez tomados los dichos, se sentaron a la mesa para celebrarlos y celebrar, al mismo tiempo, la Nochebuena.

La mesa se había puesto en la cocina, que brillaba alegremente; merced al espléndido fuego del hogar y a las numerosas luces que ardían por todas partes.

Los que no conozcan estas cocinas espaciales, no pueden figurarse el carácter especial que tienen.

Imagínense unas paredes blancas, cubiertas de mil objetos de cobre y azófar, que relumbran como astros.

Luego, una chimenea colosal, en cuya repisa existen, colocados artísticamente, cacharros de todas las formas.

En los costados laterales unas vaseras, que sostienen multitud de copas de cristal.

Debajo, una balaustrada de madera con jarras de Guadix (1), encarnadas como la sangre, que tienen el perfume del búcaro y en cuyo seno alfarero; que conserva la remembranza del artista árabe, ha puesto mil graciosos caprichos con ramos, flores, peces, aves y esponjas.

**(1) Estas jarras han figurado en exposiciones nacionales y extranjeras, donde han alcanzado premios y menciones honoríficas.**

Luego que aún más abajo veré la cantarera; donde en cántaros, encarnados también, cubiertos siempre con una blanca toalla, se conserva un agua pura y cristalina.

Y podrán formarse una idea de lo que es una cocina de labradores ricos en la ciudad que hemos nombrado.

El cuadro no podía ser más animado. La conversación no podía ser tampoco más alegre; aunque la noche era cruda y terrible, se hallaba el amor de la lumbre.

Importaba poco el ruido del viento y de la lluvia, que resonaba en la parte afuera.

En aquel momento los chicos, que estaban delante del Nacimiento, cantaban en coro:

La Virgen va caminando  
por una montaña oscura,  
ha saltado una perdiz  
y se ha espantado la mula.

Un estrépito espantoso de panderetas y zambombas siguió al último eco del canto.

-Esos diablillos no nos van a dejar que cenemos tranquilamente-, exclamó con filosófica resignación don Cándido de los Ríos.

De pronto, la voz clara y transparente de un niño, algo lastimera y triste, entonó la siguiente copla:

Madre, en la puerta hay un niño

más hermoso que un lucero,  
sin duda que tiene frío  
porque el niño viene encueros.

Entonces, otra voz de niña, fingiéndose gangosa, respondió de este modo al primer canto:

Pues dile que suba,  
Se calentará.  
Porque en este pueblo  
Ya no hay caridad.

A esta última palabra el coro general, de chicos y chicas, entonó el siguiente estribillo:

Ni nunca la habido,  
Ni nunca la habrá.

-¡Jesús!, Jesús!-, exclamó a su vez la mujer de don Cándido, -nos van a volver locos con ese griterio. ¿No pudieran enmudecer por algunos instantes?-.

-Señora-, contestó Pedro, -esta noche es Nochebuena y es la noche de los niños; alegradlos, que canten como nosotros cantábamos cuando éramos muchachos-.

-Además, es cosa muy buena lo que dicen-.

-Créalo usted, cuando oigo estas voces puras y ese idioma del corazón, siento una cosa que no le sé explicar; pero ahora continua el canto; Escuche usted-.

En efecto, la primera voz del niño volvióse a oír continuando el tierno romance. Decía así:

Entra el niño, y se calienta  
Y después de calentado,  
La patrona le pregunta  
En qué pueblo se ha criado.

Y respondió otro niño:

Yo soy de Belén  
Mi padre del cielo  
Mi madre también.

Otra nueva algarada de voces repitió los dos últimos versos de este estribillo, hasta que la voz de la niña cantó lo siguiente:

Hacedle la cama al niño



con blandura y con primor.  
Señora no quiero cama,  
que mi cama es un rincón  
tal lo quiso el cielo.  
Desde que nací,  
hasta que me muera  
ha de ser así,  
ha de ser así.

Respondió el coro de muchachos con un estrépito infernal.

El son del cantor volvió enseguida a sonar:

Al amanecer la aurora  
el niño se levantó  
y le dijo a su patrona  
que se quedara con Dios.  
No te vayas , niño  
que nevando está  
y con tanto frío  
te puedes helar.

Entonces; el coro general, con más fuerza que nunca grito heroicamente el estribillo, no sin añadir lo siguiente:

Anda con Dios, niño  
con Dios anda ya  
que tu boca exhala  
perfume sin par,  
perlas y rubíes  
en tu rostro están,  
bellos querubines  
cercándote van.  
Adiós niño mío  
adiós tu quedad (1).

-¡Este es el fin del mundo!-, exclamó don Cándido tapándose los oídos.

-Esto no es Nochebuena, es un terremoto. Nos quedamos sordos sin remedio. Estos chicos se han propuesto hasta asustar al Niño Dios, con tanta algahaza. Ni en el mismo Portal de Belén hubo un ruido tan colosal. ¡Ya ven ustedes, apenas nos entendemos!-

-Creo que han concluido de cantar-, observó María, calmándole y sonriéndose bondadosamente. -Lo que han cantado es una cosa muy bonita-.

-¡Bonita!-, contestó don Cándido, -no digo que no sea todo lo bonito que usted quiera, pero la verdad es que el señor notario eclesiástico- (y señaló a un caballero que tenía al lado), -me estaba hablando de cosas muy interesantes y no he podido oírlo bien-.

-¿Sí?, preguntó Pedro.

-Figúrese usted, hombre; figúrese usted-, añadió don Cándido, -decía el señor notario que esta noche ha llegado una compañía de soldados-.

-Es cierto-, respondió uno de los convidados, -los soldados vienen los pobres hechos una sopa. Ha llovido y llueve tanto...-.

-¿Y se sabe lo que significa esa compañía?-, preguntó don Cándido, con acento alarmado. -Porque, a la verdad, soy amante del sosiego y no quisiera que tuviéramos motivos de alarma. Nosotros, los comerciantes, debemos estar muy sobre aviso, porque figúrese usted...-.

-¡Hombre!-, contestó Pedro a su convidado, -yo me fijo en todo lo que usted quiera; pero la llegada de esos soldados, no es causa para que se inquiete por tan poca cosa-.

Iba a continuar la conversación, cuando en aquel momento llamaron a la puerta.

Pedro, el vigilante amo de la casa, volvió la cabeza, miró a sus criados y exclamó:

-¡Parece que llaman!. Mi puerta está abierta para todo el mundo, particularmente esta noche. Que pase el que sea-.

Al decir esto, sintióse el taconeo de unas botas en las escaleras.

Todos volvieron la cabeza para ver quién era el que venía.

## VII

### EL ALOJADO

No hubo tiempo para más.

Acababa de presentarse en la puerta de la cocina un gallardo capitán de cazadores, seguido de dos asistentes, llevaba en la mano una bolita y, preguntando por el dueño, la entregó de una manera fina y delicada.

-Dispéñeme usted-, dijo, -si vengo en este instante a interrumpir la tranquilidad de esta casa, pero no es culpa mía; me han señalado este alojamiento y aquí tiene usted la razón de mi venida-.

-Si usted considera que puedo serle inoportuno mandaré buscar otra boleta-.

-No lo consentiré jamás-, contestó Pedro levantándose. -Aquí encontrará usted cuanto necesite: casa, cama y cena-.

-¡Pues bueno viene usted para andar con escrúpulos!. ¡Está usted hecho una sopa!-.

-El agua cae a torrentes y no consentiré jamás que cambie usted de domicilio, a menos que no le agrade esta pobre casa-.

El capitán se inclinó con agradecimiento.

-Acérquese usted a la lumbre-, exclamó María levantándose. -Es preciso, está usted helado. Desde luego suspenderemos la cena, hasta que se siente usted a la mesa con nosotros-.

-Ya verá usted, esta noche es Nochebuena y todo el mundo, hasta los pájaros, tienen que comer y cama para dormir-.

Y con el cuidado más solícito condujo al capitán hacia la chimenea.

Todo el mundo se separó, para hacerle lado.

-Que se acerquen esos militares que vienen con usted-, prosiguió María. -¡Pobrecitos, y cuantos trabajos y cuantas penalidades sufren!-.

-Sí, que se acerquen-, añadió Pedro llamándolos.

-Yo haré que mis criados suban el equipaje-.

-Es que tengo un caballo-, observó el capitán.

-Gracias a Dios, cuerdas hay en la casa para él. Descuide usted señor militar-.

Y dando inmediatamente sus órdenes, dos criados partieron solícitos para llenar los deseos de Pedro.

Como era consiguiente; todos los que estaban en la mesa, se levantaron para acercarse al oficial; el cual se presentaba cada vez más agradecido con las atenciones de aquellas gentes.

El fuego se avivó de nuevo; uno de los asistentes se acercó a su amo y le quitó el poncho, mientras el otro le trajo un gorrito militar con visera plana.

En aquellos primeros instantes, y preocupados todos por el interés y la novedad, nadie había fijado su atención en la figura del capitán.

Era éste un gallardo joven de veinticinco años; alto, de elegante figura y de noble y marcial continente. Una barba negra y lustrosa cubría parte de su semblante. Sus ojos eran claros y luminosos, su cutis suave, fino, a pesar de estar curtido por el sol y por la intemperie.

Ceñía a su cuerpo una levita militar, llevando en la manga los galones de oro y las tres estrellas de su empleo. Sobre el pecho ostentaba dos cruces de San Fernando y la cruz de plata con la medalla conmemorativa de la campaña de África.

Para todos aquellos pacíficos observadores, las cruces y la apostura del capitán eran motivos de admiración y sorpresa.

-¡Qué tal!-, decía don Cándido al oído del notario eclesiástico; -lo que es ese mozo, no debe ser cobarde-.

Ya ve usted, el calvario que lleva en el pecho-.

-En efecto-, replicó el interpelado, ¡tan joven y ya capitán!. No cabe duda que será un valiente-.

Mientras tanto, el héroe de tanta atenciones, después de haberse calentado algunos instantes, exclamó dirigiéndose a Pedro:

-Pero, por Dios, señores, que no sea yo motivo de tanta incomodidad para ustedes. Siento que mi presencia haya turbado, aunque sea por momentos, la tranquilidad que hace poco disfrutaban-.

-No piense usted en eso-, replicó Pedro, -caliéntese bien y enseguida vendrá usted a la mesa con nosotros-.

-Gracias-.

-¡Qué gracias, ni que calabazas!; cenará usted lo que Dios nos dé. En mi casa, señor capitán, cabe todo el mundo y esta noche, particularmente, mucho más-.

-Con que así, fuera de cumplimientos; yo soy de aquellos que llaman al pan, pan y al vino, vino. Ahora lo que conviene, ya que ha templado el cuerpo, es calentar el estómago-.

-Vamos a ver, señora Teresa, ponga usted un cubierto al capitán. Aquí, hacia esta parte de la mesa, para que el calor de la lumbre le dé por la espalda-.

-Enseguida, sirva usted un buen trago a esos dos muchachos; bueno es que se preparen para hacer ganas de comer. Con que siga la cena y siga la alegría-.

Como si esta última palabra hubiese reanimado aquel cuadro, tan lleno de por sí de animación, todos los muchachos y muchachas de la sala entonaban el siguiente villancico:

A orilla de una fuente

La Virgen lava  
los pañales del Niño.  
¡rica colada!  
En la hierba del campo  
los ha tendido.  
¡Todas las madre selvas  
han florecido!.

Pero variando, repentinamente, de tono, continúa el son:

Dijo Melchor,  
que lo suban, que lo bajen,  
lo bajen, lo suban  
del Caramandrón.

-Ya principia de nuevo el terremoto-, exclamó don Cándido, sentándose a la mesa. -Pido, amigo Pedro, por más que sea Nochebuena, que se supriman las zambombas, los panderos, los rabeles, las guitarras, las coplas y los nacimientos-.

-Mejor es que suprima usted los muchachos-, le contestó María con acento de burla. -Se espanta usted de esto ruidos y, dentro de tres días, no será malo el que tendrá usted en casa-.

-¿Por qué me dice usted eso, señora?-.

-Pues se le ha olvidado que es usted hermano mayor de las Ánimas de San Miguel y que, por consiguiente, habrá bailes, rifas, apuestas, músicas, floreo, etcétera, etc.-.

-Tiene usted razón, señora; tiene usted razón y doblego la cabeza ante este estrépito infernal que arman los chiquillos-.

-Por supuesto que ya saben ustedes, que siempre son los primeros convidados. Con que, he dicho, y me doy un punto en la boca-.

Este pequeño incidente no pudo, sin embargo, desviar la atención general del oficial de cazadores. Todas las miradas convergían en él.

Su noble aspecto, marcial apostura y vigorosa juventud, aumentaba las simpatías que inspiraba.

Su conversación era amena, fácil, elegante e instructiva, sus modales no podían ser, ni más escogidos, ni más delicados; y, todo esto, reunido al prestigio que dá siempre el uniforme, lo hacían el héroe de la fiesta.

La cena se prolongó largo tiempo de la noche.

La conversación iba siendo cada vez más animada, y Pedro se encargó de satisfacer la curiosidad de todos respecto al capitán.

-Malos ratos deben ustedes pasar en la milicia-, preguntó el patrón, con su natural franqueza. -El día de hoy habrá sido cruel-.

-Así, así-, contestó el capitán sonriéndose. -Por fortuna la jornada ha sido corta; y a no haber sido por el río Fardes, que apenas hemos podido wadear, hubiésemos estado temprano en Guadix-.

-¿Vienen ustedes de muy lejos?-.

-De Ceuta-, contestó el capitán.

El nombre de esta plaza hizo estremecer a Ana.

Porque fuerza es decirlo en este momento; Ana, desde el instante en que había visto al alojado, experimentó una profunda y extraordinaria inquietud en su corazón.

Quería mirarlo y no podía. Sin saber cómo, hasta su voz la hacía temblar.

El diálogo continuó.

-¡De Ceuta!-, exclamó Pedro, -es decir, ¿de África?-.

-Si señor. La fuerza que me acompaña es parte de los heridos, que han sido dados de alta en los hospitales de Tetuán y la plaza nombrada-.

-Hoy regresamos a España, y vamos a incorporarnos a nuestro cuerpo, que está de guarnición en Valencia.

-¿Y es usted, acaso, uno de los heridos?-, preguntó Pedro.

-También-, contestó el capitán modestamente.

-Puedo decir que he estado siete meses entre la vida y la muerte-.

Un ademán de compasión general se extendió por la concurrencia.

En aquel capitán veían todos, además de un héroe, un valiente que había derramado su sangre en la gloriosa campaña de África.

Ana levantó los ojos, pero los volvió a bajar con rapidez.

-Bien se conoce-, observó Pedro, -lo mucho que habrá usted luchado y sufrido, cuando tiene el pecho cubierto de tan honrosas distinciones-.

-He cumplido, tan sólo, con mi deber-; contestó el capitán. -En África era preciso hacer más de lo que se podía. El último de los soldados ha luchado más que yo. He visto morir allí, a muchos hombres atacados del cólera, en medio de una acción; no queriéndose retirar del campo, por no perder la gloria de la jornada-.

Una exclamación general fue la contestación de todos.

Ana se sentía dominada, poco a poco, por aquellos recuerdos.

Aquel alojado de tan noble, como gentil continente; le traía sin cesar, a la memoria, el eco de un bien perdido, de una esperanza extinguida.

-¿Y cuándo?-, en el mismo momento en que se hallaba dispuesta a entregar a otro hombre su corazón y su alma.

Pálida y conmovida; sin atreverse apenas a levantar la mirada, no perdía, sin embargo, el más ligero detalle de la conversación; la cual iba despertando en ella todas las punzadas del dolor y todos los gritos del remordimiento.

Pero si Rafael había muerto, -¿por qué aquella agitación?, ¿por qué la profunda y dolorosa inquietud que la dominaba?-

Carlos había comprendido algo de lo que pasaba en las profundidades del corazón de Ana; pero, prudente y reservado hasta lo sumo, no se dio por enterado de la advertencia.

El diálogo continuaba mientras tanto.

-No cabe duda-, exclamó Pedro, -que se han visto hechos históricos y admirables en esa campaña. ¿Ha asistido usted a toda ella?-

-Desde el 19 de Noviembre, que se dió la primera acción, hasta el 4 de Febrero, en que se ganó la batalla de Tetuán, he asistido a todos los combates-.

-¿Y fue usted herido en esa batalla?-

-Sí señor. En el momento mismo de apoderarme de uno de los cañones del campamento marroquí, fue cuando recibí la bala que me ha traído postrado por tanto tiempo-.

-Verdad es que el moro que me hirió, recibió allí mismo el castigo; pero yo con entre los muertos y por muerto se me tuvo, hasta que fui recogido por las hermanas de San Vicente de Paúl, que marchaban detrás de nuestro campamento.

-¿Y cuál era el cuerpo en que usted servía?-.

-En los cazadores de Alcántara-.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un apagado grito, grito que parecía arrancado del alma, resonó de repente en torno a la mesa.

Todos volvieron la cabeza y, entonces, echaron de ver que Ana se había desmayado.

Al mismo tiempo, una mirada profunda, negra, y sombría se escapó de los ojos del capitán.

Miró por primera vez a Ana, y una sonrisa de venganza se dibujó en sus labios.

## VIII

### EL COPO DE NIEVE

Preocupado todo el mundo con la novedad, nadie pudo ver aquella mirada, ni aquella sonrisa.

El mismo capitán fue el que corrió primero, con un vaso de agua en la mano, para refrescar las sienes y el pulso de la hermosa joven; la cual, volvió en sí a los pocos momentos.

Cuando Ana abrió los ojos, los fijó en su madre, de una manera dulce y tristísima al mismo tiempo.

Carlos estaba pálido como la muerte. Se hallaba silencioso y presentía algo de siniestro en aquel suceso inesperado.



-¿Qué ha sido eso?-, preguntó María Fernández a su hija, con esa ansiedad que solamente se comprende con el corazón de una madre.

-Nada, un pequeño mareo-, contestó Ana, queriendo sonreírse.

-Sin duda el calor del fuego... El ruido de los niños que están en el Nacimiento... ¿Qué otra cosa puede ser?-

-A fé de Pablo Villagómez-, exclamó en aquel momento el capitán, -que no hubiese querido ser la causa de la indisposición de usted, con la relación de los sucesos de África-

Ana se estremeció al oír aquella voz, pero la absoluta tranquilidad del capitán, la calma que se veía en todo su semblante, el nombre completamente desconocido que acababa de pronunciar, hicieron que la hermosa y pálida niña levantase los ojos y quedase sosegada del todo.

Apareció, por consiguiente, en su semblante cierta quietud, que hasta aquel momento no había tenido, esparciéndose por sus mejillas el puro color de la juventud.

Lanzó Ana al militar una mirada de agradecimiento y quedó sonriéndose con su madre, como si nada hubiera ocurrido.

Restablecida la calma, convencidos todos los invitados de que el accidente de Ana había sido un ligero vahído, sereno e indiferente el capitán, pero inquieta María Fernández y más inquieto Carlos Fuster; prosiguió la cena como si tal cosa no hubiera ocurrido y, por tanto, prosiguió la conversación sobre cosas indiferentes.

Mas como siempre hay en todas parte mujeres curiosas e imprudentes, la esposa de don Cándido de los Ríos volvió a traer a colación los hechos de África; pero de la manera más inoportuna del mundo.

-¿Con que usted es de los cazadores de Alcántara?-, preguntó dirigiéndose al capitán.

-Servidor de usted, señora-, replicó el alojado, inclinándose.

-Entonces; conocería usted a un joven chico, de este mismo pueblo, que servía en ese batallón-

Ana se puso pálida de nuevo; aquella imprudencia era, ni más, ni menos, que el vivo recuerdo de su corazón.

Pero la mujer de don Cándido, que iba tan sólo a satisfacer su curiosidad, no se detuvo en nada.

El capitán fijó en ésta, sus expresivos ojos.

-Señora-, contestó, -no es fácil, por cierto, saber todos los nombres de los individuos de un batallón-.

-Es que por el muchacho, por quién pregunto, murió en la batalla de Tetuán, si mal no recuerdo-.

-Eso es otra cosa, ¿cuál es su nombre?.

-Rafael Álvarez-.

Este nombre que resonó en el alma de Ana, la hizo prestar una atención extraordinaria a aquel diálogo.

Latía su corazón violentamente y, aunque todo aquello le causaba un dolor inmenso, deseaba oír algo que tuviese relación con la memoria de su antiguo amante. Dominose cuanto pudo y escuchó.

Todos los convidados, guiados por la curiosidad, hicieron lo mismo.

María Fernández, sin embargo, no separaba los ojos de su hija.

Carlos Fuster seguía cada vez más pálido; mientras que daba vueltas, con la mano, a la cadena de su reloj.

El capitán, fuera por casualidad o por recordar mejor, se llevó la mano a la frente, dejándola caer a lo largo de su semblante.

-¡Rafael Álvarez!-, exclamó. ¡Ah, sí, lo recuerdo!. Era el teniente de la cuarta compañía. ¡Pobre chico!, murió, señora-.

Todos hicieron un gesto hipócrita de compasión; mientras Ana, inclinó lentamente la cabeza sobre el pecho.

Poco después, levantose silenciosamente, -¿a dónde iba?-.

No podía resistir más y se retiraba a su cuarto. Su madre la siguió.

La conservación se hizo más general, las preguntas llovían sobre el alojado; éste, contestó a todos con discreción y talento.

Pedro, que era curioso como toda la gente de los pueblos pequeños, no se cansaba de interrogar y, por lo tanto; supo, con alegría, que aquel capitán tan guapo, tan fino, tan elegante, iba a detenerse en Guadix los días de Pascua.

-Como lo soldados que me acompañan van, aún todavía, convalecientes de sus heridas-, exclamó el capitán, -es justo que descansen durante la Pascua en este

pueblo, en que ha dado la casualidad que nos ha sorprendido la Nochebuena. Tendré, por tanto, el disgusto de molestar a usted en estos días-.

-Antes al contrario-, contestó Pedro, -así gozaré de la satisfacción de que nos acompañe usted a la boda de mi hija-.

-Pues qué, ¿se casa su hija de usted?-, preguntó el capitán con sencilla curiosidad.

-El día de los Inocentes, caballero-.

El capitán agradeció, cortésmente, la invitación y terminó por aceptar la honra que se le hacía.

Poco después; volvió a presentarse María Fernández, diciendo que a Ana le dolía un poco la cabeza, por lo que la cena se dio por terminada.

Las impresiones habían sido rápidas, fuertes e inesperadas, y el resultado fue que Ana tuviese calentura toda la noche.

Durante las horas de ella; la hermosa joven vió, en el fondo de su mente, la imagen del capitán; unas veces risueña y otras sombría; pero que, a semejanza de un espíritu, penetraba en su habitación, que se sentaba junto a su lecho y, mirándola de hito en hito, parecía pedirle cuenta de lo pasado como si tuviese algún derecho para ello.

Se figuró descubrir en el foco de su mirada; la mirada que, en otras épocas, la había fascinado con todo el prestigio de su amor; parecióle escuchar misteriosas conversaciones; creyó descubrir en la fisonomía del alojado, algo que tenía semejanza con la fisonomía de Rafael; y hubo momentos en que se figuró ver a éste, no como era, sino como debía ser en el instante de caer moribundo bajo el plomo de los marroquíes.

Y así pasó la noche, ignorando si dormía o velaba, luchando con los vagos fantasmas de su pensamiento, hasta que el primer rayo de sol del día hirió sus pálidas mejillas.

Entonces, sacudió de su mente todas las sombras de la noche; se acordó de la realidad, de Carlos, de su situación, de que los muertos no pueden salir de sus sepulcros y de que el capitán alojado en su casa era tan sólo un compañero, un amigo tal vez de aquel Rafael, tan amado después de la muerte, como olvidado durante su vida.

Una vez más serena, comprendió que era inútil mortificarse con vanas y efímeras aprensiones; se dijo a sí misma que ya las cosas no tenían remedio; pensó en que Carlos podía hacerla feliz; reflexionó en su próxima boda, en el contento de sus padres, en la satisfacción de todos, y acabó por fortificarse contra las sensaciones oculta de su alma y los remordimientos secretos de su corazón.

Hizo votos de estar contenta, de desterrar de su pecho aprensiones inútiles; de mirar con indiferencia al alojado, por más que encontrase en su semblante un recuerdo, tal vez un parecido, de la fisonomía de Rafael.

Y cuando entró su madre, para ver como había pasado la noche; le dijo que estaba buena del todo y que quería aprovechar aquellos tres días, que le quedaban de libertad, para divertirse y distraerse todo lo que pudiera.

María escuchó a su hija, llena de placer y le contestó que en virtud de haber un baile de Ánimas el día inmediato, en casa de don Cándido de los Ríos, allí iban todas las tardes y parte de las noches, con objeto de lograr lo que Ana deseaba.

Ésta se levantó contenta, no sabemos si real o aparentemente. Cuando bajó a la cocina, se encontró con el capitán, que se estaba calentando tranquilamente.

Se saludaron; pero Ana, sin saber por qué, se puso pálida.

El alojado, aparte de su natural cortesía, permaneció indiferente.

Le preguntó si estaba mejor; habló del tiempo, el cual estaba frío y nebuloso y concluyó por permitirse alguna broma delicada respecto al próximo enlace que la esperaba.

Ana no se atrevió a resistir la mirada del capitán y bajó la vista.

Poco después se sirvió el desayuno.

Pedro encontró en su alojado un pozo inagotable de noticias nuevas y extrañas para él, y no le dejaba un instante.

Como el cielo estaba cubierto de nubes oscuras, lo que anunciaba una abundante lluvia o una próxima nevada, el día se pasó a resplandor de la lumbre.

Por la noche hubo baile, pero de esos bailes donde las guitarras suplen a otros instrumentos y donde las castañuelas recuerdan las zambras morunas, bajo la sombra de las palmeras.

En estos bailes, donde se confunden todas las clases, donde los criados alternan con los amos, hay cierta cosa dulce y poética que fascina.

Ana, fiel a sus propósitos de la mañana, estuvo alegre y se divirtió cuanto le fue posible. Todas sus amigas la rodeaban; y Carlos, mucho más contento y satisfecho, cruzó con ella algunas palabras tiernas y cariñosas.

El baile tuvo efecto en la sala donde estaba puesto el Nacimiento.

Las amorosas cadencias de los villancicos y el eco, acompasado y algún tanto lánguido, de las guitarras, resonaban dulcemente entre el movimiento de la multitud.

Solícitos criados distribuían en grandes bandejas turrone, mantecados, almendrados y mazapanes y, por todas partes, brillaba la alegría y la satisfacción.

Aquel baile, aquella fiesta era, por decirlo así, la precursora de la unión de Ana; por consiguiente, era la heroína de todas las conversaciones, el blanco de todas las miradas, el espejo de todas las sonrisas.

Aquella tenía, la hermosa joven, palabras para todo el mundo, comñia como en otros tiempo más dichosos, sonreía a todas sus amigas y, por último, acabó por bailar dos o tres veces, con la elegante gracia que tanto la distinguía.

Luego que se hubo cansado y, después de recibir las tiernas caricias de su madre, que estaba loca de alegría, se dirigió a la cocina, a fin de dar algunas disposiciones.

Reconocía en ella, casi de repente, aquel bulle bulle de otros tiempos y, ya que por momentos, tal vez, volvía a ser la joven alegre y risueña; quiso ver si sus criados se divertían.

Desde la sala donde estaba el Nacimiento hasta la mencionada cocina, había que atravesar primero una antesala ancha y espaciosa, luego descender por una escaleras y llegar a una meseta grande, en la que se abría una puerta para entrar en aquel departamento.

En la pared de la izquierda de esta meseta, o sea, la que formaba el muro maestro de la casa por aquella parte; se abría una dilatada ventana, la cual caía precisamente al huerto.

Descubríase, a la sazón, por esta ventana un cielo blanquecino lleno de vapores, de los que se desprendían copos de nieve, que voleteaban en el espacio como mariposas blancas.

La ventana estaba abierta de par en par; los brazos, negros y descarnados, de los árboles del huerto se dibujaban a través de aquella helada bruma; de pié, inmóvil y contemplando aquel triste y sombrío espectáculo, se hallaba el capitán de cazadores de Alcántara, el alojado de la noche anterior, don Pablo Villagómez que, con la cabeza descubierta, parecía encontrar un placer y un consuelo al recibir la impresión de aquella áspera temperatura.

Una tristeza infinita se dibujaba en su varonil semblante y, en el momento en que Ana reparó en él, echó de ver que sus ojos negros y rasgados miraban el cielo; como si allí buscara la esperanza que, tal vez, le faltaba en la tierra.

Ana, sin saber la causa, acaso por el estado mismo de su corazón, perdió instantáneamente su alegría y se estremeció, al ver a aquel hombre en una actitud tan extraña y silenciosa.

El capitán sintió el roce del vestido de la joven y volvió rápidamente la cabeza, se encontró frente a ella.

Borró, al punto, la triste y severa expresión de su semblante y exclamó:

-¡Ah!, ¿es usted?, No lo esperaba-

-Yo creía-, replicó ella, con acento balbuceante –que estaría usted en el baile-

Sonriose el capitán de una manera dolorosa; clavó sus negros ojos en el pálido semblante de la joven y, después de mirarla con profunda atención, dijo:

-No, el baile me causa... Me dolía un poco la cabeza y he venido a este sitio para recibir las emanaciones de la noche; que son, muchas veces, las que consuelan al desgraciado y dan vigor a su espíritu.

-Yo siempre, señorita, he tenido por amiga a la soledad y aquí me encuentro, en esta ventana mirando ese huerto cubierto con las ruinas de la naturaleza. Y contemplando ese cielo, lleno de sombras; como suele, muchas veces, estarlo el corazón humano-

Había en el lenguaje del capitán un sentimiento tan profundo, que la joven se sintió como dominada por aquel lenguaje.

-¿Es decir?-, replicó Ana, -que usted encuentra en todo esto un placer, como otros encuentran un malestar-

-Justamente; placer del alma, que encuentra lecciones elocuentes en todo lo que está viendo; placer de corazón, que acaso busca recuerdos en el mismo espectáculo que tenemos delante de nuestra vista-

-¡Recuerdos!-

-¡Y que qué no!. ¿Quién, en el curso de la vida, durante una noche serena o tempestuosa como la presente, no habrá tenido un momento en que el corazón, sólo la soledad, sólo Dios, hayan sido testigos de lo que ha podido pasar en ese espacio?.

-Quién puede saber esas misteriosas confidencias, que se escapan, a veces, a través de una reja como esa que hay en el huerto de enfrente de nosotros?-

-¡Ah, señorita!. Yo busco los misterios de la noche, como otros buscan los misterios de la vida. Perdone usted si he podido incomodarla-

Ana estaba confundida, temblaba... Aquel hombre parecía leer en el fondo de su pecho.

-¡Ah!-, exclamó por último, ¿por qué he de perdonar a usted?... Habla usted de cierto modo que me asombra-.

-Yo soy así-.

Y extendiendo la mano fuera de la ventana, recogió en la palma de ella uno de los grandes copos de nieve, que caían de la atmósfera.

-Yo soy así-, con acento trémulo-; la naturaleza me enseña muchas cosas-.

-¿Ve usted este copo de nieve?. Es blanco, es puro, tiene la aureola inmaculada de su propia candidez. Pues bien, contemple usted; poco a poco, mire usted como se derrite, como se disuelve, como desaparece, en fin-.

-Qué bien, señorita, figurémonos, por un instante, que un copo de nieve es una promesa, una esperanza, más aún, un juramento; ¿qué queda de todo eso?. Nada-.

-El copo ha desaparecido y el juramento también. La naturaleza y el alma humana se dan la mano. Por eso me rió de todo. Creo que tengo razón-.

Y lanzó una carcajada, que más tenía de horrible que de risueña,

Ana dió un grito. Algo que acababa de ver en el fondo de su corazón, como en un espejo, le hizo temblar.

Creía que el capitán penetraba dentro de su conciencia; se imaginaba que en aquella voz, que aparentaba estar serena, existía un eco que, sin saber cómo, respondía a los recuerdos de su pasado amor; y aún, se figuró que el alojado se transformaba en otro ser distinto.

Entonces, sin darse cuenta de la que hacía, huyó de aquel sitio.

## IX

### EL BAILE DE ÁNIMAS

Como hemos indicado ya, el día 26 y 27 de Diciembre había bailes de Ánimas, en la casa de Don Cándido de los Ríos; que, a pesar a pesar de ser comerciante algún tanto usurero, era ni más, ni menos que el hermano mayor de las Ánimas de la parroquia de San Miguel, de Guadix.

Si al escribir, esta pequeña novela, no quisiéramos trazar algunos cuadros de costumbres, podríamos pasar este capítulo y marchar derechos al día 28 de Diciembre que era el señalado para la boda de Ana y Carlos Fuster; pero no sabemos quién ha dicho que para casarse siempre es temprano; y bueno es que es que abusemos del tiempo, todo lo posible, antes de llegar a ese último eslabón de la cadena de este libro.

Hagamos, pues, alto por un instante en el baile de Ánimas, ya que en él tenemos, acaso, que describir costumbres raras y hechos interesantes.

El primer deber del mayordomo mayor de Ánimas es reunir un crecido personal de tocadores de guitarras, bandurrias, violines, panderetas y otros instrumentos, con los que formar una orquesta **sui generis**.

La cual, está encargada; primero, de ir de casa en casa cantando villancicos, a fin de lograr alguna limosna para las expresadas Ánimas; y segundo, improvisar un baile allí donde el mayordomo cree que puede sacar mayor partido, que aumente la colecta general que se va practicando.

Estos bailes se verifican por la tarde, al aire libre, en cualquier espacio anchuroso; y por la noche, bien en casa del mayordomo, bien en alguna casa particular, cuyos dueños tienen el gusto de invitar a las Ánimas a que pasen adelante.

Acompaña, siempre, a toda esta abigarrada comitiva un personaje, del que tenemos que hacer mención.

Este personaje es conocido con el nombre genérico de Floreo.

Hemos buscado la etimología de este nombre, pero no hemos podido encontrarla.

El Floreo está vestido de un traje bufón, en parte verde, en parte amarillo, en parte encarnado.

El semblante va tiznado de negro y eleva en la mano una caña muy larga, a guisa de cetro.

Su misión no es otro, sino obligar a todo el mundo a que deposite limosna en el cepillo de las Ánimas; o de lo contrario, al que se resiente, castigarlo con la caña, a fin de que llene este deber.

Extiéndese a más la terrible jurisdicción del Floreo.

Una vez en el baile, es el juez absoluto de él, como si aquello fuera un tribunal infalible.



Para comprender la extraña y artificiosa organización de estas fiestas, vamos a dar un ligero detalle de ellas.

El baile, no es baile si se quiere; es una subasta, una puja continua, un remate especial.

En estos bailes se rifan los deseos, las miradas, las sonrisas, los abrazos de los hombres, particularmente, y de las mujeres bonitas.

El Floreo es, por lo tanto, quien cobra los derechos de estos actos; donde se interesa el corazón, y es quien lleva a debido efecto la sentencia del remate.

Ocurre, por lo general; que en el gran círculo de concurrentes, que se extiende en el puesto designado para el baile, siempre hay alguna persona que tiene deseos de bailar con una joven, que al lado de su madre está contemplando el espectáculo.

Acércase el interesado al Floreo y ofrece una cantidad de ducados para bailar con la chica que él desea.

Su chica tiene novio, hermano, un pariente, un amigo. Obligación de éstos es ofrecer mayor suma de ducados para que la turbada joven no baile.

Y, aquí, se entabla la puja, hasta que gana el uno o el otro.

Entonces la muchacha tiene que bailar, quiera o no quiera baila; aunque deseen que baile con otro y ella lo desee también.

Como este ejemplo que hemos presentado hay muchos y no deja de haber peripecias de gran interés, pues hasta los caprichos más extraños se ponen en rifa; y para librarse, de los mencionados caprichos, no hay más remedio sino pagar ducados sobre ducados, que es un primor.

Por fortuna; el ducado, no es, ni puede ser, el ducado verdadero.

El ducado de las Ánimas tiene simplemente el valor de dos maravedíes; pero esto no quita el que las apuestas lleguen, a veces, a 10.000 ducados: para librar a alguna buena moza de estúpido abrazo de algún tonto.

Basta esta ligera idea para comprender si por este medio de las Ánimas sacarán una pingüe cosecha de ducados durante los días de Pascua.

Esta misma escena, que por las tardes se verifica en público, tiene lugar por la noche en casa del mayordomo, o en alguna casa particular; si bien entonces, hay mucha delicadeza y buen gusto en las bromas a que dá lugar el sistema de semejante baile.

Con estas reflexiones, que hemos creído indispensable dar para la inteligencia de este capítulo, pasemos a la casa de don Cándido de los Ríos, en el segundo día de Pascua; o sea, de la antevíspera de la boda de Ana con Carlos Fuster.

Ésta, a pesar de la escena ocurrida la noche anterior con el capitán, escena que, sin saber como, traía a su memoria todos los remordimientos de su corazón y todos los terrores de su alma; asistió al baile de Ánimas, con una calma aparente más bien que real.

Ana tenía necesidad absoluta de distraerse; quería huir de las ideas que, a manera de sombras, espantaban su imaginación; deseaba sepultarse en el movimiento y en el ruido, para no pensar y, acaso, no ver lo que sólo existía en el fondo de su pensamiento.

Y movida por estos resortes; pálida, pero hermosa siempre, se dirigió al baile de Ánimas en compañía de sus padres y de Carlos Fuster; donde la aguardaban todas sus amigas y donde la buscaban todas las miradas.

Ana, por sí sola, era el ornamento de una fiesta de aquella índole.

Ana era la mujer hermosa, de formas puramente andaluzas, de movimientos delicados, de contornos finos y seductores y de rostro brillante y deslumbrador.

Esto, unido al gusto de su traje, a la forma delicada de su cintura, a la noble esbeltez de su cuerpo y a la belleza de su peinado, atrajo sobre ella toda la admiración de la concurrencia y los aplausos de la multitud.

El Floreo le salió al encuentro y, con la libertad absoluta de su poder, se puso de rodillas delante de la joven, tendió la caña a sus pies y le pidió la mano para besarla.

Ana comprendió todo aquello; y aunque con repugnancia, dio su mano, en la que el Floreo estampó un beso, que sonó en toda la sala.

Una salva de aplausos estalló en todas partes. Ana acababa de conquistar, por aquel acto espontáneo, todos los corazones; si es que alguno podía mirarla con indiferencia.

Y hasta el baile, que ya había principiado; se suspendió, por algunos instantes, para dejar pasar a la que tan favorecida era por la fortuna y por la naturaleza.

Ana y su familia fueron recibidos por la de don Cándido de los Ríos, con todo el cariño y la amistad que los unía.

Después de un momento, continuó la fiesta con mayor vigor y algaraza.

Ésta tenía lugar en un salón inmenso, alumbrado con multitud de luces y decorado de una manera singular.

En la parte superior; había una gran mesa, llena de numerosas ofrendas hechas a las Ánimas.

Estas ofrendas eran ramilletes de dulces, frutas, mazapanes, tortas de aceite, almendrados y otra multitud de golosinas.

Todo esto estaba destinado a rifarse, para acrecentar los fondos de la hermandad.

Al lado de esta mesa, había otra cubierta de damasco encarnado; en la que se veían dos figuras de medio cuerpo, representando la una un hombre y la otra una mujer, envueltas ambas en las llamas del Purgatorio.

Delante de una de esas figuras, una gran bandeja con el producto líquido de los ducados recogidos y de las colectas verificadas.

Los músicos estaban a la izquierda de esta mesa, y el baile enfrente de ella y en el centro del salón.

Los convidados, en todas partes; y como la puerta de la calle estaba franca para todo el mundo, veíanse en el fondo gran cantidad de curiosos y aficionados.

Allí había una espesa masa de gente del pueblo; la cual tenía derecho a hacer sus apuestas, ya en pro, ya en contra, lo que aumentaba la animación del cuadro.

Ana, cuando se sentó en medio de sus amigas, miró a todas las partes con cierta ansiedad desconocida. Sin saber por qué, buscaba con los ojos al capitán que estaba alojado en su casa; el cual, había quedado en ir al baile luego de terminar ciertos asuntos del servicio.

Pero el capitán no estaba allí.

Al que sí vio, entre los hermanos de las Ánimas, fue al presbítero don Fulgencio; aquel amigo de Rafael Álvarez, el cual se apresuró a saludarla cariñosamente.

Sonaba el cadencioso fandango, al compás del repique de las castañuelas; las numerosas parejas se cernían, por decirlo así, como entre las olas de un largo deleite; brillaban los ojos, relampagueaban las sonrisas, se escuchaba la graciosa frase de un bailador, el delicado piropo de un amante, la metáfora de algún cantante improvisado; hasta que una voz, sonora y fuerte, estalló en el fondo diciendo:

-Veinte ducados por que bailen los novios-.

Estos veinte ducados pesaban mucho en el deber de los hermanos mayores, para no cumplir este deseo.

Todas las miradas se fijaron, naturalmente, en Ana y en Carlos.

El Floreo, por medio de la autoridad de su caña, suspendió el baile y se dirigió al peticionario; el cual, era ni más, ni menos que un labrador viejo bastante conocido de todos, bastante alegre, bastante bebedor y bastante devoto de las Ánimas; que deseaba ver bailar a los novios delante de aquel noble concurso.

Ana se puso encendida y Carlos la miró, dispuesto a complacerla.

El Floreo, sin embargo, quiso saber quiénes eran los novios; en aquella multitud de jóvenes alegres y muchachas bonitas, que adornaban el salón y exclamó, dirigiéndose al labrador viejo:

-¿Y quiénes son esos novios, tío Andrés?-.

-Don Carlos Fuster y la señorita Ana Avellán. Quiero que bailen y doy, por eso, veinte ducados a las Ánimas.

Expresado tan terminantemente el deseo, el Floreo notificó la sentencia, y Ana y Carlos tuvieron que levantarse para bailar.

Pero los dos jóvenes llegaron al centro del salón, en el momento en que la música iba a producir de nuevo sus candenciosas armonías; otra voz desconocida, bronca y un tanto agitada, resonó de pronto.

-Doy cuarenta ducados porque no bailen los novios-.

Como era consiguiente; todos volvieron la cabeza, para mirar al que se atrevía hacer aquella puja y, entonces, se vió a un hombre de alta y arrogante estatura, de ojos negros, con gruesa patilla y fisonomía expresiva; que llevaba la mano al bolsillo del chaleco, para pagar la apuesta.

Y lo más extraño y singular de todo era, que aquel hombre no era conocido de nadie y nadie lo había visto en el pueblo, ni sabía su nombre, ni su condición.

Vestía al estilo de los labradores ricos de la montes de Granada, pero más gusto y más lujo que ellos; un soberbio dormán de Astrakán, un chaleco de raso oscuro, una faja de seda encarnada, pantalones bombachos con rica botonadura, botas bordadas de negro cobre y becerro blanco, capote de monte sobre el hombro y sombrero chambergo con el ala caída sobre el semblante.

Tal era el personaje en cuestión.

Todas las miradas se fijaron en él.

El tío Andrés se quedó con la boca abierta, no sabiendo quién esa su contrincante,

Por un momento, nadie supo dar razón de lo que allí pasaba.

Carlos miró a aquel hombre con extrañeza; Ana con asombro, y tal vez, con un oculto terror; -¿por qué?, ¿qué le importaba a un desconocido que ella bailase o no con su novio?-.

El tal desconocido permaneció impasible; pero el tío Andrés (picada su negra honrilla) no creyó conveniente ceder el campo y contestó:

-Si hay quien dé cuarenta ducados porque no bailen los novios, yo estoy dispuesto a dar ochenta porque bailen-.

-Ochenta ducados porque bailen-, repitió el Floreo, agitando magistralmente su caña a derecha e izquierda.

-Doscientos porque no bailen-, volvió a decir el desconocido, con la misma calma anterior.

Esto, sí no era extraño, era curioso. Había algo impolítico en aquel deseo.

No consentir que Carlos bailase con Ana; es decir, con la que iba a ser su esposa de allí a dos días; era, tal vez, provocativo y temerario.

Carlos miró por primera vez al forastero, como se le ofendiese aquella insistencia y se sintió herido en su amor propio.

El tío Andrés vacilaba y no estaba dispuesto a pujar de nuevo. El término probable de todo aquello, siguiendo las costumbres, sería el que Ana y Carlos se retirasen sin haber bailado.

Pero Carlos estaba ofendido por aquella tenacidad y, entonces, llamó al tío Andrés y le dijo al oído:

-Puje usted por mi cuenta todo lo que quiera. No debo de retirarme de este sitio sin bailar con Ana-.

Esta autorización animó al tío Andrés. Entonces acosose todo lo que pudo al montesino y le dijo, con esa sorna que es propia de la gente del campo.

-Puesto, compañero, que se empeña usted en llevarme la contra, allá va esa. Trescientos ducados por que bailen los novios-.

-Mil porque no bailen-, insistió el montañés, con su habitual indiferencia.

Esta puja se comprendió que éste llevaba un interés directo, un pequeño decidido en que Ana no bailase con Carlos.

-¿Qué significaba, pues, aquel aumento tan excesivo en la cantidad de ducados?-.

Todos los presentes experimentaron una sorda inquietud.

Mil ducados eran, ni más, ni menos, que cincuenta y ocho reales y veintiocho maravedíes y no se concebía que, un forastero, quisiera gastarse esta suma en un hecho que debía serle indiferente del todo.

El tío Andrés volvió sus ojos hacia Carlos; pero éste le lanzó una mirada indicándole que no retrocediera.

-Pues allá van dos mil ducados porque bailen-, exclamó el viejo.

-Pues para esos dos mil, tengo yo cuatro mil en contra-, replicó el forastero con su acostumbrada calma.

Esta puja era tan extraordinaria, que unos y otros principiaron a alarmarse.

Aquel hombre tenía la intención de no ceder.

Carlos, una vez pálido y otras encendido, se hallaba dispuesto a luchar hasta lo último; pero don Cándido de los Ríos principió a temer que tanta tenacidad, por una y otra parte, podría producir un conflicto; y trató de terciar, con su autoridad de mayordomo mayor y a fin de evitar las futuras apuestas.

-No se permiten más pujas-, exclamó, llevando por delante al inseparable Floreo.

-Pues que bailen-, gritaron unos.

-Pues que no bailen-, exclamaron otros.

Pedro Avellán y el padre de Carlos juzgaron prudente mezclarse en aquel acontecimiento, conviniendo que sus hijos respectivos se retirasen sin bailar.

Carlos y Ana obedecieronla, porque el montesino se adelantó hacia la mesa de las Ánimas y pagó sus cuatro mil ducados; o sea, doscientos treinta y cinco reales, en buenas monedas de plata.

## X

## LA SEGUNDA PARTE DEL BAILE DE ÁNIMAS

El forastero, así que pagó su apuesta, se retiró lentamente; recostándose con tranquilidad en el alfeizar de una ventana, ya que no había en aquel sitio sillas donde sentarse.

La música se dejó oír de nuevo y las parejas llenaron el espacio, con sus alegres y acompasados movimientos y el sonoro ruido de las castañuelas.

Carlos y Ana volvieron a su sitio y se entregaron a sombrías reflexiones, pues aquel desconocido no había dejado de producir, en ellos, una sensación inmensa.

Ana alcanzaba, sin saber cómo, un objeto contrario al que se había propuesto.

Tratando de divertirse, todo lo que fuera posible; se encontraba vivamente contrariada puesto que, sin saber con qué motivo, ni con qué derecho, había venido aquel forastero a turbar su justa y natural alegría.

Ana era de una condición que no se dejaba vencer fácilmente.

Voluntariosa siempre y acostumbrada a llenar sus más sutiles deseos, sin cortapisa de ningún género, no podía aceptar aquella esclavitud que se le imponía.

Quiso, pues, bailar; por lo mismo que parecía haber un empeño formal en prohibírselo.

Ella, que era la reina del baile, la reina de la hermosura; no podía estar relegada en un rincón.

Pasado el primer accidente, nadie volvió a pensar en él; hasta que uno de los deudos de Ana se acercó a esta, para sacarla a bailar.

Pero no bien, la hermosa joven, llena de alegría, se dispuso a salir al centro de la sala; cuando la voz del forastero se dejó oír, con la misma tranquilidad de siempre.

-Doy cien ducados porque esa joven no baile-.

A esta nueva insistencia, a esta implacable tenacidad; resultó, como era consiguiente, la suspensión del baile y el disgusto general en todos los espectadores.

Carlos se puso pálido y, sin consultar con nadie, sin mirar a nadie; se dirigió al desconocido, el cual contaba en aquella ocasión los cien ducados, con la mayor indiferencia del mundo.

Cuantos vieron el movimiento de Carlos, adivinaron que podría sobrevenir un disgusto y se pusieron a su lado.

-Parece-, dijo el joven, por último, dirigiéndose al desconocido, -que tiene usted un empeño formal en que esa señorita no se mueva de su sitio en toda la noche-.

Levantó la cabeza el forastero, miró a Carlos y, después de una ligera pausa, contestó:

-Es que soy muy devoto de las Ánimas benditas y quiero que haya muchas rifas y subastas, para que ingresen fondos en la hermandad-.

-Eso no es contestar, directamente, a lo que acabo de preguntarle-, replicó Carlos.

-Quiero saber la causa que mueve a usted, para no permitir que baile esa joven-.

-Es un capricho, caballero-.

-¿Y ésta usted dispuesto a seguir con él?-

-Tan dispuesto estoy que; o se falta a las reglas del baile o le juro a usted, bajo mi palabra, de que no bailaré esa señorita-.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de Carlos.

Allí había una amenaza, y esto no podía tolerarse.

-Eso lo veremos-, exclamó violentamente el joven.

-Lo veremos-, repitió el desconocido.

Estas voces atrajeron, como es natural, la atención de todos; en términos que, tanto don Cándido, cuanto los padres de Ana y Carlos, se mezclaron en aquella cuestión, que podía acarrear un disgusto de consideración.

Como el forastero parecía haberse introducido allí sin permiso, ni autorización de nadie; había un derecho legítimo, no tan sólo para hacerle comprender su imprudencia, sino también para despedirlo de la casa. Puesto que se veían en él marcadas intenciones de turbar la tranquilidad del baile.

Don Cándido de los Ríos tomó a su cargo aquel negocio y suplicó al forastero que tuviese a bien de retirarse de aquella reunión.

Éste, que no había perdido en lo más pequeño su serenidad, se apresuró a contestar de una manera digna:



-En primer, que no había faltado en nada, para que se procediese de aquella manera injuriosa en contra suya-.

-En segundo lugar que, siguiendo las costumbres de aquel baile, había hechos las pujas que le habían parecido convenientes, sin otro objeto que de dar, si si quiere, más animación al espectáculo y más fondo a las Ánimas.

Y en tercer lugar, que habiendo sido presentado en aquella casa por un especial amigo, don Fulgencio Escalona, creía que todo aquel extraño proceder recaía sobre este sacerdote.

-En efecto-, don Fulgencio se apresuró a ratificar cuanto el forastero había acabado de decir, y recordó al mismo don Cándido el instante en que se lo hubo presentado.

-Pero no quiero-, continuó el joven presbítero, -que unas pujas, más o menos importantes, sean motivo de disgusto entre unos y otros-.

-Yo suplico a mi amigo que deje de tomar parte en las pujas sucesivas; como también ruego a todos, que miren este hecho como una cosa sin importancia-.

El forastero ofreció, espontáneamente, que no volvería a desplegar sus labios. Y cada cual regresó a su sitio, contento por el desenlace de aquel asunto.

Por lo tanto, volvamos los ojos hacia Ana.

Cuando ésta dejó de ver que aquel desconocido tenía por amigo a don Fulgencio; sintió, sin saber por qué, frío en su corazón.

Hacía dos o tres días que algo extraordinario pasaba en torno de ella y; bien fuera por remordimiento, bien por encontrarse hechos reales y positivos, la verdad es que experimentaba sordos y profundos temores.

La presencia del alojado le traía recuerdos fúnebres a cada momento; había sorprendido alguna de sus miradas, algunas de sus sonrisas y, sin saber por qué, la hacía temblar.

Sus palabras de la noche anterior eran como un profunda y misteriosa queja del destino; queja, que como gotas de plomo derretido, caían sobre su corazón.

En suma, aquel hombre había sido amigo del infortunado Rafael Álvarez...

Luego después, la aventura del desconocido, que se empeñó para que no bailase, su amistad con don Fulgencio...

Todo esto formaba en su mente tal extraño encadenamiento de circunstancias, que la pobre niña; al retirarse por segunda vez del baile, hizo voto

de no moverse de su silla. Dispuesta a pasar la noche convertida en una simple espectadora.

Pero en el instante mismo en que más tranquila estaba Ana con el resultado de la cuestión promovida, esperando acaso distraerse con la conversación de sus amigas; sintió que una voz resonaba a sus espaldas, llamándole la atención.

Quien allí hablaba era don Fulgencio.

Ana, en aquella ocasión se pudo más pálida de lo que estaba.

-Dispéñeme usted Ana-, dijo don Fulgencio, -si he podido tener parte en las molestias de esta noche-.

-Mi amigo, es decir, ese forastero que me acompaña; no sabiendo se podía ofenderla o no ofenderla, se empeñó en pujas, creyendo que obraba dentro de las reglas de la convivencia, y ahí el disgusto que ha podido proporcionarle.

-Por su conducta, le pide a usted mil perdones y manifiesta que no volverá a desplegar sus labios, a fin de que usted pueda divertirse a su sabor-.

-Agradezco mucho ese ofrecimiento-, contestó la hermosa joven, -pero he resuelto no bailar en toda la noche; porque sin saber cómo, hace unos días, muy pocos, sin duda, que todo sale en contra de mi voluntad.

-¿Sí?-.

-No lo dude usted-, replicó Ana. -Yo no sé a que atribuirlo, pero es la verdad lo que digo-.

-Muchas veces el espíritu preocupado con ideas más o menos fuertes, nos hace creer en esos fatalismos de la casualidad, que nada son y que no tienen importancia alguna-. Contestó don Fulgencio.

-Según entiendo, la existencia de usted va a entrar en un período nuevo, en una vida desconocida, en un mundo especial; esto sólo puede dominar de tal manera la imaginación de usted, que le hace sentir lo que únicamente existe en los recuerdos de la conciencia o en las memorias del corazón-.

Ana miró a don Fulgencio como si sus últimas palabras fueran una delicada alusión a lo pasado.

-¡Oh, padre mío!, exclamó la joven, agitada por una mortal inquietud, -creo que hay un fondo de verdad en las palabras que usted acaba de decir. ¡La conciencia...!, ¡el corazón!, ¡tal vez el remordiéndolo!-.

Don Fulgencio se sonrió dulcemente.

-No hija, el remordimiento no puede existir en un alma tan pura como la de usted. ¿Por qué tenerlo?. ¿Acaso no recuerda usted mi conducta con...?-.

Ana se detuvo, tuvo miedo de pronunciar su nombre.

-¿Alude usted a Rafael?-, preguntó el sacerdote.

-Sí-.

-Y bien, su conducta de usted para Rafael no tiene de qué acusarse. ¿No lo amo usted siempre?-.

Sí..., siempre-.

¿No lo lloró usted después de muerto?-.

-Sí, padre mío.

¿Acaso, ahora mismo, no recuerda usted su nombre?-.

-Eternamente estará fijo en mi memoria-.

-Entonces, ¿a qué esa inquietud, hija mía?.

-Usted ha llenado un deber del corazón hasta más allá de la tumba... No se puede exigir más-.

-La vida, sin embargo, es siempre egoísta consigo misma; por esto mismo se encuentra usted próxima a ser la esposa de un joven digno y, acaso por esto, también sienta los temores del alma que lo le dejan descansar-.

-Parece que está usted leyendo en mi corazón-, exclamó Ana.

-Conozco un poco la conducta humana, hija mía; y veas usted aquí por lo que me expreso de tal modo-.

-Luego que el tiempo haya arrojado sus capas invisibles sobre lo pasado; cuando lo presente y lo por venir lleguen a apoderarse del todo de la imaginación, entonces desaparecerá esa ansiedad del alma que hoy parece mortificarla-.

-Imposible..., imposible, amigo mío-.

-¿Por qué?-.

¡Oh!, ¡si usted supiera!. Pero como he dicho al principio de la conversación, no parece sino que un resorte oculto y misterioso revive en mi mente esos recursos antiguos; hoy que, en virtud de las circunstancias los debía tener olvidados del todo-.

-Yo no sé qué, pero es la verdad; que a medida que se acerca el momento de mi enlace con Carlos Fuster, crecen mis aprensiones y mis temores-.

-Pero qué base tienen esos temores, hija mía, para dominarla a usted de ese modo?-.

-Se lo diré a usted, que es el único, después de Dios, que sabe el verdadero estado de mi pecho-.

-El día de Nochebuena se presentó en mi casa, como alojado, un capitán del carzadores...-.

-En efecto, sé que hay un capitán de cazadores en su casa de usted-.

-Pues bien; yo no sé como veo a ese hombre, que siempre que lo miro le encuentro una fisonomía diferente-.

-Sin saber la causa, he creído ver en él algo del semblante de Rafael, algo de su voz y algo de su mirada...-.

-Esas son aprensiones sin fundamento-.

-Eso mismo me figuré al pronto y supe dominarme-.

-Luego, durante la cena, habló de África; dijo que pertenecía a los cazadores de Alcántara, que había conocido a nuestro pobre amigo..., que lo había visto morir..., qué sé yo... Una horrible calentura se apoderó de mí; y toda la noche me figuré estar viendo a Rafael haciéndome terribles convenciones-.

-¡Ah, hija mía!-, contestó don Fulgencio, -los nuestros no se levantan de la tumba-.

-Eso mismo me dije yo al día siguiente; es decir, ayer por la mañana. ¡Pero si usted supiera...!-.

-¿Hay más?-.

-A la noche, por casualidad, me encontré sola con el capitán de Alcántara. Este hombre era otro. Tenía su frente expuesta al frío de la noche. La nieve caía sobre su semblante; me habló de las promesas y juramentos sobre lo pasado, me señaló hacia la reja del huerto, donde yo, en otro tiempo, ofrecía a Rafael un amor eterno, y... no tuve valor para más y huí de aquel sitio. No pude hacer otra cosa-.

Don Fulgencio se sonrió dulcemente y exclamó:

-Vease aquí lo que es el espíritu humano, hija mía. Siempre damos a las cosas más sencillas una apariencia extraña y fantástica-.

-Luego, esta noche...-.

-¿Qué ha pasado esta noche?-.

-Ya lo ha visto usted. La tenacidad de ese desconocido en que no baile con Carlos-.

-¿Y eso le extraña a usted?. Vamos, ya sabe usted lo que ha ocurrido, y esto no tiene importancia alguna-.

-Créame usted, Ana; en todo esto no hay más que la exaltación propia del espíritu, unida a los recuerdos de su antiguo amor. Todo esto puede desaparecer en poco tiempo. Nosotros, los sacerdotes somos los médicos del alma y voy a atreverme a darle una receta-.

-¡Una receta!-.

-Sí, ¿por qué no?. ¿No es pasado mañana la boda de usted?-.

-Lo es-.

-Pues para llegar a ese sacramento con la tranquilidad propia de un espíritu tan puro como el de usted; es necesario, hija mía, que visite a Nuestra Señora de los Dolores, a quien tiene usted una particular devoción-.

-Qué me dice usted?-.

-Lo que le conviene-.

-Es, padre mío, que tiemblo de presentarme ante esa Virgen, a quien tengo olvidada hace ya mucho tiempo-.

-Por eso mismo se lo encargo de nuevo. Ella es el consuelo de los afligidos y la fuente de los atribulados. Le ruego a usted, hija mía, que la visite. Allí encontrará la fe que le falta, la calma que necesita para aceptar el nuevo estado que le espera, ¿Irá usted Ana?-.

-¡Oh!, sí, sí iré-.

-Pues bien, otro consejo. Vaya usted a la caída de la tarde, yo haré que la iglesia esté abierta. Las oraciones a la hora del crepúsculo son como el rocío a la hora de la alborada-.

-Créame usted Ana, la hermosa Virgen de los Dolores; aquella imagen divina, que ha escuchado todas las confidencias de su corazón, derramará el consuelo del que tanto necesita-.

-¿Qué más puedo decirle?. Ella sabrá fortificarla para el porvenir-.

-No faltaré-, contestó Ana, con los ojos arrasados en lágrimas., Dios bendiga a usted, que sabe presentar el bálsamo de la salud a los que padecen-.

Y el sacerdote y la joven, se separaron.

Ana sintió la necesidad de orar y llorar.

Era, tal vez, lo que faltaba a su corazón en la víspera de su matrimonio.

## XI

### DELANTE DE LA VIRGEN

Ana pasó la noche pensando en la conversación que había tenido con el presbítero don Fulgencio.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Era la víspera de su boda y ya se sabe los mil y mil detalles que se ocurren en estos casos extraordinarios.

María Fernández era, como ya hemos dicho varias veces, una mujer sumamente previsora; por lo que a todo llevaba su actividad, a fin de que nada quedase por hacer.

Mientras que se preparaba una casa a los futuros esposos y un elegante mueblaje, que al efecto se había encargado en Granada, María había exigido que los novios viviesen al lado de ella; esmerándose en adornar, convenientemente, las habitaciones que habían de ocupar.

La boda de dos jóvenes ricos y hermosos es siempre un verdadero acontecimiento.

Los dulces se habían encargado por arrobas, los regalos llovían por todas partes; la servidumbre se había aumentado, los pavos y gallinas del corral morían por docenas, no dejando de ayudar a este nuevo degüello los dos asistentes del capitán; la casa se limpiaba de arriba abajo y no había mano femenina que no estuviese ocupada; ni pies de criados que no anduviesen, de ceca en meca, trayendo encargos, llevando recados y practicando multitud de asuntos a cada cual más importante.

Aquella casa era una verdadera Babilonia.

Ana se presentó a la hora del desayuno y se encontró con el capitán, que alegre y contento, hablaba con su padre de la próxima boda.

En su semblante no había ni una sombra, ni un gesto, ni una arruga de mal humor. Era evidente que Ana se había figurado lo imposible.

-Por complacer a usted-, decía el capitán a Pedro, -me detengo esta mañana para asistir al casamiento de esta señorita; es decir, que el día siguiente emprenderé mi marcha, a pesar del tiempo tan crudo que está haciendo-.

-¡Pero no puede usted detenerse más?-, contesta Pedro.

-Puedo detenerme cuanto quiera, porque así lo exige el estado convaleciente de los heridos que conduzco. Sin embargo, debo ir adelantando jornadas, poco a poco, porque ¿quién puede prever las consecuencias de mi tardanza?-.

Y al decir esto, se inclinó risueñamente delante de Ana.

La hermosa joven contestó a este saludo y todos se sentaron a la mesa.

El capitán estaba aquel día de excelente humor y sazónaba el almuerzo con chistosas ocurrencias.

Manifestó que había tenido un verdadero sentimiento en no asistir al baile de Ánimas; refiriendo, por último, algunos episodios que no dejaron de causar el entretenimiento y, aún, la hilaridad de los concurrentes.

Al mediodía; tuvo la comida el mismo carácter, de amenidad, que el desayuno. Y el capitán manifestó, entonces, que aquella tarde trataba de pasar revista a sus soldados, caso de que el tiempo lo permitiera.

Porque en efecto, gruesos nubarrones cubrían el cielo; silbaba un viento glacial y presentíase una próxima y fuerte nevada, ya que no una lluvia tenaz y constante.

El capitán comunicó algunas órdenes al sargento primero de la compañía y, poco después, oyó el agudo sonido de la corneta tocando llamada.

Las tardes del mes de Diciembre son cortas y tristes. Cuando las nubes se extienden por la atmósfera, apenas hay crepúsculos; la noche viene con rapidez.

Cuando Ana dejó la mesa, manifestó a su madre que quería ir al convento de la Concepción, para visitar a la Virgen de los Dolores.

Nada más natural, que aquella madre consintiese el deseo de su hija; tanto más, cuanto ésta iba a ofrecer su nueva existencia a la Reina de los Cielos.

Entonces, encargó a la tía Teresa, antigua criada de la casa y persona de toda confianza, el que acompañase a su hija a la iglesia.

Las nubes iban condensándose más; pero Ana, fiel a su propósito, se dirigió al convento de la Concepción.

Sin saber por qué, o acaso porque lo sabía, temblaba de presentarse delante de la Virgen.

Recordaba las ocasiones en que la había visitado y las promesas que le había hecho. Ahora las circunstancias variaban del todo, y ya no iba a ofrecer votos por Rafael, sino por el nuevo porvenir que se le presentaba.

La puerta de la iglesia estaba abierta; entró, y no había nadie en la prolongada nave del templo.

Brillaba, en el fondo, la lámpara del santuario; en la parte opuesta, se veía la gran reja del coro bajo y encima, la celosía del coro superior; cubierta una y otra con un largo y flotante velo.

A la derecha estaba el camarín de la Virgen de los Dolores. La hermosa imagen, llena de angustias y de dolor; se descubría, como siempre, a través de los cristales que cierran el severo arco del mencionado camarín.

En todo el templo había grandes masas de sombras.

La luz, que penetraba por las altas ventanas, era el reflejo moribundo de la tarde; la oscuridad aumentaba, el viento mugía por fuera y la lluvia principiaba a golpear los turbios vidrios del convento.

Ana no hizo alta en ninguno de estos detalles.

Dijo a la tía Teresa que la dejase sola y cayó de rodillas delante de la Virgen, buscando en aquellos divinos ojos, acaso, la fe y la energía que faltaban a su alma.

La tía Teresa; aprovechó el permiso de Ana y se fue a una casa de enfrente, donde tenía una conocida, a esperar que su joven señorita terminara sus oraciones.

Ana se vió sola delante de la Virgen y recordó, en aquel instante, todo lo pasado; como también todo el porvenir que le esperaba.

-¿Y estuvo mucho tiempo hincada de rodillas delante de la sagrada imagen?-.

Ella no podía saberlo.

Su alma, elevada sobre la materia, gozaba en aquel momento de una esperanza inefable y se figuraba que su corazón latía, por ver primera, con dulzura y tranquilidad.



Pero cuando creyó estar más sola y más entregada a la profundidad de sus sentimientos; cuando se consideró como protegida por la sombra, que descendía de lo alto, en el reposo sepulcral del tiempo; parecióle sentir un ligero ruido a sus espaldas.

A este insólito rumor; Ana volvió, por decirlo así, a la vida material y se estremeció.

Acababa de ver un hombre que se acercaba a ella.

Cubierto este hombre por una capa; alumbrado por el reflejo crepuscular y los rayos de las lámparas, marchando de un modo pausado y solemne, parecía más bien una sombra que una criatura humana.

La hermosa doncella quiso ponerse en pié; más antes de que pudiera moverse, antes de que el espanto le hiciese arrojar un grito; el embozado tomó una de sus temblorosas manos y, sin pronunciar una palabra, la acercó más al altar de la Virgen.

Entonces el hombre de la capa se desenvolvió, dejándola caer al suelo y Ana pudo conocer al capitán que estaba alojado en su casa, en cuyos ojos brillaba una luz intensa y deslumbradora.

Y lo más extraño era, que el capitán estaba desfigurado..., desconocido.

La espesa barba negra, que le cubría, acababa de desaparecer.

Se hallaba peinado de otra manera, todo su semblante había variado de expresión en términos que; siendo el mismo, tenía otra fisonomía, otro gesto, otro carácter.

Ana, a través de la luz del crepúsculo, miró aquel semblante pálido; y, entonces, se sintió morir. Porque el rostro que veía era el de Rafael Álvarez, sombrío y tempestuoso; era el de su primer sueño, su primer amor, su primera esperanza.

Hay sorpresas que hielan la sangre en las venas.

Ana no podía concebir lo que estaba viendo, no le era posible pronunciar una palabra.

-¡Soy yo!-, exclamó Rafael por último, como si se hubiera querido aniquilar a la moribunda joven con esta exclamación.

-¡Ah, Dios mío!-.

-Escucha. No admito exclamaciones..., esperaba este momento, el más supremo de mi vida. y como apenas tenemos tiempo para hablar; no olvides, Ana, lo que voy a decirte-:

El aparecido la miró de nuevo, mientras que su respiración anhelosa revelaba la profunda tempestad de su corazón.

La joven apenas tenía aliento para vivir.

Le parecía un sueño lo que pasaba.

Rafael apretó, convulsivamente, la mano de Ana; y con una voz, que recordaba la época de sus felicidades, prosiguió:

-Hace ya cinco años, en medio de la tranquila soledad de la noche y, poniendo por testigo a María Santísima de los Dolores, es decir, a esta imagen que nos está mirando; juraste ser fiel en la vida y en la muerte a un infeliz militar, que se alejaba de ti, de su pueblo, de su casa, de sus padres-.

-Aquel juramento fijo siempre en el corazón noble y leal del soldado; fue, por mucho tiempo, su esperanza, su vida, su gloria y su porvenir.

-Confiaba en él como se confía en Dios; pero ¡ay!, que las promesas se las lleva el viento; y un olvido, lento y pausado, principió a nacer en aquel mismo pecho que tanto había ofrecido y que tanta absoluta fidelidad había jurado.

-¡No..., no, escucha!-, exclamó Ana, como si quisiese vindicarse.

-Calla, no prosigas..., que aquí está la Virgen que nos oye. El pobre militar marchó a la guerra buscando, tal vez, una bala compasiva que le arrancase la existencia; pero lo único que consiguió fue ganar ascenso sobre ascenso, hasta que cayó moribundo el día glorioso de la batalla de Tetuán-.

-En aquel momento supremo, ¿crees tú que era el nombre de la patria, el nombre de su bandera el que pronunciaba?. No; era tu nombre Ana..., era tu recuerdo-.

-¡Rafael!-.

-Déjame concluir...-. Dio la Gaceta, por equivocación la noticia de la muerte de ese soldado; y como su alma estaba sembrada de sospechas, quiso pasar por muerto a fin de conocer los grados de tu infidelidad; mejor dicho, la fuerza de tu corazón-.

-No sé mentir, Ana; Una persona, tan solo, era la que sabía mi estado; esta persona era mi amigo Fulgencio-.

-Por él llegué a saber la historia de tus nuevos amores; no quise turbarlos hasta que, cediendo a un sentimiento irresistible, vine a Guadix, bajo la garantía de no ser conocido-.

-Me alojé en tu propia casa; me informé de la verdad de todo; me disfracé lo bastante, por no despertar sospechas; asistí al bailes de las Ánimas con el traje del montesino, que la conoces. Y procurando no ser conocido por nadie, principie la obra de mi venganza; hasta que ahora, convertido en Rafael Álvarez, he logrado traerte a este sagrado recinto para decirte-:

-Hace cinco años que mentiste miserablemente; hace cinco años, que tuviste valor para invocar, en falso, el nombre sagrado de esa hermosa Virgen que nos ve y nos escucha; hace cinco años, que he esperado en tus engañosas promesas....-

-¿Qué es lo que he encontrado, al cabo de este tiempo?. Responde, Ana, responde-.

-¡Dios mío!, exclamó ésta. -¡Piedad..., misericordia!-.

-¡Ah!-, prosiguió el frenético Rafael; -he encontrado el que mañana te casas; y Rafael Álvarez, aquel a quien tuviste por muerto, viene a ser testigo de tu boda-.

-¿Comprendes lo que significan estas palabras?. ¿Por qué alimentaste un amor, cuando estabas dispuesta a faltar a él?. ¿Dónde está aquel juramento?. ¿Dónde aquellas lágrimas?-.

-¡Pero..., un momento..., escúchame!-, exclamó la desdichada joven.

-No hay palabras donde los hechos lo revelan todo-, contestó Rafael interrumpiéndola.

-Mañana te casas, faltando a todo cuanto habías jurado; es decir, en el instante mismo en que esto y aquí, ¡oh, la más pérfida e ingrata de las mujeres!. ¡Tú creías que los muertos no salían de la tumba!. ¡Ah, desdichada!. Esta sagrada Virgen, que nos vé, es la que me ha conducido a este lugar-.

-¿Qué tienes que responderme?-.

Y el airado joven se cruzó de brazos; lanzando, al mismo tiempo, una carcajada compulsiva.

-Que tengas piedad de mí-, exclamó Ana. -Que no me culpes; que consideres mi angustias, mi dolor, mi tormento. ¡Oh!, yo no te he olvidado; yo no te he podido olvidar....-

-Son las circunstancias, las que me han conducido a este extremo. Pereo..., yo te he querido siempre, Rafael..., yo te amo todavía-.

De nuevo una sonrisa sardónica se escapó de los pálidos labios del militar.

-¡Esto sólo faltaba!, dijo. ¡Que me ama, cuando mañana se casa con otro!. ¿Y es así, Virgen Santa, el corazón de la mujer?

-No; es que cuando falta la fe del alma, se apela a la mentira para defraudarlo todo. Pero acabemos de una vez el sacrificio que me había impuesto-.

Y como si, en aquel momento, dominase todas sus facultades por un esfuerzo extraordinario, prosiguió...-:

-Creo, Ana, que no puedes dudar de mi existencia...; aunque la herida que hay en mi pecho destila sangre todavía.. Feliz o desgraciado; poco o nada debe importarte-.

-Lo he comprendido..., lo he adivinado todo; no quiero empañar, ni con el recuerdo de mi nombre, tu dicha presente y tu felicidad futura.

-Afortunadamente, cinco años han sido bastantes, para que nadie me conozca..., ¡ni tú, que dices amarme tanto!-.

-Mañana te casas y Rafael Álvarez viene, delante de la Virgen de los Dolores, a devolverte tus juramentos. Te dejaré el eterno remordimiento de tu propia conciencia. Ésta será mi venganza-.

-Pero no, no quiero ser el eco de sensaciones indignas...Te perdono el inmenso daño que me has hecho; te perdono tu olvido; te perdono tu indiferencia-.

-Si alguna vez llega a tu imaginación el nombre de Rafael Álvarez, recuérdalo muerto allá en las ardientes costas africanas-.

-Te devuelvo todas tus promesas..., todas tus palabras. ¡Eres libre!. Olvida la aparición que has tenido en este templo. Se dichosa..., se feliz... y... ¡adiós!-.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del soldado.

Ana se abrazó a sus rodillas, y exclamó:

-Detente, detente, en nombre del cielo; quiero que me hagas justicia-.

No, déjame partir. Dentro de una hora salgo de este pueblo para no volver jamás a él. No es posible otra cosa. Ni tú, ni yo podemos hacer más; lo contrario sería morir...-.

-Adiós, adiós Ana; ¡mi amor..., mi sueño..., mi vida... Adiós para siempre!-.

Y separándose bruscamente de aquella mujer idolatrada, se volvió en su capa y salió de la iglesia.

Ana dio un grito y cayó desmayada a los pies de la Virgen de los Dolores.

## XII

### LAS CARTAS

Cuando Ana volvió en sí, se encontró en su lecho rodeada de sus padres, del médico, de Carlos Fuster y de algunos amigos de confianza.

Nadie sabía dar razón de lo que había pasado.

El doctor recetaba antiespasmódicos y no sabía a qué atribuir aquella extraña y terrible agitación nerviosa, que dominaba toda la organización física de la joven.

María Fernández estaba casi fuera de sí, al ver estado de su hija;

Pedro Avellán se hallaba pensativo; Carlos sombrío.

Ana miró a todos; vió a su madre y se abrazó a ella, llorando.

Aquellas lágrimas eran inexplicables.

-¡Ay, madre mía..., madre mía!-, exclamaba Ana, ocultando su rostro en el seno de María.

En esto, se sintió el eco de una corneta tocando llamada.

Ya era muy cerrada la noche y la nieve caía a grandes copos.

Ana se estremeció, de nuevo, al oír aquel sonido marcial y estuvo próxima a perder de nuevo el sentido.

En el mismo instante, abrieron la puerta de la habitación y entró un asistente del capitán, con una carta en la mano.

Esta carta iba dirigida a Pedro.

Éste la abrió y leyó en voz alta lo siguiente:

-Motivos poderosos me obligan a dejar esta ciudad en este instante. Agradecido a las bondades de usted y de su familia; me despido, por medio de ésta, puesto que me es imposible pasar personalmente a saludarlos-.

-Tengo el honor de ofrecerme a usted, como agradecido y consecuente amigo-.

-Su seguro servidor-

-Q.B.S.M. Pablo Villagómez-.

Al acabar la lectura de esta lacónica e inesperada carta, el sonido de la corneta volvió a resonar entre la triste calma de la noche.

Ana dió un grito doloroso, como si se le arrancase el alma de dolor; y, mientras todos quedaron suspensos, tanto por el lamento de la joven, cuanto por el singular contenido de aquella carta.

-¡Es extraordinario!-, exclamó Pedro, mirando a Carlos; -salir de noche cuando está nevando a más y mejor!-.

-¡Pero nuestra hija..., nuestra hija-¡, exclamó María, con las lágrimas en los ojos.

-¡Ah!, dices bien, ella sufre..., ella padece-.

Y aquel padre se acercó al lecho de Ana, con la ansiedad retratada en el semblante.

La hermosa y pálida joven, por un movimiento maquinal, tomó la carta de Rafael, de las manos de su padre, y la leyó con febril exaltación.

Todos miraban aquello sin comprenderlo.

-¡No,... no!-, gritó Ana. -¡Qué no se vaya, Dios mío!-.

Y cayó, de nuevo, sobre las almohadas perdido el conocimiento.

Está claro, que existía un enlace misterioso entre estas palabras y la carta del capitán.

Carlos, que tenía un corazón noble y que acababa de adivinar, por una intuición de su alma, algo de lo que pasaba en el interior del alma de Ana; se acercó a Pedro y le preguntó, con una calma sombría:

-¿Quiere usted en que consiste la marcha repentina de esa tropa?-.

-Sí-, contestó Pedro, cuidando de su hija.

-Ahora lo veremos-.

Y, sin esperar contestación, salió de la alcoba.

Mientras tanto, Ana, en vez de calmarse, se agitaba más.

A sus palabras incoherentes y singulares, sucedióse una profunda sobreexcitación; la cual se aumentaba a medida que resonaba la corneta, llamando a los soldados para emprender la marcha.

Pedro miraba a su mujer y ésta miraba a Pedro; como interrogándole, con una mirada, con un gesto, con una palabra.

De allí a media hora, el médico indicó la aparición de una fuerte calentura.

Ana, merced a ella, sucumbió, poco a poco en un sopor; que ni era sueño, ni era vigilia. Estaba hermosísima con el encendido color de la fiebre.

Después de haber recetado lo que quería la situación de la joven; el médico se retiró, ofreciéndose a volver a la mañana siguiente.

Entonces; cuando Pedro y María se vieron solos, preguntó éste mirando a su esposa:

-¿Pero qué ha pasado aquí?, habla-.

María contestó lo único que podía saber; que Ana había ido a la Concepción, a rezar a la Virgen de los Dolores.

Llamose a la tía Teresa. Como ésta ignoraba cuanto había ocurrido entre Rafael y la joven, no pudo decir nada de provecho.

Pedro atribuyó la culpa de todo; primero, a la condescendencia de su mujer y, seguido, al frío, al viento y a la nieve.

María; por toda contestación, movió la cabeza como no dando crédito a las vulgares suposiciones de su marido.

-No es eso, no es eso-, contestó aquella madre cariñosa.

Se sentó, llena de inquietud, a la cabecera del lecho de su hija.

Así pasaron dos horas.

Eran las diez de la noche.

Carlos no volvía. Nevaba con más fuerza y, ya se sabe, el fúnebre silencio que reina en la naturaleza cuando se cubre con el blanco sudario del invierno.

Sólo se sentía la agitada respiración de la enferma.

Pedro principió a llenarse de inquietud por la tardanza de Carlos; quiso mandar a sus criados para buscarlo, pero María no quiso, dando razón o como excusa lo avanzado de la noche.

-Lo que debemos pensar es en nuestra hija-, exclamó aquella madre afligida. -¿No opinas tú que ha pasado algo extraordinario cuando ella sufre, cuando ella llora, cuando ella suspira?-.

-Pero, ¿qué puede haber sucedido?-.

-Nuestra hija estaba buena y contenta, de repente la traen desmayada a nuestra casa; de repente también, el capitán alojado te envía una carta despidiéndose, y se dispone la marcha en medio de una noche espantosa-.

-¿No encuentras en estas dos circunstancias un lazo que parece identificarlas?. Además, y antes de que Ana tuviese calentura, ¿no la viste temblar al sonido de la corneta y no la viste exclamar una frase angustiada, diciendo que no se fuera el capitán?-.

-¡Oh!, si es verdad; pero ¿cómo es posible?-.

-No dudes... ¡Qué sabemos!. Ese capitán ha estado en África...; es del mismo batallón de aquel Rafael Álvarez, a quien tanto amó nuestra hija. Acaso algún recuerdo, alguna historia...-.

-Pero Ana ya no se acordaba de Rafael. Ama a Carlos... Mañana será su esposa.

María desplegó una sonrisa llena de desdén.

-Ana-, digo, -no le ha amado nunca. Ha aceptado las circunstancias; se ha sacrificado, silenciosamente, a nuestros deseos..., nada más. En fin, esperemos-.

Dieron las doce.

Ana principió a aliviarse alguna cosa; abrió los ojos, miró a su madre, se sonrió tristemente y le suplicó que se acostase.

María se negó a este deseo y permaneció toda la noche al lado del lecho de su hija.

A la madrugada, Ana, estaba libre de la calentura que la había dominado hasta aquella hora.

Entonces se arrojó en los brazos de su madre y se echó a llorar.

Pedro se había retirado, y la madre y la hija estaban solas.



María conoció que era el momento oportuno de sondear el corazón de Ana; y principió ha hacerle esas mil preguntas, que llevaban el objeto de saber la verdad de los misterios del alma.

Ana, entonces refirió a su madre todo lo que había pasado; su visita a la Virgen; su antiguo juramento; su amor santo y profundo; su dolor por la noticia de la batalla de Tetuán; sus temores por la llegada del alojado; y, últimamente, todo lo ocurrido la tarde anterior.

La aparición de Rafael, sus reconvenções y su noble y generoso proceder; al alejarse de Guadix, para que nunca pudiera ser un estorbo a su inmediata boda.

María lo comprendió todo y abrazó tiernamente a su hija, buscando aquellas palabras que le parecieron más dulces y tranquilizadoras.

Pero en el mismo instante se presentó Pedro, con una carta en la mano; carta que acababa de recibir en aquella hora, que eran las seis de la mañana.

Estaba sombrío, llamó a su mujer y le dijo con voz trémula:

-Esta carta te dirá lo que tiene tu hija. Es de Carlos-.

María fijó los ojos en el rostro severo de su esposo y leyó lo siguiente:

-Señor don Pedro Avellán, mi señor y dueño-:

-Acaso extrañará a usted que una carta mía, a esta hora y en este día, que estaba señalado a ser el más feliz de mi vida y es el más desgraciado de todos-.

-No he dormido en toda la noche; al verme herido, de repente, por crueles y dolorosas sensaciones; pero el alma, que es siempre superior a las debilidades humanas, me ha señalado la senda que en esta ocasión debo seguir; y, una vez dispuesto a ello, paso a manifestárselo, seguro de que usted y su familia harán justicia al valor de mi conducta-.

-Entraré de lleno en la cuestión. Yo no puedo, yo no debo ser el esposo de Ana. En este instante le devuelvo todas sus promesas y desato todos los vínculos que nos unían-.

-Se sorprenderá usted, no lo dudo; acaso, en el primer momento, creará que yo, indigno del nombre que llevo, he abusado miserablemente de su bondad y de su honradez-.

De estas dudas, de estas sospechas, debo disculparme; y lo haré cual cumple a un hombre que sabe lo que hace, que tiene la fe de su conciencia y el levantado aprecio de su caballerosidad-.

-Escúcheme usted y júzgueme después. Yo amaba, yo amo, yo amaré siempre a su hija de usted. Creer que en el transcurso de pocas horas se extingue mi volcán, es creer lo imposible-.

-Me consideraba dichoso por ser el compañero de una criatura tan digna como Ana; pero sin que mi ánimo sea ofenderla, desde un principio estudié su corazón y comprendí que no podía amarme; porque todo su amor, toda su alma hubo de consagrarse a un joven de esta ciudad, y que después se había dicho había muerto en las costas de África-.

-Sin embargo, una vez convencida de la muerte de aquel joven; diré su nombre, porque no creo que haya razón para culparlo. Habiendo creído en el fallecimiento de Rafael Álvarez, di alas a mi profundo amor y vine, decidido, de Madrid a encender, si era posible, en el pecho de Ana, el puro y santo fuego que había reconcentrado en el mío-.

-Es inútil que le haga la historia de lo que acaba de pasar. Actor y testigo, ha sido usted de mis pretensiones, de mis deseos, de mis esperanzas; y creo que esto justificará más y más mi conducta-.

-Yo, por desgracia, me creía dichoso, me juzgaba feliz. Ana consentía en ser mi esposa; es cierto que consentía por obedecer a sus padres, más bien que por obedecer a sus sentimientos; pero yo, semejante al egoísta de Chamford, quise guardarlo todo para mí y acepté el sacrificio de ella, esperando hacerme amar con el tiempo a fuerza de cariño, de abnegación y de consideraciones-.

-Creo también, haciendo a Ana la debida justicia; que ella, en mi mismo caso, esperaba igual resultado luego que el tiempo fue cicatrizando las profundas heridas de su corazón-.

-Dormido en esta esperanza, confiado en tan sincero porvenir, pasaron días y días hasta la última Nochebuena, en que se presentó un capitán en casa de usted-.

-La presencia de aquel hombre mató, sin saber por qué, todas mis ilusiones. Yo busqué la calma que me faltaba en los ojos de Ana; pero, entonces, leí en ellos la historia de un antiguo amor que despertaba más fuerte, más vivo y más poderoso; y descubrí en ellos, también, algo de insólito y extraordinario que el tiempo fue corroborando-.

-El desmayo de Ana durante la cena de Nochebuena y lo ocurrido en el baile de Ánimas, me habrán hecho presentir un golpe terrible-:

¿Qué no comprendería yo anoche?; en los críticos momentos en que Ana era conducida a su casa, sepultada en un profundo desmayo; en que usted recibía la lacónica despedida del capitán de cazadores; en que sonaba aquella corneta, como un eco de despedida, en medio de los torrentes que se despedían del cielo; y en que

la misma Ana lanzaba expresiones que, a manera de relámpagos, me revelaron la horrible tempestad de su alma-.

-Dejo a la consideración de usted lo que yo sufría en aquellos momentos instantes; es decir, en la víspera de nuestra boda, en las puertas de nuestra felicidad-.

-Queriendo rodear el abismo, deseando leer hasta la última letra del misterioso alfabeto que, de repente, se ponía delante de mi vista, tomé una resolución y salí de su casa de usted. ¡Ay!..., por última vez, sin duda, decidido a averiguar el fondo de aquellos detalles tan terribles como dolorosos-.

-Dispéñeme usted, amigo mío, en lo sucesivo omito varias descripciones. No tengo fuerzas sino para explicarle lo más preciso-.

-Caía la nieve a grandes copos y, cuando llegué a la plaza, estaban formados los soldados esperando la hora de partir-.

-Un hombre, sin abrigo de ninguna especie, con una simple gorra de cuartos, sin guantes que defendiesen sus manos del frío, se paseaba a grandes pasos enfrente de la tropa-.

-Nadie le tenía y, a pesar de todo, parecía esperar alguna cosa. De vez en cuando comunicaba a sus subordinados algunas órdenes breves, rápidas y enérgicas. Nadie había en la plaza, sino yo; yo, que seguía los movimientos del capitán; el cual, ignoraba, al parecer; ni lo que hacía en aquel momento, ni dónde estaba en aquel momento-.

-De pronto apareció otro hombre vestido de sacerdote, quien se acercó al jefe con rapidez. Este hombre era don Fulgencio Escalona-.

-Pude ocultarme detrás de las gruesas columnas de la plaza y, de este modo, ser espectador de lo que allí iba a pasar-.

-Es sacerdote se acercó al capitán, conoció el estado de febril exaltación en que se encontraba y abrazándole cariñosamente, le dijo:

-¡Rafael, amigo mío!, ¿qué locura es esta...?. ¡Marcharte a esta hora..., con el tiempo tan espantoso que hace. ¡De noche!... ¡No..., imposible!-.

-Déjame, Fulgencio, déjame por Dios-. Contestó el capitán. -Yo no debe permanecer más tiempo en Guadix-.

-Mañana se casa y, si yo estuviese mañana aquí, me levantaría la tapa de los sesos de un pistoletazo-.

-Morir por morir; mejor quiero perecer en esos caminos, entre los torbellinos de nieve que caen del cielo-.

-Cada vez se iban acercando más a mí y me era fácil distinguir hasta la expresión más insignificante-.

-Repito, que es una locura que no consentiré jamás- contestó don Fulgencio. -Contraes una responsabilidad inmensa; expones a la muerte a esos soldados que te siguen. A cien soldados, aún convalecientes de sus heridas-.

El capitán tembló al oír estas reflexiones.

-¡Ah!, es verdad-, murmuró, -pero no hay otro remedio-.

-¿La has visto?-, preguntó don Fulgencio.

-Sí-.

¿Le has hablado?-

-También-.

-¿Sabe que eres Rafael Álvarez?-

-Oh, sí!. No sé lo que me ha pasado. Creo que hubiera tenido valor para matarla. Estaba allí; delante de la Virgen de los Dolores, hermosa como siempre..., siempre divina-.

-Le recordé sus promesas olvidadas, sus juramentos en falso, su deslealdad inaudita ; le expliqué el error que había existido respecto de mi muerte; le hablé de su boda, de su felicidad futura y, por último, le devolví todas sus palabras-.

-¡Qué seas feliz Fulgencio!--- Me despedí de ella para siempre y..., me voy. De estar aquí un momento más, me moriría, pero... ¡ella, ella!-

-Ella.... ¡la ingrata dice que me ama!... Amarme, cuando mañana se casa. Adiós Fulgencio-.

-y volviendo hacia la tropa, con una voz parecida a la del trueno, mandó formar en columna para partir-.

-Así escuché este diálogo; no sé lo que pasó por mi corazón. Todo estaba descubierto. El primero y único amor de Ana vivía y estaba en Guadix; yo era, por consiguiente, el muro fatal que los separaba. Comprendí, desde aquel momento; que no podía tener ni felicidad, ni dicha, ni reposo si yo, egoísta, conducía a Ana al altar-.

-Comprendí que yo no sería amado nunca; que, en vez de esposa, encontraría una mujer que me aborreciese; adiviné el noble y heroico sacrificio de Rafael Álvarez, la abnegación suprema de Ana, el dolor inmenso de aquellos dos corazones separados para siempre; vi las lágrimas eternas, la desesperación

constante de todos y, tomando una resolución extraordinaria; me presenté, de repente, al capitán y al sacerdote-.

Así que recocieron, dieron un paso atrás.

-Lo sé todo-, dije a Rafael, -he escuchado las palabras que usted ha pronunciado y no seré yo el que labre la desventura de tres personas. Aquí no hay más que un desgraciado, y ese soy yo-.

-Ana está libre por mi parte. Le devuelvo a usted su corazón, que iba a robarle. Carlos Fuster no será nunca el esposo de ella. La felicidad es de ustedes-.

-¿A qué aumentar los dolores de todos cuando el dolor me corresponde?-.

-Sé su nobleza, sé su generosidad, sé su comportamiento. Sería un infame, un miserable, sino respondiera a la voz del deber y del honor-.

-Repito que Ana está libre... Ella le ama a usted..., que sean ustedes dichosos; esto serán los votos que siempre, mientras me quede un átomo de vida, elevaré hacia Dios-.

-Y, antes de que pudieran detenerme, me alejé de aquel sitio-.

-Ahora bien; lo mismo que anoche le dije a Rafael Álvarez, le digo a usted. Que Rafael y Ana sean dichosos; tal es mi deseo.-

-Cuando reciba esta carta, estaré ya muy lejos de Guadix. No volveré más a él. Llevaré el dolor en lo más profundo de mi alma; creo que me hará la debida justicia-.

-Al concluir esta carta, que son las doce de la noche, monto a caballo y parto lejos, muy lejos de aquí...-.

-Adiós, soy suyo respetuoso y seguro servidor-.

-Q.B.S.M.-

-Carlos Fuster-

La lectura de esta carta lo probaba todo

Pedro Avellán miró, tristemente, a su esposa.

Ésta, al contrario, abrazó a su hija y le dijo al oído:

-Aún puedes ser feliz, hija mía. ¿Rafael Álvarez será tu esposo?-.

## XIII

# EL AUTOR SE VÉ OBLIGADO A DECIR CUATRO PALABRAS A SUS LECTORES EN FORMA DE EPÍLOGO

Confieso, francamente, que no será muy novelesco terminar un libro dejando a la heroína en la cama, a un amante desdeñado tomando la posta para yo no sé dónde; a otro amante aburrido huyendo, como Orestes acosado por las furias, en medio de una noche de Diciembre; y a una madre y a un padre no sabiendo que hacer, ni que decir, en vista de las circunstancias.

Pero en la vida, prosaica y material de la época, no terminan siempre los asuntos o en una catástrofe que ponga al público los pelos de punta, o en un casamiento que deje contentos y satisfechos a los más exigentes.

Ana se quedó en cama pasando, a fuerza de calenturas, las penas del purgatorio.

Rafael se marchó.

Carlos resultó en Madrid, al cabo de algunos días.

Las gentes, y mucho más la gente de una antigua ciudad de provincia, tuvieron larga materia para hablar de aquella boda que se quedó en conversación.

Cada cual dijo lo que le pareció y más de lo que le pareció.

Pero lo cierto es que la verdad quedó desfigurada, como ocurre siempre, y la mentira quedó triunfante.

La sociedad siempre es cruel consigo misma.

Ana sufrió una enfermedad, una verdadera enfermedad.

Sus padres gimieron, lloraron y pusieron el grito en el cielo.

Pero la enamorada joven no se casó.

-¡Pobre Ana!-, decimos nosotros.

Un momento de coquetismo, de una irreflexión propia de todas las mujeres, la puso al borde de la muerte.

Su corazón yerto, árido y frío sufrió las consecuencias.

-¡Ella, tan hermosa!-

-¡Ella, tan buena!-

-¡Ella, tan pura!-

-¡Ella, tan digna!-, sufrió el golpe de la fatalidad.

-¡Pobre Ana!-, repetimos nosotros.

-Bueno es que se quede para vestir imágenes-, gritaron todas las feas de Guadix; que, por fortuna, son muy pocas.

Esta exclamación era una venganza como otra cualquiera; porque las mujeres, cuando se muerden, son implacables.

## DESENLACE

### EXTRACTO DE UNA CARTA DE UNA PRIMA A SU PRIMO

Por el año 1.861 estudiaba veterinaria, en el colegio de Madrid, un mancebo asaz, risueño, robusto y colorado; que estaba aprendido el modo de manejar el pujavante, a fin de poner su establecimiento, luego que recibiera el competente título para ello.

Era primo segundo de una hija, de una prima hermana de su madre; y primo y prima se había jurado un amor eterno, tal como Leandro y Hero, y Melovia y Federico allá en las minas del Tirol.

El primo, que era de Guadix, lo mismo que la prima; pensaron el casarse de sopetón, para evitar peripecias y futuras eventualidades; pero después de meditar largamente el asunto, comprendieron que tanto él como su parienta, una vez casados, tenían necesidad de comer, vestir, calzar y demás cosas que se originan en este mundo, eminentemente prosaico.

En vista de esto, nuestro joven tomó la heroica resolución de marcharse a Madrid, estudiar veterinaria y volver a su pueblo para apoderarse de la, no sabemos si blanca o morena, mano de la prima.

Eran los primeros días de Febrero y el futuro herrador, a fuego y a frío, contaba los meses, los días y las horas, a fin de llegar a principio de Junio; época en que se terminaba el año escolar, en que se concluía la carrera, en que recibía su título y en que pensaba, no correr, sino volar al templo del Himeneo.

Excusado es decir lo pesado que marcharía el tiempo para un primo, que gozaba en tan supremas esperanzas.

Lo único que suavizaba aquellos momentos de ansiedad eran las cartas de su prima, que en papel de color rosa, con cupidos, flechas, palomas y flores; emblemas de futura felicidad, recibía diariamente.

El veterinario, al mismo tiempo que devoraba su lección, leía los trozos bucólicos, eróticos, elegiacos y sublimados de su adorada prima; los que, a merced de cierto romanticismo natural, llegaban hasta el épico lenguaje de Dido y hasta la epopeya tempestuosa de Medea.

Mas lo que nos interesa, precisamente, es conocer un fragmento de la correspondencia correspondiente epistolar de estos dos amantes (que hoy comen, con toda tranquilidad, pan y cebolla debajo de un porche abigarrado y en torno de cuatro futuros herradores que Dios les ha concedido).

Vamos a copiar el mencionado fragmento y que ha venido por casualidad a nuestras manos. Dice así:

-Creo que debes asombrarte, pasmarte y asustarte, por la noticia que voy a exponer. Ayer, sin que nadie supiera una palabra, se casó con Ana de Avellán, magnolia que todos creíamos que se moriría pronto-.

-Y, los más asombroso, pasmado y ruidoso, es que se casó ni más, ni menos que con su antiguo novio Rafael Álvarez-.

-Todo el mundo tenía a éste por muerto; así es que su aparición en el pueblo, nada menos que de capitán de cazadores, ha sido un acontecimiento-.

-Ya sabes, por mis cartas, que Ana cayó enferma y enferma de gravedad, de resultas de haberse desbaratado su matrimonio con Carlos Fuster-.

-Todos creíamos que esta pobre chica se metería a monja, por lo menos, en vista del cruel desengaño; que vosotros, hombres pérfidos, dais a nuestros incautos corazones-.

-Pero, al poco tiempo, Ana se fue poniendo buena y contenta; hasta que el resucitado Rafael ha venido de Barcelona, provisto de la correspondiente real licencia para casarse-.

-La boda se ha celebrado en el día de ayer, como te he dicho, por el primer aniversario de la batalla de Tetuán; según unos y, por ser el día, según otros, en que



Rafael cayó herido delante de las trincheras de los moros, de cuyas resultas todos lo tuvieron por muerto-.

-La boda ha sido notable y magnífica-.

-Dicen que Ana estaba hermosísima y él, hecho un arrogante mozo-.

-Pero no quiero despertar tu susceptibilidad con estas descripciones-.

-¡Cuándo nos casaremos nosotros, como todos se casan!-.

-Te adora siempre-.

-Tu prima-.

-GUADIX, 5 de Febrero de 1.861-.

## **SE ME OLVIDABA**

-¿Saben ustedes que el otro día me encontré a nuestra querida Ana Avellán?-.

A pesar de que hace siete años que se casó; está hermosa, elegante y deslumbradora.

Hoy es coronel su marido y ambos iban paseándose por el Parterrote del Retiro; muy agarraditos del brazo, muy entretenidos en sabrosa conversación, muy satisfechos el uno y el otro y muy contentos de su suerte.

Un precioso niño de cinco años corría delante de ellos; otro, detrás, iba agarrado de la mano de su mamá y un tercero, de año y medio, marchaba sostenido en los brazos de su nodriza.

Por lo abultado del seno de Ana, se conocía que caminaba a buscar la cuarta reproducción de aquel triunvirato de chiquillos.

Al encontrarnos frente a frente, nos saludamos con toda afectuosidad.

-¿Son de ustedes?-, les pregunté-, -estas preciosas criaturas, tan blanca, tan rubias y tan risueñas-.

-Es el fruto de bendición que Dios nos ha dado-, contestó Ana, llena de maternal satisfacción.

Les di la enhorabuena por aquella floreciente generación y hablamos largo rato de Guadix, por ser el pueblo que a todos nos ha visto nacer.

-Rafael-, continuó Ana, -quiere que vayamos allá a pasar el verano. Ha conseguido que su regimiento marche de guarnición a Granada y, de este modo, estaremos con nuestros padres una gran temporada-.

-Yo quisiera que se retirara, pues somos demasiado felices para tener ambición. Pero Rafael que tiene e hijos y que necesita aún algunos años para irnos a nuestro pueblo-.

Hablamos otro largo rato, hasta que nos despedimos.

-¡Oh!-, exclamé así que me vi solo-. Que dichosos son los que, como Rafael y Ana, pasan la existencia sin penas, ni quebrantos que destrocen el alma y llenen de luto el corazón. Felices ellos que se aman, que tienen hijos y que viven cristianamente... Dios les conceda larga vida, es cuanto puedo desearles-.

Al acabar estas palabras, Ana y Rafael y sus preciosos niños desaparecían a través de grupo de árboles.

-¡Cuan exacto es que el cielo premia siempre el heroísmo y la virtud!-.

FIN

**Copiado el día 21 de Octubre de 1.969.**

# DOÑA ANA

**TORCUATO TARRAGO Y MATEOS**

## DOÑA ANA

### I

He aquí el nombre de una señora que, por espacio de muchos años, fue mi sombra, mi pesadilla; el espejo que por todas partes de me presentaba. Diré por qué; aunque se debe respetar el secreto de la tumba; según dice un poeta:

-No deben llevarse las cosas a un extremo tan rígido; que dejemos sepultados en la oscuridad, ciertos hechos de la existencia humana-.

Entraremos en detalles.

Cuando vine por primera vez a Madrid, podía decir que estaban en la mejor edad. Aún no había llegado al número de años en que la ley nos declara, porque sí, mayores de edad. Así como se ha dicho respecto de las mujeres, que no hay quince años feos; también se suele decir de los hombres, que no hay veinticuatro años desechables.

Yo tuve la desgracia de no ser nunca bonito; pero tampoco (lo digo sin modestia) pertenecía a ese género masculino, a quien es menester poner en cruz como al diablo. Por consiguiente, ni era una notabilidad en formas estéticas, ni era un Cuasimodo del género del de Victor Hugo.

Podía pasar como uno de tantos que pasan sin ser feos, ni bonitos; ni discretos, ni tontos; ni felices, ni desgraciados.

Era, en una palabra, para decirlo de una vez, uno de tantos.

Hice mi entrada en Madrid, en mensajería acelerada, por la puerta de Atocha, de la que muy pocos se acordarán ya y; me hospedé, de primera intención, en la que fue famosa posada de Zaragoza, enclavada en la calle Sevilla.

Aunque todo lo que veía me asombraba; aunque me produjo una impresión extraordinaria la fuente de la Alcachofa, trasladada hoy al Retiro; las verjas del jardín Botánico, la fachada del Museo, la fuente de Neptuno y, sobre todo, la calle de Alcalá.

Venía tan molido y tan quebrantado, que sólo pensé en meterme entre las problemáticas sábanas que me ofrecía la, ya dichosa, posada de Zaragoza; a fin de recuperar el sueño que, por espacio de siete noches consecutivas, se hallaba interrumpido.

Pero no bien; procuré proporcionarme este protector descanso, cuando dieron dos o tres golpes a la puerta del cuarto; o sea, el 12 de la posada, donde había encontrado mi provisional alojamiento.

-¿Quién es?-, pregunté con todo desapacible.

-Soy yo. ¿No me conoce usted?-, respondió una voz atiplada.

-¡Ah!, ¿es usted, doña Ana?-

-La misma amigo mío-

Me volví a vestir y abrí.

Era doña Ana, una compañera de viaje. Había venido conmigo en la misma mensajería y, durante los siete días de jornada, habíamos entrado en relaciones amistosas.

Doña Ana era una viuda, según decía ella, de un empleado con 6.000 reales; venía a Madrid a reclamar yo no sé que atrasos de su esposo. Durante el camino había mostrado buen humor, entre sus suspiros y lágrimas de viuda y de viuda reciente. A todo lo más, tendría veintiocho años; pero las gracias hacía ya mucho tiempo que la habían abandonado.

Tenía un ojo que miraba a Poniente y otro a Levante, era de un moreno algo más que subido y su nariz parecían las pinzas de un cirujano.

Así es que, a título de compañera de viaje, no tuvo reparo en llamar a mi puerta, ni yo en abrirla.

Cuando hubo de verme, me preguntó:

-¿Se va usted a acostar?-

-Sí señora-, le dije. -Me duelen todos los huesos, de resultas del movimiento de la maldita galera que nos ha traído y lo lógico es acostarse, ya que hemos llegado felizmente al término de nuestra expedición-

-Eso mismo digo yo-, replicó ella-, -pero antes he querido que hablemos un rato. ¿Dónde va usted a hospedarse?-

-Aún no lo sé. Mañana buscaré un amigo y paisano y tal vez que me quede en la casa donde está él-

-A mí me convendría un pupilaje barato. ¿Sabe usted lo que se paga?-

-Lo que se quiera. Desde seis reales diarios en adelante, hay para todos los gustos-

-¡Seis reales!, eso es un escándalo-.

-Es el último precio-.

Doña Ana me habló de lo obligada que estaba a establecer una vida económica y modesta y al cabo de dos horas se marchó a su cuarto; pues también se alojaba, provisionalmente, en la posada Zaragoza y me dejó encomendado, no al sueño, sino a una plaga de chinches que se descolgaron sobre mí en columnas cerradas.

Nunca he pasado una noche más horrible. A la madrugada me dormí y tuve una pesadilla espantosa con doña Ana y los insectos antedichos.

## II

Al día siguiente me levanté, busqué a mi amigo y me alojé en una modestísima casa de huéspedes, piso principal interior, de una calle de cuyo nombre no quiero acordarme.

Por seis reales, se nos daba lo que Dios quería, pues si un químico hubiese hecho el análisis de aquellas sustancias no hubiera podido clasificarlas.

Eso sí; doña Felisa, que así se llamaba mi patrona, nos obsequiaba todos los domingos con un baile y a él acudían varias ex – pollas, algunas damas con pretensiones aristocráticas y algunas jóvenes que habían dejada la aguja, para ver si podían coser, a su trajecito de percal, alguna voluntad estudiantil.

Una noche, en que se celebraba aquella soiree, llegué un poco tarde, y ¡cual fue mi asombro!, al encontrarme en la escogida reunión a doña Ana, con un traje de alivio de luto.

Verme y arrojarse sobre mí fue cosa de un momento.

-Ah, picaruelo!-, me dijo. -Cómo me abandonó usted, la noche que dormimos en la posada de Zaragoza. Pero al fin le encuentro y ya puedo decir que tengo un amigo en esta reunión-.

Yo le contesté con mil excusas, cuando no tenía motivos para dárselos; bailamos juntos y pasamos la noche lo más alegremente posible.

-Nuestro destino es igual-, me dijo en un momento de entusiasmo femenino; -observo que nuestra suerte nos trae el uno hacia el otro y es preciso que juremos el pacto de la amistad. Y quien sabe...-, añadió, lanzándome una mirada oblicua, -si mañana ratificaremos otro pacto más dulce y cariñoso-.

-¡Desdichado de mí!. Si yo, en aquel momento, hubiera mandado a paseo a doña Ana, que era lo procedente; no me hubiera expuesto a graves males para lo futuro.

Pero los hombres, todos los hombres, somos tontos de capirote.

Aquella semideclaración, de mi compañera de viaje, halagó mi vanidad.

Doña Ana, al fin, era una mujer y era joven, por más que no fuese bonita, y eso de verse preferido delante de una concurrencia como aquella, siempre halaga la vanidad masculina.

-¡Quién sabe!-, respondí, maquinalmente, a las incendiarias manifestaciones de doña Ana.

-Con que, según eso-, me dijo estrechándome un brazo, -¿usted comprende que, acaso, más tarde se inflame la llama de nuestro porvenir?-.

-Yo comprendo todo lo que usted quiera, amiga mía-.

Entonces estrechamos las distancias. ¿Es usted mío?-.

**-Per secula seculorum-**.

No fue menester más. Aquella misma noche expuso a sus amigas y conocidas que yo era su novio..., su segundo marido, en un porvenir no muy lejano.

Hay mujeres para todo, y doña Ana no se paraba en barras.

### III

Creyendo en la eternidad de mis palabras, desde aquel día fue mi tormento, mi perseguidora, mi sombra, mi verdadera pesadilla.

Según decía ella; tenía derechos sobre mí, que nadie le podía arrebatar.

Todos los días se consideraba con derecho para ir a casa de mi patrona, doña Felisa, entrar en mi cuarto y no consentir en que la criada me entrase el chocolate a mi alcoba.

Creyó que ésta, se le opuso un día al cumplimiento de sus altas funciones y ya no dudó de que allí encontraba una rival.

Ni Belona, en el momento de embestir a sus enemigos, fue más terrible que mi compañera de viaje, con la pacífica gallega que me servía. Se agarró a moño limpio, con ella y todos los huéspedes de la casa tuvimos que intervenir para separarlas.

Y lo más gracioso del caso fue que todo el mundo creyera que entra doña Ana y yo existían relaciones, para dar lugar a aquellos abusos.

Doña Felisa, para establecer la felicidad en su casa, me notificó que la abandonase y doña Ana, por sí y para sí, me llevó a casa de otras amigas suyas.

-Le perdono a usted esta infidelidad-, me dijo echando fuego por los ojos; -pero a otra..., no será la criada quien lo pague-.

-Pero, ¿con qué derecho me dice usted esto?-, exclamé, dispuesto a sublevarme.

-Pues qué-, me contestó, -¿puedo consentir, que siendo usted mi amante, se burle de mí de un modo tan descarado?-

-¡Yo su amante de usted!-

-Sí señor y, si lo niega, traeré testigos, iré al comisario del barrio, alborotaré la vecindad, armaré un escándalo a cada momento y ya verá usted lo que es bueno-.

Y como la viera con ojos de embestirme, tuve la debilidad de tener miedo.

-¡Aún me halagaba la idea de ver una mujer enamorada de mí!-. Transigimos y, sin yo quererlo, quedé como comprometido con doña Ana.

Desde entonces principiaron mis desventuras.

Un día me encontró en la calle mirando a una joven y jamás he visto un alboroto semejante.

Yo salí arañado de manos de aquella arpía. Le pegué a mi vez y esto sirvió de prueba, cuando nos condujeron delante del alcalde de barrio, para que todo el mundo creyera que existían relaciones entre nosotros.

Otra vez me sorprendió hablando, en secreto, con una de las amigas suyas; en cuya casa me había hospedado y nuevo escándalo, nuevo aborto y nueva exhibición ante las autoridades.

Yo era su amante, sin tener conciencia de lo que hacía.

Por último, doña Ana, que había cobrado los atrasos de su difunto, puso una casa de huéspedes y una noche me llevó a ella.

Ya allí, fui una verdadera víctima de aquella mujer.



Sacaba un puñal y me decía, que a la primera infidelidad que cometiera, me atravesaría el corazón. Le cobré verdadero miedo y me constituí en un esclavo suyo.

Yo renegaba de mi mala estrella; pero sin saber cómo, estaba siempre en las garras de aquella leona que, aparte de eso, me trataba a cuerpo de rey. Lo más succulento de los mercados me lo comía yo.

Como tenía huéspedes en abundancia; éstos pagaban, para que yo comiera a las mil maravillas. Pero llegó la situación a tal estado, que quise romper aquella esclavitud.

## IV

-¿Qué plan debía seguir?, ¿ausentarme?-. No era posible, mis negocios me detenían en Madrid.

-¿Emanciparme?-. El puñal de doña Ana se me ponía delante de los ojos.

-¿Casarme con ella?-. Antes me hubiera arrojado al canal; que, por entonces, era el encargado de admitir a los desesperados, como ahora acontece con el viaducto.

-¿Qué hacer?-.

Así pasaban días y días, hasta que consulté con mi amigo Caralimpio Llopis, compañero que venía compartiendo conmigo otra situación análoga. Se hallaba en poder de otra sirena por el estilo.

-Chico-, me dijo, -una noche nuestra situación es insostenible; pero encuentro un medio para que encontremos nuestra mutua libertad-.

-¿Cuál es?-.

-Desde mañana tu haces el amor a Teresa-, Teresa era la verdugo de Caralimpio, -y yo haré el amor a Ana. Los celos de las dos harán lo demás-.

-Magnífico pensamiento!-, exclamé y manos a la obra.

Al día siguiente principió nuestra empresa y pronto se apercibieron de ello nuestras mutuas Dulcineas; perdonen, nuestros lectores, el apelativo.

Doña Ana creyó que Teresa trataba de conquistarme y Teresa creyó que Ana trataba de usurparle los derechos que tenía sobre Caralimpio.

El rompimiento había de ser formidable. Apercibidas las rivales, se buscaron mutuamente.

Si tuviera la inspiración de Homero, cantarí­a la batalla de aquellas dos divinidades.

La refriega fue tremenda. No hubo explicaciones. Se vieron y lucharon.

-¡Pero que lucha!-. El barrio entero se estremeci­o al estrepito de la contienda.

Doña Ana sali­o sin rizos, Teresa con un ojo de menos; hubo mordiscos, pataleo, puñadas y sangre.

Las dos fueron a la prevenci­o y desde allí a la Casa – Galera; que ya, afortunadamente, existía para descanso de los que se hallaban es una situacion como la de Caralimpio y la mía.

Afortunadamente no hubo otras resultas y nosotros nos vimos libres e independientes. Nos fuimos a vivir juntos y nos negamos a visitarlas en la cárcel.

Ellas juraron y perjuraron; pero ya se había roto la cadena que nos aprisionaba.

Desde entonces, y cuando supimos que doña Ana y Teresa habían recobrado su libertad, íbamos por la calle con ojos de liebre.

Un día, las encontramos juntas; pues, en la prisi­o, se habían entendido y comprendieron nuestra estratagema.

Corrieron detrás de nosotros, pero nuestras piernas eran superiores.

Por largo tiempo nos acecharon, nos escribieron cartas, nos prepararon emboscadas; pero conjuramos aquellas tormentas del mejor modo posible.

Al fín desistieron; otras víctimas habían ocupado nuestro lugar.

## V

Sin embargo, todavía, cuando voy por la calle, a pesar de los años transcurridos; veo algunas prójimas, que me miran con insistencia y digo:

-¡Si será doña Ana!-.

Pero doña Ana, así como Teresa, ya no estaban en Madrid.

La primera ha muerto y, por eso, escribo con libertad estos renglones.

Sin embargo, los recuerdos, son como una sombra.

Aún me parece que la estoy viendo y se me ponen los pelos de punta.

FIN

Las páginas del original son las siguientes en ciertos capítulos:

|                   |        |     |
|-------------------|--------|-----|
| Doña Ana          | Página | 209 |
| Se me olvidaba    | Página | 206 |
| Desenlace         | Página | 203 |
| Primera parte III | Página | 19  |
| Primera parte IV  | Página | 23  |
| Segunda Parte     | Página | 53  |

Guadix a 22 de Octubre de 1.969

## INDICE

### PRIMERA PARTE

|               |   |        |    |
|---------------|---|--------|----|
| Capítulo I    | El número seis  | Página | 5  |
| Capítulo II   | Apuntes biográficos de un muchacho que no parece bonito | Página | 8  |
| Capítulo III  | Apuntes biográficos de una muchacha que no parece fea   | Página | 12 |
| Capítulo IV   | Cuestión de Matemáticas                                 | Página | 14 |
| Capítulo V    | Primera parte de un cuento color cielo                  | Página | 16 |
| Capítulo VI   | La segunda parte del cuento                             | Página | 22 |
| Capítulo VII  | Lasciate oq̄i speranza                                  | Página | 26 |
| Capítulo VIII | La última noche   | Página | 29 |

### SEGUNDA PARTE

|              |  |        |    |
|--------------|--|--------|----|
| Capítulo I   | Lo que puede pensar una mujer en un millón cincuenta y un mil doscientos minutos | Página | 34 |
| Capítulo II  | El tercer año de ausencia  | Página | 39 |
| Capítulo III | Llegar a tiempo  | Página | 44 |
| Capítulo IV  | Al día siguiente   | Página | 46 |
| Capítulo V   | Reacción   | Página | 48 |
| Capítulo VI  | En el que la GACETA llega a hacer un papel muy interesante en esta novela        | Página | 52 |

### TERCERA PARTE

|               |   |        |     |
|---------------|---|--------|-----|
| Capítulo I    | Terapeutica   | Página | 56  |
| Capítulo II   | ¡Pobre Rafael!  | Página | 60  |
| Capítulo III  | Un recuerdo por una limosma   | Página | 63  |
| Capítulo IV   | Time is money, o lo que es completamente contrario, el tiempo es amar   | Página | 68  |
| Capítulo V    | En el que de nuevo se prueba que la parte flaca, enfermiza, débil, macilenta, olvidadiza, mudable, veleidosa e irreflexible de la humanidad es la mujer | Página | 71  |
| Capítulo VI   | La Nochebuena   | Página | 75  |
| Capítulo VII  | El alojado  | Página | 82  |
| Capítulo VIII | El copo de nieve  | Página | 88  |
| Capítulo IX   | El baile de Ánimas  | Página | 95  |
| Capítulo X    | La segunda parte de Ánimas  | Página | 102 |
| Capítulo XI   | Delante de la Virgen  | Página | 110 |
| Capítulo XII  | Las cartas  | Página | 117 |
| Capítulo XIII | El Autor se vé obligado a decir cuatro palabras a sus lectores en forma de epílogo  | Página | 126 |

### DESENLACE

|   |        |     |
|---|--------|-----|
| Extracto de una carta de una prima a su primo | Página | 127 |
| Se me olvidaba                                | Página | 129 |

### DOÑA ANA

|     |        |     |
|-----|--------|-----|
| I   | Página | 132 |
| II  | Página | 134 |
| III | Página | 135 |
| IV  | Página | 137 |
| V   | Página | 138 |